

Padre Amorth - Paolo Rodari

El último EXORCISTA

Mi batalla contra Satanás



Con más de 160.000 exorcismos a sus espaldas, el más reputado exorcista de la Iglesia católica, el padre Gabriel Amorth, nos cuenta en este libro su larga vida de lucha contra Satanás. De sus confesiones se desprenden datos inquietantes: Satanás también ha estado presente en las estancias del Vaticano; la magia, el espiritismo y la superstición tuvieron que ver con el asesinato de sor María Laura Mainetti y con otros terribles delitos perpetrados por adolescentes; crecen los fenómenos de niños poseídos por presencias oscuras, como los que acabaron con la vida de James Bulger. La lucha contra el maligno, que comenzó en el origen del mundo, está destinada a durar hasta el fin de los tiempos, pero el último exorcista no parece tener herederos, y la batalla contra las fuerzas del mal



Indice

Prólogo: Despertemos antes de que sea demasiado tarde.

«Te nombro exorcista»

«¡Animo, te toca a ti!». Mi primera vez contra Satanás.

A veces el diablo regresa para matar.

Niños que se vuelven asesinos. El caso de «James Bulger» y otros.

Sacerdotes, religiosas y simples fieles a merced del demonio.

Sai Baba, el hijo predilecto de Satanás.

Cierto día un cardenal me dijo: «Los dos sabemos que Satanás no existe»

Satanás en el Vaticano. Los endemoniados de Benedicto XVI y Juan Pablo II. Nota sobre el caso Orlandi

Gloria Polo en el infierno con billete de regreso

La batalla final. Dios contra Satanás, desencadenado.

Prólogo

Despertemos antes de que sea demasiado tarde

Pido disculpas a los lectores si, después de haber escrito tantos libros sobre Satanás y los exorcismos, me atrevo una vez más a presentarles uno nuevo, aspirando a no repetir sino a completar cuanto he dicho ya.

A ello me mueven el Evangelio, san Pablo y la santísima Virgen. Y doy las gracias a mi amigo, el periodista Paolo Rodari, que con paciencia y fidelidad ha compilado muy ordenadamente mis pensamientos y recuerdos y me ha ayudado a escribirlos.

Antes de seguir, quisiera decir algo acerca del título escogido, "El último exorcista". Es un título puesto a propósito para provocar. Es obvio que yo no soy el último exorcista que haya quedado en este mundo. Después de mí vendrán otros que ya están aquí, y son jóvenes. Pero somos tan pocos en el mundo que cada uno de nosotros en su batalla diaria se siente de manera inevitable como si fuera el último, el último exorcista llamado a pelear contra el gran enemigo, el príncipe de este mundo, Satanás. La Iglesia, todavía hoy, hace poco para formar nuevos aspirantes a exorcistas. Poco hacen también los obispos. Es esta mi preocupación y por ese motivo he aceptado que el libro saliera con este título. Espero que los demás exorcistas, comenzando por los amigos de la Asociación Internacional de Exorcistas, de la cual soy presidente emérito, no se ofendan y comprendan la provocación oculta en el título. Yo no me siento más grande que ellos. Soy, como ellos, un humilde servidor del reino del bien, un combatiente de Cristo contra el reino del mal.

Parto del Evangelio. En 3 ocasiones Jesús llama a Satanás «príncipe de este mundo». San Juan precisa que todo el mundo yace bajo el poder de Satanás. Satanás es el adversario incansable de Dios.

San Pablo se atreve a llamar a Satanás «dios de este mundo» y afirma que nuestra lucha cotidiana no es contra personas de carne y hueso, sino contra Satanás y sus ángeles, que nos persiguen incesantemente.

En nuestras iglesias hoy se habla poco de Satanás y muchos, aun entre el clero, no creen en su existencia. En este libro se relatan una serie de exorcismos para hacer entender, mediante estos casos extremos, que Satanás existe. Aunque no se presente visiblemente, porque es puro espíritu, está siempre activo contra todos.

Asistir a los exorcismos o leerlos, donde se realiza un diálogo entre el exorcista y el demonio, es una prueba irrefutable para creer en la existencia del demonio.

Finalmente, la santísima Virgen me inspira. Hace más de 30 años que sigo las apariciones de Medjugorje, esa admirable catequesis que nuestra Señora dirige a todo el mundo y que es la continuación de los mensajes de Fátima. Es una predicación extraordinaria, como nunca tuvo lugar en la historia de la humanidad. Pues bien, la Virgen santísima habla continuamente de Satanás liberado de sus cadenas; ella quiere arrancar a los hombres de las garras de Satanás y devolverlos a Dios. Estamos viviendo una época tremenda, en la que pareciera que ha triunfado el ateísmo, es decir; el demonio. Vemos la ruptura de las familias, el divorcio, el aborto, la desbandada de la juventud. Y aún más, el triunfo del egoísmo, de la búsqueda del placer; la expansión de todos los vicios. Hasta se ha llegado a combatir la presencia de los crucifijos, es decir, no se quiere ver la presencia de Jesús Salvador el cual ha derrotado a Satanás.

¿Qué propone nuestra Señora? Habla continuamente de los planes de Dios y de los

del demonio. Dios quiere el amor; la paz, la salvación eterna. Satanás busca la destrucción del mundo. La santísima Virgen está formando un ejército suyo, esparcido por toda la tierra. Con la fuerza de la conversión, el rosario y el ayuno, este ejército suyo vencerá al ejército de Satanás, que quiere la guerra, la destrucción, la condenación eterna y provoca, además, otros males, como la posesión diabólica.

Si Dios no ocupa el primer lugar, se derrumba la familia, la sociedad y el entendimiento entre las naciones. Y sobre todo, talla el plan de Dios que nos creó para la felicidad eterna. Si no se cree en la vida eterna, no se comprende nada de esta vida terrenal.

Mi objetivo es el de llevar a quien lea esta obra a reflexionar sobre la propia vida para ponerla en sintonía con el fin para el cual Dios nos la dio.

¡Despertemos antes de que sea demasiado tarde!

Gabriel Amorth

«Te nombro exorcista»

Me encuentro en el apartamento del cardenal Ugo Poletti, obispo vicario de Roma. Como todos saben, el obispo de Roma es el Papa. Pero el Pontífice, desde el siglo XVI en adelante, ha delegado el gobierno pastoral a un vicario. Es el 11 de junio de 1986.

Poletti suele recibir a los sacerdotes sin cita previa. También, ese día, seguí la costumbre. Me presenté sin cita previa. E inmediatamente fui recibido. No tengo nada especial que solicitarle a mi obispo, solo deseo intercambiar con él algunas palabras. A menudo es esto lo que necesitan los sacerdotes. Poletti lo sabe y nunca ha pretendido que tenga que haber un motivo importante para llamar a su puerta.

Me pregunta acerca de mi trabajo en la Sociedad de San Pablo. Soy, en efecto, un sacerdote paulino, jurista, apasionado de la mariología, periodista profesional y director de la revista mensual *Madre de Dios*. No sé decir por qué motivo, pero en cierto punto la conversación tiene como tema al padre Cándido Amantini, y su misión de ser durante 37 años el exorcista oficial de la diócesis de Roma.

—¿Conoce usted al padre Cándido? -me pregunta sorprendido Poletti.

—Sí -respondo-. Me he acercado por curiosidad al lugar donde hace los exorcismos, el Santuario de la Scala Santa que se encuentra a pocos pasos de aquí. Lo he conocido y de vez en cuando voy a visitarlo.

Poletti es un cardenal capaz de gobernar. Y de decidir. Cuando toma una decisión la pone de inmediato por escrito con su firma legible y el sello en la parte inferior de la hoja.

Me sorprende cuando, sin dar explicaciones, abre un cajón del escritorio, saca una hoja con el sello impreso de la diócesis y se dedica a escribir a mano. Lo hace durante un minuto. Unas pocas líneas escritas con tinta negra. Luego toma un sello y lo descarga con un golpe seco en la parte inferior derecha.

No me atrevo a preguntar nada. Un presentimiento se asoma a mi mente, pero lo desecho de inmediato en espera de que sea él quien hable.

—Muy bien -dice el cardenal metiendo la hoja en un sobre que deja abierto antes de pasármelo.

—Este sobre es para usted. Felicidades. Sé que lo hará bien.

Pasan unos instantes sin que yo sepa qué decir. Mientras recibo el sobre viene a mi mente aquello que siempre me decía mi padre espiritual cuando estaba en el seminario.

—¿Cómo saber si uno está haciendo la voluntad de Dios? Solo si se obedece al propio obispo puede uno estar seguro de estar en el camino correcto.

Me acostumbré a obedecer siempre. La idea de ser sacerdote me llegó cuando yo tenía doce años. Eso fue en 1937. La seguí, obedeciendo a la llamada de Dios. Nunca me sentí atraído por otros caminos. Aunque siempre había tenido relaciones muy cordiales con las chicas. Me sentía atraído hacia el sacerdocio. Tuve mis aventuras, pero no pasaron de ahí. Sin embargo, me fueron útiles porque entre matrimonio y sacerdocio hice una verdadera elección y no una opción teórica.

Después del bachillerato tuve que decidir en qué seminario entrar. Me sentía atraído por la vida de comunidad, por la vida en cualquier congregación religiosa. Me gustaban los pasionistas, pero circunstancias diversas me llevaron un día a Roma, huésped por una noche del padre Santiago Alberione, el fundador de la Sociedad de San Pablo. Le confié el

deseo de ser sacerdote.

—Mañana celebraré la misa por ti -me dijo.

Por la mañana me dispuse a participar en la misa. Al terminarla le pregunté:

—¿Lo ha iluminado Dios?

—Sí. Me dijo que debes venir aquí. Has de entrar donde los paulinos.

Creí en lo que Alberione me dijo y decidí entrar donde los paulinos, Pero no de inmediato. Primero dejé que la guerra pasara. Me enrolé en la resistencia. Me condecoraron con una medalla al valor militar. Me gradué en jurisprudencia. Me inscribí en la Fuci, la federación de universitarios católicos italianos. Conocí a Giuseppe Dossetti, quien me auguró un futuro brillante en la política, dentro de la Democracia Cristiana. Pero permanecí fiel a la idea madurada desde la adolescencia.

Entré en el seminario. Fui ordenado sacerdote y durante 32 años trabajé en la Sociedad de San Pablo en varios cargos de responsabilidad. Hasta junio de 1986 cuando el cardenal Poletti, de manera inesperada, me cambió la vida.

Decido abrir el sobre delante del cardenal, Leo su contenido y me encuentro exactamente con lo que había imaginado. Pocas palabras, pero bastante elocuentes.

*Roma, 11 de junio de 1986

Yo, el cardenal Ugo Poletti, arzobispo vicario de la ciudad de Roma, por la presente nombro como exorcista de la diócesis al padre Gabriel Amorth, religioso de la Sociedad de San Pablo. Él colaborará con el padre Cándido Amantini hasta cuando sea necesario.

Doy fe,

Card. *UGO POLETTI* Arzobispo vicario de Roma.

— Eminencia, yo...

—Mi querido padre Gabriel, no hace falta que diga nada. Así lo he decidido y así se hará. La Iglesia tiene una tremenda necesidad de exorcistas. Sobre todo Roma. Hay demasiadas personas que sufren por estar poseídas y nadie está encarrujo de liberarlas. Desde hace tiempo el padre Cándido me ha pedido un ayudante. Yo siempre lo he diferido. No sabía a quien mandarle. Cuando usted me dijo que lo conocía, comprendí que no podía tardar más. Usted lo hará bien. No tema, el padre Cándido es un maestro especial. Sabrá cómo ayudarlo.

Me quedo sin palabras. Conozco bien el Evangelio. Sé que Cristo dio a los apóstoles y sus sucesores, los obispos, el poder de arrojar los demonios, y que los obispos, a su vez, pueden delegarlo a los simples sacerdotes. Sé que la Iglesia no puede quedarse sin exorcistas, ya que son muchas las personas podidas en el mundo. Pero, me pregunto: ¿Seré capaz? Y después de todo» ¿por qué yo? ¿Por qué precisamente a mí se me confía una tarea tan difícil y peligrosa?

La lucha entre el bien y el mal, entre Satanás y Cristo, hunde sus raíces en la noche de los tiempos. Desde siempre dos ejércitos luchan por la supremacía sobre el mundo: el ejército de Satanás y el ejército de Cristo. Por qué Satanás «Me, por qué uno de los ángeles más hermosos y nobles del paraíso ha decidido en cierto momento rebelarse contra Dios y convertirse en el príncipe de las tinieblas nadie lo sabe. Sucede que él, Satanás, existe y solo quiere una cosa, llevar el mundo a la autodestrucción, a los hombres a la condenación eterna. En esta lucha que parece interminable, el Papa tiene una función clave. Es él, tal vez antes y más que todos, quien debe luchar para que las puertas del infierno no prevalezcan sobre la Iglesia. Junto con él se encuentran los hombres de buena voluntad que forman parte de la Iglesia. Entre los hombres ejercen una función especial los exorcistas. Son como la punta de diamante de este ejército que contrapone el bien al mal.

Sacerdotes elegidos para expulsar la presenta extraordinaria de Satanás y de su ejército, los demonios sometidos jerárquicamente a Satanás, del hombre y, por ende, del mundo.

Pero, vuelvo a preguntarme: ¿Por qué debo ser yo uno de estos?

Salgo de la oficina del cardenal Poletti con la hoja de nombramiento en la mano, muchas preguntas y algo de temor en la mente. Poco después entiendo que hay solo una cosa sensata que realizar. Y la hago de inmediato.

La basílica de San Juan de Letrán es la más antigua y noble de Roma. Una de sus capillas laterales tiene siempre presente al Santísimo, el cuerpo de Cristo. Entro allí. Me arrodillo en uno de los muchos bancos de madera. Y hago aquí mi petición al cielo, o mejor, a nuestra Señora.

—Madre de Dios, acepto este encargo, pero protégeme con tu manto.

Es una súplica sencilla. Pocas palabras, pero bien sentidas. Quiero obedecer a mi obispo y pongo en las manos de la santísima Virgen todos mis temores.

¿Quién soy yo para combatir al príncipe de las tinieblas?

No soy nadie. Pero Dios lo es todo. Al demonio no se le combate con las fuerzas propias, sino con las del cielo.

Un día, mucho tiempo después de haber hecho aquella súplica, me encuentro exorcizando a un poseído. A través de su voz es Satanás quien me habla. Me lanza insultos, blasfemias, acusaciones y amenazas. Pero en cierto momento me dice:

—Cura, vete. Déjame en paz.

—Vete tú -le respondo.

—Por favor, sacerdote, vete. No puedo hacer nada contra ti.

—En nombre de Dios, dime, ¿por qué no puedes hacer nada?

—Porque estás demasiado protegido por tu Señora. Tu Señora te rodea con su manto y yo no puedo alcanzarte.

Hasta 1986 Satanás no existía para mí. Aclaro que sabía cosas acerca de él Estudié muy bien el Catecismo y la doctrina de la Iglesia católica. Sabía que al bien se contrapone siempre el mal. A Cristo y a su reino se opone Satanás y su reino. Pero nunca había tenido una experiencia directa de Satanás. Jamás había tenido que afrontarlo cara a cara. El mal siempre había sido parte de mi existencia, lo mismo que de la existencia de todos.

De pequeño iba a misa con mi madre y mi padre en Módena, la ciudad donde nací. Con frecuencia me dormía en el suelo, debajo del banco, a los pies de ellos. Cuando me dormía y permanecía en silencio sin correr de un lado para otro por las naves de la iglesia, mi madre me daba un premio, casi siempre un caramelo. Si, en cambio, me agitaba y hacía ruido, no había premio alguno. Para mí el bien y el mal eran estas cosas. Eran mis caprichos y las sonrisas de mi madre. Las travesuras y las caricias de mi padre. El llanto y los consuelos.

Una percepción más clara del mal la tuve cuando me confesé por primera vez. Allí comprendí que el mal es una cosa seria de la que hay que arrepentirse. Me enseñaron a que me confesara cada semana. Me dijeron:

—¿Sabes cuál es el mejor remedio contra el mal? La confesión semanal.

Tenían razón. Y, en efecto, aún hoy digo a todos que una confesión bien hecha es mejor que un exorcismo. La confesión devuelve al hombre la gracia de Dios. Satanás se enfurece cuando alguien se reconcilia con Dios. Se siente derrotado. Se encoleriza. La confesión desbarata sus planes demoníacos. Satanás encuentra sumamente difícil entrar en el cuerpo de aquellos que se encuentran en estado de gracia. Dios está con ellos. Nuestra Señora está con ellos. Y Dios y la Virgen son más fuertes que Satanás.

Decía yo al confesor mis pecados. Confesaba mi mal, pero en mí no estaba presente la

percepción clara de que detrás de dicho mal había un espíritu viviente, activo, continuamente comprometido. Solo lo sabía teóricamente. Y también cuando, pasada la adolescencia, decidí ser sacerdote, pensaba en todo menos en el hecho de que para mí ser sacerdote significaría ser como una espina que punzaba a Satanás. Ser sacerdote significó realizar un deseo salido de mi corazón de niño y, al mismo tiempo, renunciar a la carrera política que de manera clara se me había mostrado antes. A los 21 años, en 1946, fui nombrado vicedelegado nacional del entonces presidente de los movimientos juveniles de la Democracia Cristiana, Julio Andreotti. En esa época me había vinculado al grupo político de Giorgio La Pira, Giuseppe Dossetti, Amintore Fanfani y Giuseppe Lazzati. Cuando Andreotti fue promovido a la secretaría de la presidencia del Concejo me propusieron tomar su puesto. No lo pensé ni un instante. Dejé la política. Y busqué mi lugar entre los más fieles a Dios. Llegué hasta el padre Alberione. Llegué a ser paulino. Fui ordenado sacerdote en 1954. Desde este año hasta el 86, durante 32 años, fui un simple sacerdote paulino con cargos a varios niveles en la «actividad» del grupo.

En todos esos años no tuve nunca relación directa con Satanás. A excepción de cierta vez.

Hacía poco que me había ordenado sacerdote, no recuerdo exactamente cuándo. Fui a predicar durante una semana en una parroquia a 10 kilómetros de Brescia. El párroco se llamaba Faustino Negrini. Hacía 40 años que estaba allí. Sumamente querido. Dos mil almas que lo adoraban y lo seguían en todo. Un día me dijo:

—Ven conmigo.

Me llevó a la sacristía. Había allí una mujer. Se presentó:

—Buenos días, soy Inés Salomoni.

Nunca he olvidado su nombre. Aún hoy recuerdo el timbre de su voz.

No sé por qué el padre Faustino lo hizo. Tal vez quería hacerme partícipe de todos los acontecimientos importantes de su parroquia. Fuera de esto, quiso que Inés me contara su historia. Me quedé escuchándola un buen rato. Me sentía aterrorizado. Inés tenía 16 años cuando Satanás entró en ella, ¿Por qué se introdujo en ella? El padre Faustino, que obtuvo del obispo de su diócesis el permiso de exorcizarla dirigió un día, durante un exorcismo a Inés, la misma pregunta a Satanás.

¿Por qué estás dentro de ella? Respóndeme en el nombre de Cristo.

Al volver a pensar en la respuesta que dio Satanás me quedo sin palabras:

—Porque Inés es la más santa de la parroquia, la más pura, la más íntegra. Y por eso la he hecho mía.

Es un gran misterio. Es verdad que aquellos que se encuentran en gracia de Dios no tienen que temer. Que Satanás poco puede contra los que viven en gracia de Dios. Pero también es cierto que Satanás es poderoso. Y que desea hacer suyos sobre todo a los que sean santos, a aquellos que en alma y cuerpo son de Dios.

Los exorcismos para liberar a Inés fueron muy difíciles. Horas y horas de ásperas batallas que duraron años.

En cierta ocasión el padre Faustino la llevó a ver al padre Pío de Pietrelcina. Cientos de kilómetros para buscar una ayuda más. En el trayecto en coche desde Lombardía hasta Apulia sucedió de todo. El coche se detenía continuamente a pesar de no sufrir avería alguna. El padre Faustino se vio obligado muchas veces a parar el coche al lado de la carretera y a bajar de él para ver si había alguna avería en el motor. Solo cuando rezaba una oración, el coche volvía a funcionar de manera mágica, para luego detenerse después de unos pocos kilómetros. Fue un viaje extenuante y larguísimo. El padre Pío no era exorcista, pero lograba expulsar muchos demonios con simples bendiciones y oraciones. Satanás temía al padre Pío. Todas las paradas que el coche tuvo que hacer, la actitud

temerosa y a veces furiosa de la poseída, fueron claras señales de cuánto Satanás temía al fraile oriundo de Pietrelcina. El padre Pío prácticamente no le hizo nada. La exorcizó pero no la liberó. En el viaje de regreso Satanás estaba eufórico. Y comenzó a burlarse del padre Pío. Por boca de Inés decía:

—¡Le gané, le gané!

Reía. Gritaba. Estaba ebrio de alegría. Y el coche recorrió los muchos kilómetros que separaban a San Giovanni Rotondo de Brescia sin ninguna parada. Ninguna dificultad. Ya no había necesidad de boicotear el viaje. Pero Satanás no sabía que el exorcismo del padre Pío había sido, con todo, y a su modo, eficaz. Después de poco tiempo, en efecto, Inés fue liberada, El padre Faustino le preguntó a Satanás que le dijera, en el nombre de Cristo, cuándo se iría del cuerpo de la poseída. Fue obligado a revelar el día y la hora. Los feligreses fueron todos convocados en el atrio de la iglesia. Inés se liberó en un instante, apenas iniciado el rito, delante de todos. Fue una gran alegría y alivio para todo el pueblo.

No sé por qué, pocos meses después de mi ordenación sacerdotal, Dios me hizo conocer a Inés Salomoni. Quizá quería hacerme probar aquello contra lo que debería luchar muchos años después. Es un hecho que desde el día en que nací hasta 1986, Inés Salomoni fue la única experiencia de alguna manera directa que tuve con el demonio. Los caminos del Señor son infinitos. Y sus designios lo son todavía más. Aun a los sesenta años la vida puede cambiar de repente. Aun a los 60 años Dios puede dar una sacudida violenta a la existencia de un hombre.

Algunos días después del encuentro con el cardenal Poletti fui a ver al padre Cándido Amantini. Le entregué la carta con el nombramiento. El padre Cándido leyó la carta y, sin mostrar ninguna emoción especial, me dijo:

—Bueno. Comencemos enseguida. Debes hacer 2 cosas. Primero, toma el ritual de los exorcismos. Está en latín. Lee las 21 reglas que preceden al rito. Apréndetelas de memoria. Sin dichas reglas serás derrotado. Segundo, comienza a hacer exorcismos en casa, solo.

Obedecí al maestro. Estudié las 21 reglas. Me impresionaron las primeras. Son enseñanzas de orden general. Explican que no es preciso nunca creer que todos aquellos que digan estar poseídos lo estén de verdad. La mayor parte de las personas tiene solamente graves problemas psicológicos. Al mismo tiempo, enseñan que el diablo se esconde. Y que, por lo tanto, se necesita tener mucha prudencia, pero también ser muy cautos. El diablo se va descubriendo.

¿Cuáles son los signos de la presencia del demonio? Hablar corrientemente lenguas desconocidas o entender quién le habla. Conocer hechos distantes u ocultos. Demostrar que posee fuerzas superiores a la edad y a la condición natural y otros fenómenos de esta clase.

Comencé a hacer exorcismos solo. Aprendí bien las fórmulas rituales. Y una vez aprendidas empecé a intervenir sobre los poseídos, primero con el padre Cándido a mi lado. Luego solo. Del padre Cándido aprendí los trucos del oficio.

Nadie puede exorcizar si no conoce las 21 reglas. Y solo existen en latín. No son accesibles a todos. Solo les sirven a los exorcistas. Dicen que para adquirir un mayor conocimiento del estado de la persona que se tiene delante, después de uno o 2 exorcismos, al poseído se le interroga sobre cuanto haya percibido en la mente o en el cuerpo para saber también ante qué palabras los demonios se sienten mayormente turbados, para insistir en ellas y repetirlas luego con más frecuencia.

Es preciso darse cuenta de qué artificios y engaños se valen los demonios para confundir o engañar al exorcista. En efecto, de ordinario responden con mentiras.

Difícilmente se manifiestan a fin de que el exorcista, ya cansado, renuncie. O también la víctima finge estar enferma y no poseída por el demonio.

Algunas veces los demonios, después de haberse manifestado, se esconden y dejan el cuerpo libre de toda molestia, de modo que el poseído se crea totalmente liberado. Pero el exorcista debe continuar hasta que vea las señales de la liberación.

Sucede luego que los demonios llevan a cabo todos los impedimentos que pueden para que el poseído no se someta a los exorcismos, o se esfuerzan en convencer de que se trata de una enfermedad natural. En ciertas ocasiones, durante el exorcismo, hacen que el poseído duerma y le muestran alguna visión, escondiéndose ellos, para que parezca que el enfermo está liberado.

Algunos poseídos dicen haber recibido un maleficio, saben incluso decir por quién ha sido hecho y de que manera, según ellos, puede ser destruido. Pero hay que estar atentos a que por esto no se dirijan a los magos, adivinadores u otros, en vez de recurrir al ministerio de la iglesia. No se debe acudir a ninguna forma de superstición o a otros medios ilícitos.

Otras veces el demonio permite que el poseído repose y hasta recibe la eucaristía, para que parezca que se ha ido. Además son innumerables los artificios y los fraudes del demonio para engañar al hombre. Para no dejarse engañar de estos enredos el exorcista ha de ser muy prudente.

Jesús dice que cierta clase de demonios no se expulsan sino con la oración y el ayuno. Por eso el exorcista, recordando estas palabreas, ha de esforzarse en hacer uso de estos 2 remedios sumamente poderosos para implorar el auxilio divino y expulsar a los demonios, siguiendo el ejemplo de los Padres de la Iglesia en cuanto le sea posible, personalmente o encargandose a otros.

A los poseídos se les exorciza en la iglesia, si se puede hacer de manera cómoda, o en algún otro local religioso y conveniente, que de ordinario esté lejos de la multitud. Pero si el poseído está enfermo, o por algún otro motivo preciso, el exorcismo se puede realizar también en casa.

Se le pide al poseído que ore por él si está capacitado para hacerlo física y mentalmente, que ayune, que reciba a menudo la confesión y la comunión para su apoyo y sostén, según el consejo del sacerdote. Y mientras es exorcizado debe estar recogido, dirigirse a Dios con una fe firme para pedirle la salud con toda humildad. Y cuando es atormentado más fuertemente por el demonio debe soportar con paciencia, sin dudar jamás de la ayuda de Dios.

El poseído debe tener entre sus manos, o al menos a la vista, un crucifijo. También algunas reliquias de santos cuando se puedan conseguir. Estas han de ser mantenidas con seguridad, algunas veces en un paño y pueden ser colocadas en el pecho y la cabeza del poseído. Pero hay que estar muy atentos. Los objetos sagrados no han de ser tratados de manera indigna y no deben sufrir daños del demonio. En particular, no se debe nunca poner la eucaristía en la cabeza del poseído u otra parte de su cuerpo. Es grande, en efecto, el peligro de irreverencia.

El exorcista no debe perderse en demasiadas palabras, ni en preguntas superfluas o de curiosidad, sobre todo que se refieran a hechos ocultos o futuros que no corresponden a su oficio. Más bien ha de imponer al espíritu inmundo que se calle o responda solamente a sus preguntas. Y tampoco ha de creer al demonio si este le dice, como sucede a menudo, ser el alma de algún santo, de un difunto o de un ángel bueno.

Existen algunas preguntas necesarias. El exorcista ha de conocerlas y debe hacerlas. Debe preguntarle al demonio: «¿Cómo te llamas? ¿Estás solo o con muchos más? ¿Cuándo entraste en esta persona? ¿Por qué decidiste poseer a esta persona?». En cuanto a las

demás futilidades del demonio, la risa, las palabrotas, los insultos, los objetos que de manera inexplicable expulsa por la boca de los poseídos, las bagatelas, el exorcista debe interrumpirlas o también despreciarlas. Y debe amonestar a sus colaboradores, que han de ser pocos y preparados, a no hacerles caso y no plantearle preguntas al poseído sino más bien rogar a Dios por él, con humildad e insistencia.

Los exorcismos deben ser pronunciados o leídos ordenando con autoridad, con gran fe, humildad y fervor. Y cuando se dé cuenta de que el espíritu está más atormentado, entonces ha de insistir en acosarlo con más fuerza. En el momento en que note que el poseído sufre en alguna parte del cuerpo, o está golpeado, o aparezca en alguna parte una hinchazón, hágasele ahí la señal de la cruz y asperge con agua bendita, que se ha de tener siempre a mano.

El exorcista debe observar también ante qué palabras tiemblan mayormente los demonios para repetir las muchas veces incluso hasta el agotamiento. Y cuando tenga que ordenar; que lo repita a menudo, aumentando siempre el castigo. Si luego observa algún progreso, continúe durante 2, 3, 4 horas, y cuanto más pueda hasta que logre el éxito.

El exorcista debe estar atento a no suministrar o aconsejar alguna medicina; deje esta competencia al médico.

Al exorcizar a una mujer, que esté siempre presente una persona de confianza, que mantenga firme a la poseída mientras sea agitada por el demonio. Siempre que sea posible, que estas personas sean de la familia de la poseída. Finalmente, que el exorcista se cuide mucho de decir o hacer algo que pueda ser para él o para ella o para los demás ocasión de pensamientos malos.

Durante el exorcismo, use frecuentemente las palabras de la Sagrada Escritura en lugar de las propias o las de los demás. Y ordénele al demonio que diga si entró en ese cuerpo debido a la magia o a signos maléficos o a cosas con maleficios que el poseído haya comido. En este caso, que las vomite. Si, en cambio, se ha servido de cosas externas a la persona, que diga dónde están y, después de haberlas encontrado, se quemen.

Adviértasele al poseído que revele al exorcista las tentaciones a las que se ve sometido.

Si después el poseído es liberado, se le amonesta con cuidado que se aparte del pecado para no ofrecerle al demonio la ocasión de regresar. En este caso su condición podría llegar a ser peor que la anterior a la liberación.

Estas son, pues, las reglas generales que se encuentran en el ritual antiguo escrito en latín. Son las reglas que el padre Candido me pidió que aprendiera de memoria antes de que comenzara a exorcizar. Son reglas fundamentales. Aunque luego, durante la batalla, todo puede suceder. Y no es raro que cuanto se haya aprendido sirva muy poco. O casi nada.

En estos casos solo sirve hacer una cosa: Invocar la ayuda de una persona especial.

No sabría decir cuántas veces la santísima Virgen ha venido en mi ayuda. Ella ha estado a mi lado desde el primer exorcismo. Y aun antes, desde siempre, en el curso de toda mi vida.

Antes de que me hiciera sacerdote estalló la guerra. Y yo, como todos, tuve que dejar familia y afectos.

Estaba al tanto del hecho de que el padre Alberione había consagrado con un voto a sus hijos espirituales a la Reina de los Apóstoles, para que nuestra Señora los protegiera a todos. Yo también obré de la misma manera. Pedí al padre Alberione que me consagrara a mí y a todos mis míos a la Reina de los Apóstoles. Estalló la guerra. Esta terminó. Y yo, lo mismo que todos mis hermanos, no sufrimos daño alguno. Ni siquiera una bala me rozó. También mis hermanos, aun en medio de peligros terribles, salieron indemnes. Esto significó mucho para mí. Hasta poco antes de ser ordenado sacerdote, existía en mi mente

todavía una duda inherente no tanto a la ordenación sacerdotal en sí, sino en cuanto al lugar en el cual Dios quería que yo llegara a ser sacerdote. Pensaba: «¿De veras hago bien en entrar a donde los paulinos? ¿Es en verdad allí donde Dios me quiere? ¿O me querrá en alguna otra parte?».

Aparté las dudas el mismo día de mi ordenación. Mi madre saludó al padre Alberione y le dijo:

—Gracias a la consagración que usted hizo a nuestra Señora, mi Gabriel y sus hermanos se salvaron.

Lloré de alegría. Mi madre, con una simple constatación, me había confirmado que la santísima Virgen me había protegido gracias a la consagración del padre Alberione y que era con los paulinos donde él me quería. Nuestra Señora me había salvado de la muerte durante la guerra para que yo fuera sacerdote y lo llegara a ser con los paulinos.

Debo decirlo: consagrar una persona al corazón inmaculado de María significa levantar alrededor de ella un escudo protector invisible pero impenetrable. ¿Por qué las madres de hoy no consagran también a sus hijos a Nuestra Señora? Basta poco: una sencilla oración hecha por un sacerdote con esta intención. Todos los niños deberían ser consagrados al corazón inmaculado de María. Gozarían de una protección única.

El escudo de Nuestra Señora me sigue protegiendo hoy día. Lo sabe también Satanás, y cuando en un exorcismo la nombro a ella, a la madre de Jesús, llora como un niño y comienza a temblar. A mí no me causa ninguna compasión. Lo dejo llorar consciente de que ella, la santísima Virgen, es la protección más segura bajo la cual puedo colocarme. Y consciente de que ella, aun con un solo pestañeo suyo, puede expulsar a Satanás y hacer que se precipite a donde merece estar, al infierno.

Mi vida ha estado marcada por la Virgen santísima. Esto se manifestó de manera poderosa en 1959. El 13 de septiembre de ese año Italia fue consagrada al corazón inmaculado de María. Todo sucedió en Catania. Fue la culminación del XVI Congreso eucarístico nacional. Hubo una admirable sinfonía entre el culto eucarístico y la veneración a María. Con dicho evento se quería restituir la nación a la santísima Virgen para que la fe despertara, hubiera una mayor frecuencia en el culto eclesial y un nuevo compromiso cristiano en lo social. Para sorpresa mía, la coordinación de todo el evento se me confió a mí. Y no solo esto, también tuve que ingeniármelas para que llegara a todas las capitales italianas la estatua de la Virgen de Fátima. Fue un año de trabajo duro. Un año dedicado a nuestra Señora, al reino de la luz. Nunca me habría imaginado que después por aquel reino, por la Virgen, combatiría aún pero con otro ropaje, el del exorcista.

«¡Animo, te toca a ti!»

Mi primera vez contra Satanás

Cada vez que hago un exorcismo entro en batalla. Antes de adentrarme en esta, me pongo una coraza. Una estola morada cuyos bordes son más largos que los de las que de ordinario visten los sacerdotes cuando celebran la misa. A menudo enrolla la estola alrededor de la espalda del poseído. Es eficaz, sirve para tranquilizar a los poseídos cuando, durante el exorcismo, se encuentran en trance, escupen, gritan, adquieren una fuerza sobrehumana y atacan. Luego llevo conmigo el libro en latín con las fórmulas del exorcismo. Agua bendita con la que a veces rocío al endemoniado. Y un crucifijo que tiene engastada la medalla de san Benito. Es una medalla especial, a la cual Satanás teme mucho.

La batalla dura horas. Y casi nunca se concluye con la liberación. Para liberar a un poseído se necesitan años. Muchos años. Es difícil derrotar a Satanás. Con frecuencia se esconde. Se oculta. Trata de no hacerse ver. El exorcista debe descubrirlo. Debe obligarlo a que revele su nombre. Y luego, en el nombre de Cristo, debe mandarle que salga.

Satanás se defiende por todos los medios. El exorcista se hace ayudar de colaboradores encargados de mantener firme al poseído. Ninguno de estos puede hablar con el poseído. Si lo hicieran, Satanás se aprovecharía de esto para atacarlos. El único que puede hablar con el poseído es el exorcista. Este no dialoga con Satanás, simplemente le da órdenes. Si dialogara con él, Satanás lo confundiría hasta derrotarlo.

Ahora hago exorcismos a 5 o 6 personas al día. Hasta hace algunos meses hacía muchos más, hasta 10 o 12. Exorcizo siempre, aun el domingo. También en Navidad. Llegué a tanto que un día el padre Cándido me dijo:

—Tienes que tomarte algunos días de descanso. No siempre puedes estar exorcizando.

—Pero es que yo no soy como tú —respondí—. Tú tienes un don del que yo carezco. Solo recibiendo a una persona durante algunos minutos puedes decir si está o no poseída. Yo no tengo ese don. Antes de comprender debo recibir y exorcizar.

Con el paso de los años he adquirido mucha experiencia. Lo cual no significa que «el juego» sea más fácil. Cada exorcismo es un caso único. Las dificultades que encuentro hoy son las mismas que encontré la primera vez que, después de meses solo en casa, el padre Cándido me dijo:

—Animo, hoy te toca a ti. Hoy entras en batalla.

—¿Estás de veras seguro de que estoy listo?

—Nadie está nunca listo para esta clase de cosas. Pero tú estás lo suficientemente preparado para comenzar. Recuerda, cada batalla tiene sus riesgos. Tú tienes que afrontarlos uno por uno.

El Antonianum es un gran complejo situado en Roma en la vía Merulana, a poca distancia de la plaza de San Juan de Letrán. Allí, en un cuarto poco accesible a la mayoría, hice mi primer gran exorcismo. Fue el 21 de febrero de 1987. Un fraile franciscano de origen croata, el padre Maximiliano, pidió ayuda al padre Cándido para el caso de un campesino de las afueras de Roma que, según su parecer, necesitaba ser exorcizado. El padre Cándido, le dijo:

—No tengo tiempo, le mando al padre Amorth.

Llegué solo al cuarto del Antonianum. Llegué unos minutos antes. No sé qué me espera. He hecho mucha práctica. Estudié todo lo que había que estudiar. Pero actuar en el campo es otra cosa. Sabía poco de la persona que debía exorcizar. El padre Candido fue mas bien impreciso.

El primero que entró en el cuarto fue el padre Maximiliano. Detrás de él una figura débil. Un hombre de 25 años, delgado. Se notaban sus orígenes humildes. Se veía que todos los días tenía que enfrentarse a un trabajo bellissimo pero muy duro. Las manos eran huesudas y rugosas. Manos que trabajaban la tierra. Antes de que comenzara a hablarle, entró una tercera persona, inesperada.

—¿Quién es usted? -pregunto.

—Soy el traductor -dice.

—¿El traductor?

Miro al padre Maximiliano y le pido explicaciones. Sabía que admitir en el cuarto donde se realizaba un exorcismo a una persona no preparada podía ser fatal.

Durante un exorcismo, Satanás ataca a los presentes si no están preparados.

El padre Maximiliano me tranquiliza:

—¿No se lo dijeron? Cuando cae en trance solo habla en inglés. Se necesita un traductor. De lo contrario no sabemos qué nos dice. Es una persona preparada. Sabe comportarse. No cometerá imprudencias.

Me pongo la estola, tomo el breviario y el crucifijo. Cerca tengo el agua bendita. Comienzo a recitar el exorcismo en latín.

—No te acuerdes, Señor, de nuestras culpas o de las de nuestros padres y no nos castigues por nuestros pecados. Padre nuestro... No nos dejes caer en tentación, y líbranos del mal.

El poseído es una estatua de sal. No habla. No reacciona. Permanece inmóvil sentado en la silla de madera donde lo he hecho colocar.

Recito el salmo 53.

—Oh Dios, sálvame por tu nombre, por tu poder hazme justicia. Señor, escucha mi oración, escucha las palabras de mi boca, porque se han levantado contra mí los arrogantes y los prepotentes amenazan mi vida, no tienen a Dios delante de sí.

Ninguna reacción todavía. El campesino está callado, la mirada fija en el suelo.

—Pero ved que Dios viene en mi auxilio, el Señor con aquellos que sostienen mi alma. El mal recaiga sobre los que me acechan, Señor, por tu verdad, destruyelos. De corazón te ofreceré sacrificios, celebraré tu nombre, porque es bueno, porque de toda angustia me ha liberado, y mi ojo se recreó en mis enemigos. Gloria al Padre...

—Salva a tu siervo aquí presente, Dios mío, porque espera en ti. Sé para él, Señor, torre de fortaleza. Frente al enemigo, que este no pueda nada contra él. Y el hijo de la iniquidad no lo pueda dañar. Envía, Señor, tu auxilio, desde el lugar santo. Y de Sión mándale la defensa. Señor, escucha mi oración y que mi grito llegue a ti. El Señor esté con vosotros. Y con tu espíritu.

Es en este momento cuando el campesino, de repente, levanta la cabeza y me mira fijamente. Y al mismo tiempo estalla en un grito de cólera y miedo. Se enrojece y comienza a gritar injurias en inglés. Permanece sentado. No se me acerca. Parece que me teme. Pero al mismo tiempo quiere aterrorizarme.

—¡Cura, termina ya! ¡Cállate, cállate, cállate!

Y luego blasfemias, palabrotas y amenazas.

Sigo con el ritual.

—Señor Jesucristo, que condenaste a aquel tirano apóstata al fuego de la Gehena y que enviaste a este mundo a tu Hijo Unigénito para derrotar a ese ser rugiente: acude

pronto, acelera tu venida para arrancarle al hombre que tú creaste a tu imagen y semejanza, apartándolo de la ruina y del demonio meridiano» Infunde, Señor, tu terror en aquella bestia que quiere el exterminio de tu viña. Concede a tus siervos la confianza de poder combatir de manera tortísima contra el pésimo dragón, a fin de que este no desprecie a aquellos que esperan en ti y no pueda decir lo que dijo el faraón a Moisés: «No conozco a Dios y no dejaré libre a Israel para que se marche». Que tu mano poderosa lo obligue a salir de tu siervo a fin de que no presuma poder tener prisionero a quien tú te has dignado crear a tu imagen y redi miste por medio de tu Hijo. El, que contigo vive en unión con el Espíritu Santo de Dios, y reina por todos los siglos de los siglos.

El poseído seguía gritando:

—Cállate, cállate, quédate callado.

Y escupe al suelo y a mí. Está furioso. Parece un león preparado para dar el gran salto. Es evidente que yo soy su presa.

Comprendo que debo seguir adelante. Y llevo al Praecipio tibi: «Te ordeno».

Recuerdo bien cuanto me había dicho el padre Cándido, las veces que me había instruido acerca de los trucos que se debían usar: «Recuerda siempre que el Praecipio tibi es a menudo la oración decisiva. Recuerda que es la oración que el demonio más teme. De veras creo que es la más eficaz. Cuando el juego se complica, cuando el demonio se enfurece y parece fuerte e inatacable, llega apresurado allí. De eso sacarás provecho en la batalla. Verás cuán eficaz es esa oración. Recítala en voz alta, con autoridad. Lánzala al poseído. Verás los efectos».

—Te ordeno, quienquiera que seas, espíritu inmundo, y a todos tus cómplices presentes en este siervo de Dios, a fin de que por los misterios de la encarnación, pasión, muerte, resurrección y ascensión del Señor nuestro, Jesucristo; por la misión del Espíritu Santo; por el regreso del mismo nuestro Señor para el juicio: dime tu nombre, el día y la hora de tu salida, mediante alguna señal; y te ordeno que me obedezcas en todo, ministro de Dios aunque indigno, y que no causes de ninguna manera daño a esta criatura de Dios, o a los presentes, o a aquello que les pertenece.

El poseído sigue gritando. Ahora su lamento es un aullido que parece venir de las entrañas de la tierra. Insisto.

—Te exorcizo, espíritu inmundo, toda irrupción del enemigo, toda legión diabólica, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, de desprenderte y huir de esta criatura de Dios.

El grito se conviene en aullido. Y cada vez se hace más fuerte. Parece infinito.

—Escucha bien y tiembla, oh Satanás, enemigo de la fe, adversario de los hombres, causa de la muerte, ladrón de la vida, adversario de la justicia, raíz de todos los males, pábulo de los vicios, seductor de los hombres, engañador de los pueblos, incitador de la envidia, origen de la avaricia, causa de la discordia, promotor de los sufrimientos.

Los ojos se le vuelven hacia atrás, La cabeza cuelga del respaldo de la silla. El grito sigue siendo sumamente alto y pavoroso. El padre Maximiliano trata de mantenerlo firme mientras el traductor retrocede despavorido ante cualquier movimiento. Le hago señas para que se eche más hacia atrás. Satanás se está desencadenando.

—¿Por qué estás ahí y resistes, mientras sabes que Cristo el Señor ha destruido tus designios? Teme a aquel que se ha inmolado en la figura de Isaac, y fue vendido en la persona de José, fue muerto en la figura del cordero, fue crucificado como hombre y luego triunfó sobre el infierno. Vete en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Parece que el demonio cede. Pero su grito ahora se atenúa. Me mira. Le sale de la boca un poco de saliva. Lo acoso. Sé que debo obligarlo a revelarse, a decirme su nombre. Si me dice su nombre es señal de que casi está derrotado. Al revelarse, en efecto, lo obligo a jugar con las cartas sobre la mesa.

—Y ahora, espíritu inmundo, dime: ¿quién eres? ¡Dime tu nombre! ¡Dime, en el nombre de Jesucristo, tu nombre!

Es la primera vez que hago un exorcismo grande y, por lo tanto, es la primera vez que le pido a un demonio que me diga su nombre.

Su respuesta me paraliza.

— *I'm Lucifer* —dice en voz baja y martilleando lentamente cada sílaba. “Soy Lucifer”.

No debo ceder. No debo rendirme ahora. No me debo mostrar aterrorizado. Debo continuar el exorcismo con autoridad. Soy yo quien dirijo el juego. No él.

—Te ordeno a ti, serpiente antigua, en nombre del juez de vivos y muertos, de tu Creador, del Creador del mundo, de aquel que tiene el poder de precipitarte en la Gehena, que te vayas de inmediato, con temor y junto con tu ejército furioso, de este siervo de Dios que ha acudido a la Iglesia. Lucifer, te ordeno de nuevo, no a causa de mi debilidad, sino por la fuerza del Espíritu Santo, que salgas de este siervo de Dios, que Dios omnipotente creó a su imagen. Cede, pues, cede no ante mí sino ante el ministro de Cristo. Te lo ordena el poder de aquel que te sometió con su cruz. Tiembla ante la fuerza de quien, vencidos los sufrimientos infernales, recondujo a tus almas a la luz.

El poseído vuelve a aullar. Con la cabeza colgando detrás del respaldo de la silla. El respaldo es curvo. Ha pasado más de una hora. El padre Cándido me dijo siempre: «Mientras tengas energía y fuerzas sigue adelante. No hay que ceder. Un exorcismo puede durar hasta un día. Suspende solo cuando entiendas que tu físico no responde».

Vuelvo a pensar en todas las palabras que me dijo el padre Cándido. Cuánto quisiera que estuviera a mi lado. Pero no está. Debo hacerlo solo.

—Que el terror te llegue por el cuerpo del hombre, el miedo por la imagen de Dios. No puedes resistir ni tardar en irte de esta persona, después de haber deseado Cristo habitar en un cuerpo humano. Y para que tú no me consideres digno de desprecio, al conocerme como un gran pecador, te lo ordena Dios. Te lo ordena la majestad de Cristo. Te lo ordena Dios Padre. Te lo ordena Dios Hijo. Te lo ordena Dios Espíritu Santo. Te lo ordena el misterio de la cruz.

No pensaba, antes de comenzar, que pudiera suceder. Pero de golpe tengo la sensación muy clara de la presencia demoníaca delante de mí. Siento a este demonio que me mira fijamente. Me observa. Da vueltas a mi alrededor. El aire se ha enfriado. Hace un frío tremendo. También de estos cambios de temperatura me había advertido el padre Cándido. Pero una cosa es oír hablar de ciertos hechos, y otra experimentarlos. Trato de concentrarme. Cierro los ojos y de memoria sigo con mi súplica.

—Sal, entonces, rebelde. Sal, seductor, lleno de todo engaño y falsedad, enemigo de la virtud, perseguidor de los inocentes. Deja el puesto a Cristo, en quien no existe ninguna de tus obras: Él te quitó y destruyó tu reino, te encadenó y venció y destruyó todos tus ardides; te arrojó a las tinieblas impenetrables, en las que a ti y a tus seguidores está reservado el final. ¿Por qué resistes con arrogancia? ¿Por qué te atreves a rehusarte? Eres reo ante Dios omnipotente, de quien has transgredido las órdenes. Eres culpable ante su Hijo, nuestro señor Jesucristo, a quien osaste tentar y presumiste de haberlo crucificado. Eres culpable ante la humanidad a la que has servido el veneno mortal convenciéndola para que hiciera el mal.

Es en este momento cuando sucede un hecho inesperado. Un hecho que nunca se repetirá en el curso de mi larga «carrera» de exorcista.

El poseído se convierte en un pedazo de madera. Las piernas extendidas hacia delante. La cabeza echada hacia atrás.

Y comienza a levitar.

Se levanta en sentido horizontal medio metro sobre el respaldo de la silla. Ahí permanece, inmóvil, por varios minutos suspendido en el aire. El padre Maximiliano retrocede. Yo me quedo en mi puesto. Con el crucifijo bien apretado en la mano derecha. El ritual en la otra. Me acuerdo de la estola. La tomo y dejo que una parte de ella toque el cuerpo del poseído. Este sigue inmóvil todavía. Rígido. Callado. Trato de dar otro golpe.

—Sal de este hombre. Te cuesta resistir. Te es difícil dar coces contra el aguijón. Porque cuanto más tardes en irte, tanto más aumenta tu suplicio eterno, porque no desprecias a los hombres sino a aquel que domina a vivos y muertos; aquel que vendrá a juzgar a vivos y muertos y los tiempos por medio del fuego. Sal, impío. Sal, malvado. Sal con toda tu decepción. Porque Dios quiere que el hombre sea su templo. Entonces, ¿por qué te obstinas en permanecer aquí? Da gloria a Dios Padre todopoderoso, ante cuya presencia toda rodilla se dobla. Deja el lugar a nuestro Señor Jesucristo, quien por la salvación del hombre derramó su sangre sacratísima. Deja entrar al Espíritu Santo, quien por medio de su bienaventurado apóstol Pedro te abatió claramente en la persona de Simón el Mago; que condenó tu mentira en los esposos Ananías y Safira; quien te mató en la persona del rey Herodes, que había rechazado honrar a Dios. Él te ha lanzado a la perdición por medio de su apóstol Pablo, al volver ciego al mago Elimas; por medio del mismo apóstol te impuso salir de la Pitonisa, ordenándote con su palabra. Por eso, vete ahora, márchate, engañador. Tu sede es el desierto; tu morada es la serpiente, humíllate y póstrate. No tienes ya tiempo de esperar. He aquí, en efecto, que pronto el Señor dominador se acerca: delante de Él arde el fuego, lo precede y quema todo alrededor de sus enemigos. Mientras puedes engañar a los hombres, no puedes burlarte de Dios. Quien te arroja es Él, ante cuyos ojos nada puede esconderse. Te expulsa Él, que ha preparado para ti y tus ángeles el fuego eterno. De su boca sale una espada cortante: Él, que vendrá a juzgar a vivos y muertos, y los tiempos por medio del fuego. Amén.

Un ruido sordo recibe mi Amén. El poseído se relaja en la silla. Balbucea palabras que me son difíciles de comprender.

Luego dice en inglés:

—Saldré el 21 de junio a las 3 de la tarde. Saldré el 21 de junio a las 3 de la tarde.

Luego me mira. Ahora sus ojos no son más que los de un pobre campesino. Están llenos de lágrimas. Comprendo que ha vuelto en sí. Lo abrazo y le digo:

—Pronto terminará esto.

Decido repetir el exorcismo todas las semanas. Cada vez se repite la misma escena. La semana del 21 de junio lo dejo libre. No quiero interferir con el día en el que Lucifer dijo que saldría. Sé que no debo confiarme. Pero hay veces en las que el demonio ya no puede mentir.

En la semana que sigue a la del 21 de junio lo vuelvo a llamar. Llega como siempre acompañado del padre Maximiliano y del traductor. Parece tranquilo. Comienzo a exorcizarlo. Ninguna reacción. Permanece calmado, lúcido, tranquilo. Le asperjo con un poco de agua bendita. Ninguna reacción. Le pido que recite conmigo el Avemaria. La recita toda sin que se encolerice. Le pido que me cuente qué sucedió el día en el que Lucifer dijo que se iría de él.

Me dice:

—Como todos los días, me fui solo a trabajar en el campo. Al comienzo de la tarde decidí dar una vuelta con el tractor. A las 3 se me ocurrió gritar sumamente fuerte. Creo que di un grito terrorífico. Al final del grito me sentí libre. No sé explicarlo. Estaba libre.

Nunca me volvió a suceder un caso semejante. Nunca volví a ser tan afortunado, liberar a un poseído en tan pocas sesiones, en solo 5 meses; un milagro. Los siguientes exorcismos van a durar años. No sé por qué mi primer exorcismo fue tan fácil. Terrorífico

pero fácil. No sé por qué ha sido el único caso en el que asistí a una levitación. Ciertamente no sé qué ha querido decirme Dios. Tal vez ha querido hacerme experimentar toda la maldad de Satanás pero también darme valor. Hacerme ver que puedo lograrlo. De esto hablé extensamente con el padre Cándido, el cual, en cambio, me dio una versión muy diferente.

Pasé con el padre Cándido 15 días inolvidables en San Remo, Liguria. Son jornadas importantísimas para mi futuro como exorcista. Le planteé al padre Cándido muchísimas preguntas. Desafortunadamente no llevé conmigo una grabadora. No grabé nada de lo que me dijo. Pero gran parte de nuestros discursos quedaron impresos de manera indeleble en mi mente.

Le hablé del exorcismo realizado en el campesino romano. Del éxito y la tentativa de comprender qué me ha querido decir Dios. Me dijo:

—Te equivocas haciéndote tantas preguntas. No era Dios quien te hablaba sino Satanás. No te preguntes nunca si es Dios quien está detrás de un exorcismo. Claro que es Dios quien derrota a Satanás. Es él quien vence gracias al exorcismo. Pero no te preguntes cosas que nadie puede responder. No peques de soberbia. Haz lo que tengas que hacer y no te plantees demasiadas preguntas. ¿Acaso no lo sabes? No somos sino siervos inútiles.

Le expongo al padre Cándido cuáles son los «instrumentos» que se han de usar durante un exorcismo. Fue él quien anteriormente me sugirió llevar siempre conmigo la medalla con la imagen de san Benito. Fue él quien me sugirió la estola morada, que es el color de la penitencia, más larga que la usada por el sacerdote cuando celebra la misa. Y luego el aspersorio con el agua bendita. Fue él quien me recordó algo que había olvidado, un recipiente con un óleo especial. Me dijo:

«Siempre debes llevar contigo un aceite especial. Lo obtienes mezclando el óleo de los catecúmenos que se usa en los bautizos con el óleo de los enfermos que se usa en el sacramento de la unción de los enfermos. Persigna siempre al poseído en la frente, en los sentidos, ojos, orejas, nariz, boca y cuello. Luego recita la oración del ritual. Si puedes, apréndela de memoria, así no tendrás que tener siempre en la mano el libro. Acércate lo más que puedas al poseído. Ponle, si lo logras, una mano en la cabeza. Hazle a menudo el signo de la cruz. Acuérdate. Es muy eficaz la plegaria de liberación que me enseñó una religiosa, sor Erminia Brunetti, una Hija de San Pablo, muerta en olor de santidad. Dice así: "Espíritu del Señor, Espíritu de Dios, Padre, Hijo, Espíritu Santo, Santísima Trinidad, Virgen inmaculada, ángeles, arcángeles, santos del paraíso desciendan sobre esta persona; transfórmala, Señor, configúrala a ti, llénala de ti, úsala, arroja fuera de ella todas las fuerzas del mal, aniquílalas, destrúyelas para que ella pueda estar bien, obrar el bien, arroja fuera de ella los maleficios, las hechicerías, la magia negra, las misas negras, el mal de ojo, las ataduras, las maldiciones, la infección diabólica, la posesión diabólica, la obsesión diabólica, todo lo que sea mal, pecado, envidia, celos, perfidia, la enfermedad física, psíquica, moral, espiritual, diabólica; quema todos estos males en el infierno para que nunca más puedan golpearla a ella ni a ninguna criatura del mundo. Ordeno y mando con la fuerza de Dios todopoderoso en el nombre de Jesucristo Salvador, por intercesión de la Virgen Inmaculada, con el poder que tengo de la Iglesia aunque indigno, a todos los espíritus inmundos, a todas las presencias que la molestan, de dejarla inmediatamente, de dejarla definitivamente y de irse al infierno eterno encadenados por san Miguel Arcángel, san Gabriel, San Rafael, nuestros ángeles custodios, aplastados por el calcañal de la santísima Virgen inmaculada. Amén".

¡Verás cómo reaccionarán los condenados al oír esta oración! Reaccionarán de manera alocada. No temas si al inicio del exorcismo los poseídos tienen reacciones extrañas. No te impresiones frente a los sollozos, los movimientos rabiosos, los escupitajos.

Deja que se arrojen al suelo, que se arrastren como serpientes. Si puedes, hazte ayudar por colaboradores para mantenerlos firmes. Una vez comenzado el exorcismo interroga al demonio.

El interrogatorio es importante. Nunca debes hacer preguntas curiosas, sino solo útiles para la liberación. Primera pregunta: "¿Cómo te llamas?". El demonio hará todo lo posible por esconderse. Para él, revelar su propio nombre es un esfuerzo grandísimo porque tiene que descubrirse. Pero debe decirlo porque no puede resistirse a la fuerza de los exorcismos. "¿Cuándo entraste? ¿Cómo lo hiciste? ¿Cuáles fueron los motivos que te propusiste frente a esta persona? ¿Cuándo saldrás?". Estas son las preguntas principales. Si el diablo no responde, repite dichas preguntas hasta que responda. Recuerda que el diablo miente. Sus respuestas son siempre controladas. Una vez tuve un caso muy difícil, una chica que no lograba liberar. Le pregunto al demonio. "¿Cuándo te vas?". Y me responde: "El 8 de diciembre". Una fecha significativa por ser la fiesta de la Inmaculada. Llega el 8 de diciembre. La llamo, le hago un largo exorcismo pero no se libera. Después de 5 horas y media de exorcismo parece estar libre. Saltos de alegría. Lágrimas de emoción. Libre. Después de una semana, es como antes. Le pregunto al demonio: "¿Por qué no te fuiste? Dijiste que te marcharías el 8 de diciembre, ¿por qué no te fuiste?". Y él, con una voz de mofa, responde: "¿Nunca te dijeron que soy un mentiroso? ¿No te enseñaron que yo digo mentiras?". ¿Por qué el Señor permite ciertas cosas? Es difícil si no imposible responder. Nosotros nos preocupamos mucho por esta tierra. Dios se preocupa mucho por la vida eterna. Y, por lo mismo, es

probable que El permita la posesión para proporcionar a las almas una ventaja que vale para la eternidad.

No piensen que es fácil liberar a un poseído. Los tiempos son siempre larguísimos. Estás luchando contra el mal absoluto, el mal ciego. No puede ser un paseo. El maligno es un puro espíritu. Es una fuerza que entra en el cuerpo. Pero algunas veces puede simplemente ser un espíritu que actúa sobre una persona sin poseerla. Está atento para no creer que todos estén poseídos. Muchos solo tienen una influencia negativa causada quizá por un maleficio, pero no están poseídos. El padre Pío de Pietrelcina, por ejemplo, sufrió ataques del demonio todos los días, excepto en raras excepciones. Era golpeado, tirado al suelo. Eran vejaciones, no estaba poseído. Y lo mismo también el cura de Ars, Juan María Vianney. Vejaciones gravísimas. Pero no posesión.

Otras personas sufren daños en su propia casa: crujidos, golpes, luces que se encienden y se apagan a capricho, que estallan. A un ingeniero le sucedió que en casa le estallaban de treinta a cuarenta bombillas por mes. Fenómenos que cesan con los exorcismos. Pero no existe ninguna posesión. Es probable que en el pasado, en estas casas, haya habitado algún mago que presidía sesiones espiritistas o alguien que hiciera ritos satánicos. O también sobre el terreno donde estaba construida la casa había en el pasado un cementerio. Repito, no son posesiones pero no dejan de ser casos difíciles. Puedes hacer los exorcismos, si quieres, pero recuerda que no tienes delante de ti al demonio en persona. Los exorcismos, en efecto, se realizan sobre las personas poseídas pero también sobre las res, sobre las cosas, es decir, casas, objetos, animales.

A menudo Satanás no está solo en el cuerpo de las personas que posee. A veces se encuentran muchos demonios. Jesús habla con frecuencia de legiones. Una vez exorcizaba a una religiosa. Una posesión tremenda. Vomitaba de todo. "¿Cuántos sois?", pregunté. "Legiones, legiones, legiones", respondieron. Mientras la exorcizaba ella se meneaba continuamente. Y saltaba de una pared a otra como un simio. Imposible mantenerla quieta.

Satanás no tiene rostro. Es puro espíritu y si se quiere hacer presente debe asumir

un cuerpo falso según lo que quiera determinar. Al padre Pío el demonio se le presentaba bajo la forma de Jesús, otras veces de María, también bajo la de su superior, y otras del confesor. El padre Pío iba a ver superior y le preguntaba: "Usted vino a mí y me dijo que hiciera...". "No. No he ido donde usted". Y, en efecto, no era él. Era el demonio» que usaba una estratagema no rara, la de mostrarse con un rostro y un cuerpo que no existía en la realidad.

Contra el demonio cada uno ha de encontrar la propia medida. También los exorcismos han de tener cabida buscando que acción de ellos es la más eficaz contra Satanás. Puede suceder que un exorcista que nombre al padre Pío provoque una reacción violenta en el poseído y otro exorcista que también lo nombre no llegue a provocar ningún efecto. El camino lo tienes que encontrar solo. Será tu camino. Acuérdate siempre del beato Leopoldo Mandic. Vivía en Padua. Todo el día estaba encerrado en el confesonario. A menudo los exorcistas lo llamaban para que les ayudara. Él llegaba, asisrta en silencio al exorcismo, y al final intervenía diciendo: Vamos, vamos, vete. Sal de ahí. Y el demonio, como por encanto, desaparecía. Esa era su medida. También tú has de encontrar la tuya.

No discutas con el demonio ni aceptes discusiones. Es él quien debe responder a tus preguntas y no tú a las de él.

Quien tome parte en un exorcismo no ha de hablar con el demonio. Sólo lo pueden hacer los exorcistas porque son ellos los únicos que están protegidos.

El demonio te amenazará. En cuanto a mí, con frecuencia de noche produce ruidos en mi alcoba. No temas. Si estás con Dios es él quien tiene miedo de ti. El exorcismo es un combate. Uno se cansa. Hay mucha tensión. Debes emplear mucha fuerza interior. La fuerza te ha de venir de dentro. Debes actuar con el espíritu mas que con el físico.

Concéntrate. Reza. Se requiere fe ya que Él la premia. ¿Recuerdas el Evangelio?: "Anda, tu fe te ha salvado". No pienses que Dios o Nuestra Señora te van a hablar. Te sugerirán qué has de hacer. Piensa más bien que ellos están contigo. Y que contigo está también una persona que no te dejará nunca: tu ángel de la guarda».

Son recuerdos sueltos que tengo del padre Cándido. Pero son recuerdos preciosos. Él fue mi maestro. Es importante que un sacerdote que comience a realizar exorcismos tenga con quién aconsejarse, alguien con quien hablar. Es importante porque se comprenden muchas cosas. Por ejemplo, que cada exorcismo se compone de 6 etapas. Seis metas que ha de superar, cada una con su propia dificultad.

Apenas el exorcista entra en el cuarto donde se encuentra la persona poseída, una presencia comienza a hacerse sentir. Quienquiera que esté en la habitación siente claramente esta presencia. ¿Qué es? Es algo no humano. O mejor, algo antihumano. Algo que no se puede explicar pero que está ahí. Esta es la primera etapa, la primera dificultad que se encuentra. El reconocimiento ineludible de esta siniestra presencia. No se ve. No se siente. Pero está. Y por todas partes. Delante, detrás, encima, debajo, al lado de las personas. Lo envuelve todo. No tiene género, no es ni masculino ni femenino. Simplemente es. Y de inmediato comienza a actuar. Trata de herir la esencia misma de las personas presentes. Golpea la mente, el corazón. Es preciso permanecer tranquilos y tener mucha fe. Luego encontrar dentro de sí las energías necesarias para reaccionar, para combatir, para hacerle sentir a esta presencia quién ordena, quién dirige el juego.

Cuando el exorcismo comienza, el demonio hace de todo para ocultarse. Ahí está, se hace presente, todos lo sienten. Pero él se esconde. Esta es la segunda etapa de la batalla: la lucha contra su tentativa de esconderse. Recuerdo cómo una vez estaba exorcizando a una persona con una posesión profunda y arraigada. Cuando yo comenzaba

el exorcismo, el diablo se quedaba mudo. El rostro de la mujer era de piedra. Una estatua. El diablo callado. Era una manera de tratar de prolongar su presencia en la persona poseída.

El trabajo del exorcista es el de obligar al demonio a revelarse, a manifestarse abiertamente. En resumen, a decir el propio nombre. El nombre es importante, porque dice mucho de quién es el diablo que se tiene delante. Por ejemplo, si un diablo tiene un nombre bíblico -Satanás, Asmodeo, Belzebú, Baal, Lucifer u otro- es más poderoso. Existe en el infierno una jerarquía. Los diablos son más importantes también según el nombre que lleven.

Así que el diablo se esconde. Y con frecuencia si habla lo hace con la voz del poseído. Se presenta como la persona que posee. Habla de lo más y lo menos. No se encoleriza de inmediato. Y busca la compasión del exorcista. Trata de convencer al exorcista de que este es un malvado. Que él es bueno mientras que el exorcista es malo. Superar la ficción obligar al diablo a hablar, es una empresa de semanas enteras a veces de meses. Si el exorcista no logra hacer que el diablo se descubra, perdió. En tal caso, ha de dejar que otro exorcista actúe.

A medida que la ficción desaparece, el diablo se hace cada vez más violento. Esta es la tercera fase que muchos llaman punto de ruptura. Es cuando el demonio rompe la ficción y llega a descubrirse. Es como un volcán que erupciona de repente. De su cráter sale de todo, palabrotas, gritos, acusaciones, obscenidades. El poseído se agita, babea, chilla. Es como si de golpe todo el odio presente en el mundo se manifestara en el cuerpo del poseído. El diablo ataca por todos los medios al exorcista que tiene frente a sí. El ataque es evidente, físico, pero también espiritual. Todo el exorcista, alma y cuerpo, está bajo el ataque. Cuando el diablo es obligado por el exorcista a revelar; en nombre de Cristo, su propio nombre, se llega al punto de ruptura. Ahora el diablo habla con su voz, que de ordinario es inhumana, con acentos y tonos que ningún hombre ha tenido antes. Cuando el diablo hace oír su propia voz significa que la cuarta etapa se ha cumplido. Hay veces en las que las palabras del diablo son incomprendibles. En otras, su ruido es solo un largo aullido. Un lamento feroz. Es en este momento en el que el exorcista debe imponer su autoridad. Es entonces cuando debe tomar la iniciativa e imponer silencio al diablo. En el nombre de Jesús y con la autoridad que Él y la Iglesia le han conferido, el exorcista ha de hacer callar al diablo y dirigir la estrategia de la batalla.

Ahora la voz del demonio se extingue. Y se llega a la quinta fase, la de confrontación. El diablo está en silencio. El exorcista lo dirige todo. La batalla es abierta, total, violenta. Todo el espíritu del mal se lanza contra el exorcista, quien con la sola arma de la confianza en Cristo ha de resistir y pelear. El exorcista no debe huir de la confrontación. Por el contrario, ha de buscarla lo más posible. Porque al final la victoria podrá llegar solo si la derrota del diablo es total. El exorcista ha de seguir dirigiéndole al demonio las mismas preguntas: «¿Cuándo te vas? ¿Por qué entraste en este ser? ¿Quién eres exactamente? ¿Qué quieres? ¿Por qué le causas mal a esta persona?». Después de algún tiempo el demonio lanzará fuera todo. Responderá a todo. Cuantas más preguntas responda el demonio, tanto más débil se hará y más cerca estará el momento de la expulsión.

¿Por qué el demonio no quiere salir? Es muy simple, porque no sabe adónde ir. Basta recordar el Evangelio: «¿Adónde debemos ir?», le preguntan a Jesús los espíritus inmundos. «También nosotros hemos de tener una morada». El cuerpo del poseído es como una casa que el espíritu inmundo ha encontrado. Una casa que no quiere dejar. Pero una casa que él ha de abandonar tarde o temprano, si no en otro momento, el día en que el poseído muera. La tentativa del exorcista es la de sacarlo antes de que el poseído muera.

Esta es la razón por la cual, al comprender que ha de marcharse pronto, el ataque del diablo contra el exorcista es feroz. A menudo se siente un olor nauseabundo en la habitación del exorcismo. Una sensación de angustia infinita impregna a todos y a todo. Es como si la pura esencia del mal estuviera presente allí. El mal y todo lo que de antihumano existe están allí. Se enfrentan 2 mundos, el del bien y el del mal. Dos mundos que corresponden a 2 posibilidades. Si el exorcista se mantiene firme y se aferra a Cristo, alcanza su última meta, la sextam, la expulsión. De repente la presencia maléfica desaparece. Ya no está. Reina la paz. El poseído con frecuencia no recuerda nada. Se siente libre y feliz.

En mis 25 años de exorcismos he luchado muchas veces contra el demonio. Algunas veces era Satanás. Otras, era un subdito suyo más o menos importante. Otras, eran subditos diversos. Son muchísimos los exorcismos que puedo relatar. Muchos los recuerdo detalladamente. Existe, sin embargo, un exorcismo que aún hoy vuelvo a estudiarlo muchas veces. No es un exorcismo realizado por mí. Es un increíble «cara a cara» con Satanás que un sacerdote cohermano mío hace años quiso contar íntegramente en la revista de nuestra comunidad Orizzonti. Después fue reimpresso en otros periódicos, entre los que recuerdo el Segno del soprano naturale y el ensayo de Renzo Allegri Cronista alVinferno. Fue un diálogo que tuvo lugar en Piacenza en 1920, una perla preciosa para todos los exorcistas porque enseña muchas cosas. Fue un diálogo terrible, grave, que sin embargo duró apenas el tiempo de quince sesiones. Un exorcismo que tuvo consecuencias dramáticas. Una vez expulsado, en efecto, el diablo volvió para vengarse llegando a matar a algunas personas cercanas a la persona poseída.

A veces el diablo regresa para matar

Es una noche de principios de mayo de 1920. El convento de Santa Marta di Campagna, en Piacenza, se encuentra a las afueras de la ciudad. Allí viven unos frailes menores, conocidos y estimados por todos. El convento es un lugar que congrega a diversos fieles, un lugar de Dios que atrae almas y conversiones. Un lugar bendito por el cielo. Y por eso odiado por Satanás.

Un fraile, el padre Pier Paolo Veronesi, está ordenando la sacristía y los vasos sagrados, cuando una señora se presenta a pedirle que la bendiga. Desea que la bendición le sea impartida delante del altar de la Virgen. Una vez recibida la bendición, la mujer desea hablar con el fraile. Le confía cosas tenebrosas que le afectan. El padre Pier Paolo la escucha pacientemente. El relato es sorprendente. Dice que a ciertas horas del día una fuerza misteriosa, más fuerte que ella, se posesiona de su cuerpo, de su alma y que, en tales circunstancias, si bien de mala gana, baila a ritmo de tango durante horas, hasta caer al suelo exhausta. Dice que canta, con una voz espléndida, estribillos, baladas, fragmentos de ópera que nunca había oído antes. Comenta también que tiene larguísima discursos en lenguas extranjeras delante de un público imaginario. Que canturreando habla en verso de su fin inminente y del de todas sus hermanas. Cuenta que a menudo con los dientes desgarrar todo lo que se le presente. Que es así como ha arruinado toda su ropa blanca. Explica que en casa se arrastra como una serpiente bajo las camas y los muebles. Luego ruge como un león. Aúlla como un lobo. Maulla como un gato. Cuenta al mismo tiempo que tiene dentro de sí dones nuevos. Ve el futuro. Prevé lo que sucede. Sabe relatar conversaciones en las cuales no ha estado presente y que han sucedido a cientos de kilómetros de distancia. Logra hacer saltos de acróbata, de un mueble a otro. Afirma que ella es diferente. Hay veces que desea cosas terribles, como la muerte, como el suicidio.

—Créame, padre -dice la mujer al fraile-, mi vida se ha vuelto un verdadero infierno. Aunque soy madre de dos niños, pienso en la muerte como en una fuga, una liberación.

El padre Pier Paolo está acostumbrado a ciertos testimonios, incluso a los más raros. Es capellán desde hace tiempo del manicomio de Piacenza. Allí ha visto las duras y las maduras. De inmediato piensa en una enfermedad psicológica. Por eso le pide a la señora que vaya a visitar a algún médico. La mujer le explica que ha ido a todos los médicos conocidos y que todos le han dicho que era «un típico caso de histeria». Un caso que «dura hace ya siete años». Pero, dice la señora:

—Yo no les creo. No estoy convencida para nada de que sea así. Yo, padre, no soy histérica y mucho menos loca.

—¿Y entonces?

—Entonces, como ya no puedo esperar una ayuda de los hombres, he sentido la necesidad de dirigirme a Dios, de encomendarme a El. He ido, a pesar de sentir repugnancia, a todas las iglesias de la ciudad para rezar, hacerme bendecir, y confieso que, sobre todo la bendición, me hace sentir mejor, al menos por algunos días. Pero ya he ido tantas veces que casi ya no tengo el valor de volver a presentarme, temo que loí sacerdotes

me crean loca.

El padre Pier Paolo comienza a interesarse mucho en el relato.

—Me dijeron que en las colinas de Piacenza había un párroco famoso por sus bendiciones. Ansiosa por hacerme bendecir por él, un domingo después del almuerzo hice que me prestaran una carreta para el viaje. Me puse en camino en compañía de mi marido y mis padres. El caballo, un trotador óptimo, en poco tiempo devoró la carretera, pero cuando, en cierto punto, comencé a sentirme mal, también el caballo se detuvo de repente. Le dieron latigazos hasta salirle sangre. La pobre bestia, entre golpes y patadas, estiró las patas y el cuello, pero no se movió. Entonces, casi fuera de mí, bajé de la carreta, me liberé de la presión de mis familiares y, volando casi a medio metro del suelo, a través de los campos, subí la colina en dirección a la iglesia a la que debíamos ir. La gente que en aquel momento salía de la bendición de la tarde, al verme subir gritando y gesticulando de semejante manera, con los velos y los sombreros al aire comenzó a hacer ruido. Las mujeres gritaban, algunos perros ladraban, las gallinas volaban despavoridas de los campos hacia casa. Finalmente llegué a la plazoleta. Todos se hicieron a un lado y yo, volando siempre, me metí por la puerta semiabierta de la iglesia y fui a caer cuan larga era delante del altar mayor; sobre el cual se exponía una imagen de san Expedito. El párroco, seguido por la gente, acudió a mí y, al intuir lo que pasaba, me bendijo, yo regresé y durante varios días estuve sumamente bien.

El padre Pier Paolo escucha a la señora sin pestañear. Ella le pregunta qué piensa de todo esto. El, convencido siempre de encontrarse ante un caso patológica), responde vagamente:

—Ciertamente, son fenómenos extraños, muy extraños.

Y añade:

—Pues bien, sí la bendición le hace bien, venga en tí mees asando lo crea necesario sin temor; si yo no estoy, estará siempre algún cohermano mío.

Algunos días después la señora se presentó de nuevo. Mientras el padre Pier Paolo se dispone a bendecirla delante del altar de la Virgen, ella, sentada cerca de una columna Mpttíbkheho (en efecto, había pedido sentarse), de manera «umita, can b<xa crrrada, comienza a aullar como un perro que te lamenta en el sueño; luego, con la cabeza reclinada en la columna, los ojos cerrados y con las manos en el regazo, st entrega de improviso al canto, un canto bellísimo, pasional, espléndido. Después de haber cantado, conservando siempre la misma posición, en una lengua desconocida, se pone a reñir contra algo invisible, con tal violencia que parece una loca en el colmo de su locura. En aquel momento sale del coro y se dispone a atravesar la iglesia otro hermano, el padre Apolinar Focaccia. Este escucha el canto y las continuas e indescifrables imprecaciones. Y por la noche, conversando con el padre Pier Paolo, pregunta:

—¿Observó a aquella señora?

—Sí, ¿por qué?

—¿No se ha quedado impresionado?

—A decir verdad, no. Como capellán del manicomio, ya estoy acostumbrado a ciertas escenas.

Y, en efecto, la mujer no le causó ninguna impresión; es verdad, reñía, pero no se movía.

—Pero mire -continúa el cohermano—, esa señora está endemoniada.

—No exageremos -replica el padre Pier Paolo—. No debemos de manera precipitada acceder a esas fáciles sugerencias populares que pretenden ver la intervención del diablo en todo lo que no sea explicable fácilmente. Es cierto que la ciencia humana no es capaz de explicarlo todo, pero no debemos despreciar nuestras fuerzas de raciocinio. Lo que la cien-

cia no haya logrado explicar hoy, logrará explicarlo mañana.

El padre Apolinar no está convencido:

—Seamos sinceros. No quiero parecer un ingenuo. Pero le confieso que no logro explicar en términos humanos la capacidad de una mujer de asumir actitudes tan fuera de lo ordinario. ¿Cómo puede una persona hablar una lengua desconocida? Ni siquiera se puede tratar de presentar una explicación que se apoye en el subconsciente o alguna estructura psicológica excepcional. La mente humana no puede expresar lógicamente lo que ella no ha aprendido. No se trata de una sugestión rítmica expresada; tampoco se trata de una sugestión inofensiva: es un nuevo mundo lógico, misterioso porque no es habitual tanto en nosotros como en la señora. Precisamente, es un mundo nuevo que sustituye al actual.

—Padre Apolinar, venga conmigo alguna vez al manicomio. Le podré mostrar muchos casos interesantísimos, de los cuales la ciencia aún no ha podido hallar la explicación.

—Iré y trataré de observar cuanto me sea posible. Dígame, ¿alguna vez ha presenciado un caso que, aunque sea someramente, se parezca a este?

—Francamente, no.

—Al menos se podría admitir, a manera de hipótesis, sin querer ofender a la ciencia, la posibilidad de una intervención diabólica. La señora es una persona muy normal, solo que a veces pierde la conciencia de sí y asume una personalidad diferente a la suya, una personalidad nueva que se obsesiona de su cuerpo y se vale de él como de un instrumento dulcísimo. ¿Oyó cómo cantaba? Ni siquiera el soprano más célebre de nuestro tiempo está capacitado para cantar como ella lo hizo. Y luego esas injurias extrañas dichas en una lengua tan rara. No, padre, es un hecho que ha de hacer reflexionar. Para mí, esa señora está poseída. Es un caso excepcional. Dice san Pedro que los diablos fueron amarrados «con las cadenas del infierno para ser atormentados y reservados para el día del juicio». Por tanto, su lugar es, sin duda, el infierno. Igualmente, san Pablo, en la Carta a los efesios, dice que ellos están en el aire. El mismo Jesús dice una vez, según el relato de Mateo, que su morada está en el infierno, y en otra ocasión expresa, según el relato de Lucas, que está en el desierto. Todo nos autoriza aquí a creer en la posibilidad de una presencia diabólica. Por lo demás, la posesión es un fenómeno ampliamente conocido y nosotros, para estar seguros, no deberíamos hacer otra cosa que leer el Evangelio. Por otra parte, desde los primeros tiempos del cristianismo se usó el exorcismo contra la posesión. Los exorcistas constituían un orden especial de la Iglesia. La acción diabólica era muy vivaz en el mundo pagano (y nuestros misioneros dicen lo mismo ante el mundo pagano de hoy), por eso el exorcismo tenía lugar ante todo con ocasión del bautismo. Pero también los ya bautizados eran exorcizados si se sospechaba de alguna posesión diabólica. De acuerdo, no hay que exagerar, y de esto nos advierte santo Tomás. Pero es igualmente cierto que nosotros olvidamos con demasiada facilidad que Satanás es el príncipe de este mundo, que Satanás tentó a Jesús y que precisamente cuando es expulsado del nuevo reino de la gracia, trata ahora con todo el esfuerzo posible de mantener su dominio. Cómo todo esto pueda concretamente suceder, es un misterio. No es ciertamente posible negarlo. Pero también es absolutamente imposible negar cierta posibilidad de imperio que el demonio tiene sobre la naturaleza, tanto física como humana. Y aquí todos los evangelistas, incluido san Pablo, nos lo advierten con toda claridad.

El padre Pier Paolo pone atención a todas las palabras de su cohermano. Y responde:

—Todo eso es muy cierto, querido padre, pero yo no discuto el principio, sino solamente el hecho, poniendo en duda que aquella señora esté realmente poseída por el demonio.

El padre Apolinar no se da por vencido. Insiste, tanto que a la mañana siguiente el padre Pier Paolo, movido por la duda, se presenta ante el obispo de la diócesis. Quiere acallar sus escrúpulos de conciencia que las palabras del cohermano le provocaron. Monseñor Giovanni Maria Pellizzari es una persona increíblemente afectuosa y tranquila, pero también sumamente decidida. Después de pedir que se le cuente el caso de manera detallada, y tras una seria reflexión, dice sin preámbulos:

—Querido padre, haga un exorcismo a esta persona. Es una orden.

El padre Pier Paolo no se esperaba esa respuesta. Se sobresalta como si lo hubiera atropellado un coche en la carretera. Pregunta:

—Excelencia, ¿es en realidad necesario?

— Sí.

— ¿Y de veras tendría que hacerlo yo?

—Si

—¿No podría encargárselo a otro?

—O usted o monseñor Mosconi, pero sería mejor usted, que ya conoce a la persona.

—Perdone, excelencia. Si bien lo recuerdo, he oído decir que el demonio, en los exorcismos, insulta al sacerdote, inventándole historias nada agradables. Y si la mujer está de veras endemoniada...

—Pero, ¿quién va a creer en las palabras del demonio? ¿No sabe que el demonio es el padre de la mentira?

—Lo sé en teoría. Pero en la práctica, aquellos que deban ayudarme, ¿creerán que el demonio solo dice mentiras?

—Haga el exorcismo —repite el obispo en un tono de voz que no admite réplicas. Y se levanta para despedirse.

El padre Pier Paolo sale del palacio episcopal muy preocupado. «¿Y si el demonio en verdad se manifiesta? ¿Qué sucederá? ¿Confesará delante de todos mis pecados? ¿Y si inventa otros?

El padre Pier Paolo tiene miedo. Miedo de hablar con el demonio, de verlo en acción. De encontrárselo cara a cara. No quiere creer en la existencia del demonio porque le tiene miedo. Es un fraile muy bueno. Cree que es un gran pecador. Y esto le hace ser temeroso. Piensa: «¿Y si la señora fuera solamente una histérica? ¿Y si después de haberla atormentado con exorcismos, se volviera aún más histérica, más loca que antes? ¿Cuáles serán las consecuencias?».

Está a punto de volverse donde el obispo, con el fin de confiarle todas sus dudas, cuando algo dentro de él le dice que no lo haga. Una voz le habla y le dice: «No temas. Haz lo que se te ha pedido. No tengas miedo».

De modo que el padre Pier Paolo se decide. Convoca a algunas personas de confianza y les pide que asistan al exorcismo. Entre estas está el profesor Lupi, el director del manicomio, que toda Piacenza conoce y estima. Lo encuentra en su despacho.

—Doctor, ha llegado a mí un caso importante.

En pocos minutos lo pone al tanto del asunto. El doctor le dice:

—Es en realidad un caso muy interesante. Asistiré con gusto a las sesiones. Pero con una condición: que una vez realizado el exorcismo, usted tenga sus opiniones y yo las mías. A menos que los hechos sean tan evidentes que nos lleven a los dos a la misma conclusión.

El padre Pier Paolo no se limita a invitar a algunas personas. Hace algo más. Le pide a un cohermano suyo, el padre Justino, que sabe bien la estenografía, que deje constancia en el papel del desarrollo de los diálogos. Es la primera vez que un exorcismo se registra. Un hecho único e increíble al menos en aquella época. Pero el hecho resultará algo único

también por la numera como se llevará a cabo. Un exorcismo de una violencia inaudita, en cierto sentido único.

A las 2 de la tarde del 21 de mayo de 1920, tiene lugar el primer exorcismo. La mujer, pálida, elegante, llega acompañada por su marido, por su madre, un amigo de la familia y por 2 chicas. Son recibidos por el padre Pier Paolo, el padre Justino y el doctor Lupi. La sala destinada al exorcismo se encuentra en el segundo piso del santuario. Es una sala bella, espaciosa, con amplios ventanales durante mucho tiempo iluminados por el sol. Al fondo de la sala, un pequeño altar portátil, sobre el cual ha sido expuesto, entre 2 cirios, el relicario del santo madero de la cruz. Delante del altar se colocan 2 sillas, que han de servir de reclinatorios para el exorcista y su asistente, para las oraciones preparatorias. Un poco más atrás, un taburete de mimbre para la señora y, a los lados, en semicírculo, otras sillas para los asistentes y testigos. A la derecha del altar, una silla para el médico, a la izquierda, el pupitre del estenógrafo y una pequeña mesa que tiene encima una estola, la sobrepelliz, el ritual romano, el aspersorio y el acetre del agua bendita.

Se le pide a la señora que se siente. A su lado se disponen, de pie, los asistentes, listos para cualquier eventualidad; las señoras ocupan las sillas en semicírculo. Los 2 padres, de rodillas ante el pequeño altar comienzan a recitar las letanías de los santos; luego, como lo prescribe el ritual, se dirigen a la señora y comienzan a recitar las oraciones preparatorias.

Exorcizo te, immundissime spiritus, omne phantasma, omnis legio, dice el padre Pier Paolo. Y de repente la mujer, que hasta entonces había permanecido sentada, bostezando y estirando los brazos como si fuera una bestia que está por despertar, de improviso, unidas las manos a la punta de los pies, se lanza con una admirable elegancia al aire y luego se desploma, zigzagueando después como una serpiente, en medio de la sala, permaneciendo tendida allí. El cuerpo de la mujer se encuentra verdaderamente transformado. Su rostro es horrible. Inmediatamente trata de arrojarse contra el sacerdote, gritándole con una voz masculina y estentórea:

—Pero, ¿quién eres tú que vienes a pelear contra mí? ¿No sabes que soy Isabó, que tengo las alas largas y los puños fuertes?

Y lanza contra el sacerdote un montón de injurias.

El exorcista, vencido por la emoción, en un primer momento se siente como anonadado, pero luego una nueva fuerza lo invade, y se siente fuerte con un espíritu combativo que no sabe explicarse humanamente. Le ordena a la mujer que se calle.

—Yo, sacerdote de Cristo, te ordeno, y ordeno a quien quieta que tú seas, y te lo ordeno por los misterios de la encarnación, pasión y resurrección de Jesucristo, por su ascensión al cielo, por su venida en el juicio universal, que permanezcas quieto, no hagas mal a esta criatura de Dios ni a los asistentes, ni a las cosas de ellos, y obedece a todo lo que ordene.

Es ahora cuando comienza un diálogo durísimo entre el demonio y el exorcista. Un diálogo que lo deja a uno sin aliento.

—En el nombre de Dios, dime, ¿quién eres?

— Isabó -grita la mujer, con el rostro enrojecido y los ojos desorbitados.

— ¿Qué significa Isabó?

—Tú tienes enemigos que...

La mujer trata de desviar el discurso, pero la pregunta del exorcista es perentoria.

— ¿Qué significa Isabó?

La señora se muerde los brazos y las manos. Trata de agarrar el hábito del exorcista y grita:

—Significa tener un maleficio tan bien realizado que ya no es posible separarse.

— ¿Qué poder tienes?

—El poder que me dan.

—¿Qué poder te dan?

—Muchas fuerzas.

—¿De quién recibes esas fuerzas?

—De la persona que sabe vencerme.

—Pero, ¿qué clase de italiano es éste?

La mujer tiene un movimiento de indignación.

—Yo no soy italiano –grita sarcásticamente. Y suelta una tempestad de injurias que se repetirían muchas veces después.

El sacerdote continúa impertérrito.

De dónde vienes?

Pero tú me mandas como si fuera tu siervo.

—Dime de dónde vienes. En el nombre de Dios, de ese Dios que conoces tan bien, dime de dónde vienes.

La mujer, al oír el nombre de Dios, vuelve el rostro y permanece inmóvil por varios segundos.

—En el nombre de Dios, por su sangre, por su muerte, dime de dónde vienes.

—De los desiertos lejanos.

—¿Estás solo o tienes compañeros?

—Tengo compañeros

—¿Cuántos?

—Siete

—Por qué entraste en este cuerpo?

—Por un fuerte amor no correspondido.

—No correspondido por quién?

—Eres un imbécil

—¡Responde! ¿Quién no ha correspondido a ese amor?

—Este cuerpo –grita la mujer, dándose un fuerte golpe en el, pecho.

—¿Y por qué no te ha correspondido?

Altanera, desdeñosa, fuerte suena la respuesta de la mujer.

—Porque esto no es justo.

—Así que este cuerpo es una víctima.

Las palabras del padre son subrayadas con una risa horrible, La mujer ríe, pero habla con la boca cerrada, y asumiendo un hocico de cerdo cuya vista los hiela a todos en un estremecimiento de pavor.

— ¿Cuándo entraste en este cuerpo?

Obligada por el exorcismo, en medio de violentísimas sacudidas que ponen a dura prueba los músculos de los asistentes que de algún modo intentan sujetarla, la mujer responde:

—En 1913, el 23 de abril, a las 5 de la tarde.

Según la declaración de la mujer, un espíritu extraño entró en su cuerpo después del maleficio de un brujo, por medio de un vaso de vino, de un poco de salami y de algunas gotas de sangre.

—¿Invasión solo este cuerpo o también a los miembros de la familia?

—También a los miembros de la familia.

—Dame una prueba de ello.

—Cuando este cuerpo está mal, también la familia se indispone.

—¿Cuánto tiempo has dedicado a entrar en este cuerpo?

—Siete días.

—¿En qué lugar sucedió?

—En una casa de aquí.

—¿Cuál?

—No lo preguntes -grita alarmada la mujer-, no se puede.

—¡Entonces vete!

—No, jamás.

El padre Pier Paolo renueva el exorcismo.

—Te ordeno que salgas,

—No salgo. Soy Isabó.

Y en un ímpetu de rebelión se libera de los asistentes, se lanza contra el sacerdote, le agarra el hábito y le rompe la estola, gritando:

—¿Han gastado 7 días para hacerme entrar, y tú quieres hacerme salir de este cuerpo con un solo exorcismo?

El momento es crítico. Todos tratan de mantener firme a la mujer. Solo el doctor se queda quieto, impasible. El sacerdote bendice a la mujer con el agua bendita y ella, como si estuviera quemándose por el fuego vivo, se tira al suelo con torsionando.

—¿Cuándo saldrás?

Una expresión de profunda tristeza cambia el rostro de la mujer.

—¿Qué debo hacer si, mientras tú trabajas para que yo me vaya, otros están empeñados en que me quede?

—Responde, en nombre de Dios, ¿cuándo te vas?

—Saldré cuando haya vomitado la bola que tengo en el vientre.

—¿De qué se trata?

—De la bola de salami con la que se realizó el maleficio. Se prepara una vasija.

—¡Vomita!

La mujer, con un salto increíble, está sobre la vasija y arroja algo.

—Dime, espíritu inmundo, las palabras que más te hacen suárrtt

El sacerdote quiere obligar a la mujer a que vomite toda la bob del maleficio. La poseída se vuelve hacia el exorcista con terror y no responde. Pero cuando se le repite la pregunta, con un arrebató indecible de pavor y rebelión, grita:

—¡No!

Escá decidida a luchar y lo hace con toda la fuerza, hasta que, tras un momento de incertidumbre y de profundo temor, hace sonar, en el silencio de la sala:

—¡Sanctus! ¡Sanctus! ¡Sanctus!

El exorcismo dura ya demasiadas horas. La mujer está agotada. Después de haberle ordenado al espíritu que no haga mal a nadie, el sacerdote termina el exorcismo.

El de noche.

El padre Pier Paolo ya no tiene ningún motivo de duda. Por otra parte, su mismo aspecto lo manifiesta claramente. Está trastornado. Relajado en todos los músculos del cuerpo, pero tenso en los músculos del rostro. Tiene pocas ganas de hablar. Sin embargo, dice:

—Es inimaginable cómo el espíritu del mal puede resistir a las armas de la salvación y a las órdenes del sacerdote.

¡Cuántas veces Satanás ha resistido a mis órdenes! Cristo es más fuerte que él pero a menudo él logra resistirle. Porque Satanás, aunque sometido a Cristo, sigue siendo sin embargo una figura poderosa, dramáticamente poderosa. He experimentado dicha potencia muchas veces, lo mismo que su hastío, su dureza, su raigambre en el cuerpo de los hombres. Existen muchas señales que dicen cuándo una posesión es especialmente

poderosa y arraigada. Una de estas es cuando el diablo se queda callado durante mucho tiempo. Cuanto más en silencio esté, tanto más arraigado se encuentra en el cuerpo que posee.

Simón es un muchacho de 18 años. Un día viene a mí con su padre. Está continuamente deprimido. Los médicos no logran ayudarlo. Desconfío del diagnóstico del padre, que sostiene que su hijo está poseído por algo malvado. Afirmo, al observarlo, que de veras se trata solamente de una depresión. Pero, como se sabe, no tengo como el padre Cándido el don de saber al vuelo si una persona está o no poseída. Para comprenderlo debo exorcizar. El padre me dice:

—Simón está siempre en silencio. Todo el día. Nunca habla.

—¿Desde cuándo está así?

—Desde hace un año. De repente, un día, dejó de hablar:

—¿Qué dicen los médicos?

—Los médicos dicen que tiene una profunda depresión. Lo llenan de medicinas, pero nunca ha dado señales de mejoría.

Me acerco a Simón. Le pido que se siente en una silla que está en medio de la habitación. Le digo a su padre que se aparte. Me coloco la estola. Tomo el agua bendita, el ritual el óleo sagrado e inicio el exorcismo.

Simón tiene la cabeza agachada. No reacciona. Permanece callado. Ni siquiera me mira.

Continúo con el exorcismo durante una media hora Nada. Ninguna reacción. Le digo al padre:

—En mi opinión, su hijo no está poseído. Pero si desea puede regresar la semana entrante. Trataremos de hacer otro exorcismo. Y luego valoraremos.

A la semana siguiente los dos vuelven. Hago que se sienten y comienzo de nuevo desde donde nos habíamos quedado. Empiezo mi exorcismo. Trato de usar las palabras latinas más duras. Lo persigno muchas veces en la frente. Le rocío con agua bendita. Nada. Silencio total. Me dispongo a despedirlos cuando de la boca de Simón sale un gruñido sutil, apenas perceptible, pronunciado en voz baja pero interminable.

Me quedo en silencio. También el padre se queda callado.

El gruñido dura tal vez 5 minutos. Simón gruñe sin respirar.

—Mmmmmmm...

—¿Quién eres? -le pregunto en voz alta-. Responde, ¿quién eres?

Simón no dice nada, pero sigue gruñendo. Así que lo acoto con otras preguntas.

—¡Habla, en el nombre de Jesucristo! ¡Habla y dime quién eres!

Después de no mucho tiempo, Simón alza la cabeza.

Sus ojos me penetran.

Siento que su mal llega a mi lado.

Siento que su mal es algo vivo que empuja para entrar en mí. Pero sigo en pie.

Opongo a su fuerza la fuerza del crucifijo.

—Soy yo quien mando, espíritu inmundo. Háblame. ¿Quién eres?

Pero Simón ha vuelto a bajar la cabeza. Deja de gruñir. Y vuelve a ser como antes. Silencioso y lejanamente melancólico.

Termino el exorcismo y les digo que vuelvan a verme todas las semanas.

Durante 5 años Simón emite solo gruñidos. Largos gruñidos seguidos de algunas miradas de odio intenso dirigidas hacia mí.

En verdad ha sido una de las posesiones más duras contra las que he tenido que luchar, no solo porque el diablo nunca habló, sino también por sus miradas.

Cada mirada suya ha sido una puñalada para mi alma. De hecho, el exorcista casi nunca sale sin algún daño de los exorcismos. La batalla, como todas las batallas, ocasiona heridas. Simón me ha provocado muchas. Invisibles pero reales.

Nunca lograré entender por qué Simón fue poseído, cómo empezó la posesión. Solo sé que después de largos y fuertes exorcismos durante los cuales el diablo no ha hecho sino gruñir, un día Simón logró liberarse. De modo inexplicable el demonio desapareció.

Aunque el diablo nunca habló, fue algo muy duro para mí. Combatir a un diablo que logra permanecer en silencio a pesar de las repetidas órdenes es difícil. Significa que es una presencia fuerte y bien arraigada.

El diablo que poseyó a Simón me recuerda mucho, por la dureza y arraigue en el cuerpo, el de Piacenza en 1920. También aquí la batalla continuó durante mucho tiempo, durísima y sumamente áspera.

El padre Pier Paolo, con la cabeza baja, se va a su celda, para descansar. El padre Justino parece algo más fresco. Y es comprensible, el esfuerzo mayor del exorcismo le tocó a su cohermano. Presenta un relato resumido de lo acontecido a los demás frailes. Luego dice:

—Si desean una ilustración de nuestro caso, vuelvan a leer a san Agustín. El dice que, después del pecado original, la primera pena consiguiente fue la muerte. Muerte moral a la vida de la gracia y muerte física. Pues bien, la muerte confiere al demonio una especie de propiedad sobre nosotros. El tiene a ello pleno derecho, y el abandono de la humanidad caída ante sus inmundos poderes aconteció por pleno ejercicio de justicia. A causa del pecado, ¿ha sido Dios arrojado del corazón humano? Pues bien, él se retiró y el demonio entró. El demonio puede hacer de la naturaleza caída, dentro de los límites que el orden divino le permita, lo que le plazca. Y esto explica el enorme número de poseídos u obsesionados que hay todavía en el mundo pagano. El mismo Jesús encontró en su camino una gran cantidad de poseídos. Y El vino precisamente para combatir y extirpar del mundo el reino del demonio. Dios se hizo hombre para combatir a Satanás. Un resultado de este primer y decisivo combate fue aquel que en la tarde de hoy el padre Pier Paolo tuvo que realizar contra el espíritu de la obsesa. Por un nuevo misterio de iniquidad y porque el Señor lo permitió, un sortilegio le permitió al maligno posesionarse de aquella pobre mujer. No podemos juzgar los designios de Dios ni tampoco podemos ni siquiera tratar de saber por qué permitió Dios este caso de posesión. En efecto, parece que el diablo se haya posesionado con alegría, con agrado, de aquel cuerpo, como para reivindicar un antiguo derecho suyo, arrancándolo de las manos de Cristo y de la Iglesia. Es una fuerza enorme, pavorosa, que logró atrapar un cuerpo consagrado por el bautismo y los sacramentos. Dios sabe lo que hace y lo que permite. Todo está al servicio de los fines de la divina providencia. El permite el mal para obtener de él algún bien. Y esto se ha de repetir especialmente respecto a nuestro caso. Pero Satanás no es una fuerza pasiva, considerable pero inerte. Es por el contrario una fuerza espantosamente activa. El padre Pier Paolo vencerá, y de ello nacerá un gran bien, por lo menos el inmenso significado de advertencia que el episodio tendrá a los ojos de la gente: pero tendrá que combatir mucho. Fue Jesús el primero en combatir contra las tentaciones y el poder del demonio: el padre Pier Paolo también combatirá. Y así como Jesús venció, también vencerá el padre Pier Paolo. Pero tendremos que luchar mucho.

¿De veras vencerá el padre Pier Paolo? Depende de lo que se entienda por victoria.

El segundo exorcismo tiene lugar en la tarde del 23 de mayo siguiente. Intervienen en él todos los que asistieron al primer exorcismo, excepto la madre de la señora, que seguía aterrorizada por lo que había visto, y que no se sentía con ánimo de volver y asistir a esa tortura. Después de las rituales oraciones preparatorias, vuelven los conjuros. Pero el

espíritu, siempre altanero, rehusa salir, porque, dice, otros están trabajando para hacer que se quede. Estos son los hechiceros que lo habían hecho entrar en el cuerpo de la señora.

Se llevan a cabo otros exorcismos en los días siguientes, violentos y tremendos. Al cuarto, en la tarde del 1 de junio, el exorcista quiere esclarecer el asunto de las plantas.

Dice:

—El otro día me hablaste de 3 plantas. En dónde se podrían encontrar.

—No soy yo quien te debe enseñar estas cosas.

—En el nombre de Dios, dime dónde se encuentran.

La mujer está un poco vacilante, como frente a un escrúpulo de conciencia; luego dice resuelta:

—Una en el jardín de..., otra en el fondo del río Po, la tercera en un huerto de la casa de...

—¿Con qué están amarradas?

—Con una hebra de lana blanca.

—¿Quién las amarró?

—La primera, el que pidió el maleficio. La segunda, un hechicero. La tercera, la que está en el fondo del Po, estos brazos.

—¿Cuándo se desligarán?

—Dos están ya desligadas.

—¿Cuándo se desligará la tercera?

—Mientras esté el depósito (es decir; la bola que la poseída nunca digirió), la planta no se desligará.

—¿Y cuándo saldrá el depósito?

—Cuando tú lo quieras.

—Lo quiero de inmediato. Levántate y vomita.

Después de insistir, la poseída obedece y vomita algo entre atroces espasmos. Luego el exorcismo se interrumpe por poco tiempo. Aprovechando el breve intervalo, el padre Pier Paolo le pregunta a la poseída si en su vida había atado plantas alguna vez.

—Sí, até una.

—Dónde?

—En el fondo del Po.

—¿Con qué la ataste?

—Con una hebra de lana blanca.

—¿Y el motivo?

—Pbrque me habían asegurado que, con esa hebra, ligaría mi mal a la planta.

—¿Y fue así?

—Todo lo contrario. Apenas até la planta, no podía separarme. Luego seguí empeorando cada vez más. Pero, ¿a que vienen todas estas preguntas?

—Porque durante el exorcismo habló de esta planta.

—¿Hice mal en atarla?

—Ciertamente, es siempre una superstición. ¿Sabía que, mientras usted ataba una planta en el fondo del Po, otros en alguna parte ligaban otras dos?

—No.

En el octavo exorcismo, el padre Pier Paolo le preguntó al diablo;

—¿Existen verdaderamente los hechiceros?

—Sí.

—¿Qué hacen?

—Son personas capaces de hacer el mal a los demás.

—¿Tienen poder sobre ti?

- Sí,
—¿Tienen comunicación directa contigo?
—Sí.
—¿Quién le dio a esta criatura las cosas con maleficio?
—N.N. (el que las envió, N.d.R.),
—¿Dónde se las dio?
—En su casa, en Piacenza.
—¿Quién llevó las cosas?
—Una mujer.

Se trataba de una anciana a la que el demonio describió a la perfección. Se presentó con un vestido y una bufanda negros.

- ¿Antes de que te arrojaran a este cuerpo, dónde estabas?
—En un monedero.

Respuesta extravagante, si bien es cierto que existe una tradición muy viva en el Medioevo llamada del «diablo en el monedero».

- ¿Dónde estabas antes de entrar en el monedero?
—En un desierto.
—¿Qué hacías allí?
—Íbamos detrás de los caballos.
—¿Detrás de los caballos?
—Sí, en el desierto cerca del cuarto ómnibus.

El asunto es cada vez más incomprensible. Es muy cierto que los participantes no están obligados a creer en todo lo que diga el espíritu, pero también es cierto que esta complicada historia del monedero, del desierto y de los caballos suscita una gran curiosidad en todos, aunque sea difícil de entender. Por eso, el padre Pier Paolo quiere, en cuanto sea posible, verificar la realidad de las cosas. Suspende el interrogatorio y en el breve intervalo, apenas la poseída vuelve a la plena conciencia de sí, le pregunta:

- ¿Ha llevado en el cuello alguna vez un monedero?

La señora titubea un poco, luego responde:

- Sí, una vez.
—¿De quién lo recibió?
—De N. N. (el primer hechicero, N.d.R.).
—¿Pero conoce usted a N. N.?
—Sí, he estado con él muchas veces.
—Perdone, ¿para hacer qué?
—La señora se ruborizó bastante.
—Para hacerme curar.
—¿Es N. N. médico?
—Dicen que es un santo, ha curado a muchos enfermos.
—¿Y a usted también la curó?

—No. Me había asegurado que llevando al cuello el monedero, me curaría en poco tiempo. En cambio fui siempre empeorando.

- ¿Cuánto tiempo llevó en el cuello el monedero?

—Poco tiempo. Desde el pueblo de N. N. a mi casa porque donde tocaba producía un ardor muy fuerte y me paralizaba la parte que tocaba. Mi marido quería absolutamente que yo lo llevara, que tratara de aguantar, pero yo a cierto punto, al no resistir más, lo cogí y lo tiré.

- Antes de tirarlo, ¿vio qué había dentro?

—Sí, no había nada. Creí que iba a encontrar alguna imagen sagrada, la reliquia de

algún santo, en cambio solo había, me parece, un trozo de papel.

Al volver al exorcismo, la poseída permanece relativamente tranquila, pero cuando las oraciones llegan al Sanctus, salta por el aire de manera indescriptible, amenazando al exorcista con aullidos tremendos.

El padre Justino abandona el trabajo de estenografía para tratar de sujetar las manos de la mujer, pero no lo logra. De los ojos de la poseída sale una luz de odio aterrador.

En el exorcismo siguiente del 3 de junio el espíritu se manifiesta malévolo y ofensivo como la vez anterior. Cuanto más terreno pierde, más se venga injuriando al sacerdote.

—Vomita -le ordena este.

—No puedo -responde el espíritu.

—En el nombre de Dios.

—No puedo, imbécil.

—En nombre de Dios -insiste el exorcista. Entonces el demonio obedece.

—¿Qué vomitaste?

—La saliva con muchos hilos.

Y, levantando los ojos hacia el sacerdote, la poseída se muestra muy triste.

—Dentro de poco vomitaré todo.

—¡Vomita!

La poseída está todavía sobre la vasija.

—¿Qué vomitaste?

—Me hiciste vomitar casi todo el depósito.

—Entonces, no lo has vomitado completamente, ¿por qué?

— Porque no puedo.

— ¿Es verdad esto?

— Si.

— ¡Impostor! ¿Por qué el otro día me dijiste que lo habías vomitado todo? Eres un impostor que dices una cosa y haces otra.

Ante este insulto, la mujer da un salto para ir contra el sacerdote, pero los asistentes, ya acostumbrados a estos arrebatos, se le echan inmediatamente encima. Comienza una lucha furibunda. El padre Justino corre a ayudar a los asistentes. Al pasar cerca del exorcista, le aconseja que diga algo. Entonces la mujer se lanza violentamente, aunque estaba literalmente dominada por el peso de los asistentes y grita:

— Sueltenme, quiero darle una patada a aquel.

Se ha vuelto tremendamente violenta. La saliva se le sale de la boca. El padre Justino y los asistentes se esfuerzan penosamente en sujetarla pero casi se les escapa de las manos. Entonces, también las mujeres acuden a ayudar. Un montón de cuerpos están sobre la poseída, pero esta todavía logra luchar y soltarse. En este punto, el padre Pier Paolo interrumpe el exorcismo, para no agotar completamente a la pobre mujer.

Las cosas se alargan porque, según lo dicho por el diablo, los otros 7 demonios luchan para no tener que abandonar el cuerpo. Más aún, precisa que uno de los hechiceros ha enterrado 4 huevos, y encima les ha puesto una piedra con palabras misteriosas que significan: "No serás libre hasta que no vengas a mi".

Pasan los días. Se realizan nuevos exorcismos. La mujer no se libera pero empieza a estar visiblemente mejor. El exorcista comprende que aparte de Isabó hay 2 diablos más difíciles de derrotar presentes en el cuerpo de la poseída, Maristafa y Erzelaide. Pero hay otras fuerzas que también están presentes, algunas ya idas y otras que aún se solidarizan con Isabó. La lucha ha de ser larga todavía. Muy larga. En los 7 años en que ha estado poseída, la mujer ha asumido, en sus varias transformaciones, una voz viril pero afectuosa, vibrante y cordial. Una voz que afirma proviene del alma santa del abuelo, y da

óptimos consejos que, puestos en práctica, tranquilizan de inmediato, al menos por el momento, las furias de la pobre enferma. Toda la familia tiene una gran veneración al abuelo y su voz que, a pesar de lo extraño del caso, es símbolo de protección y serenidad.

«¡El abuelo lo dijo!». Bastaba esto para que todos creyeran y se tranquilizaran. «¡Ay! - le tuvo que decir una vez la madre de la mujer al padre Pier Paolo-, si en medio de tantas diabluras y tantos diablos no hubiese estado el alma santa del abuelo para aconsejar siempre lo mejor».

El padre Pier Paolo quiere resolver este asunto. Durante un exorcismo le habla así al espíritu:

—Dijiste que no estabas solo, que tenías varios compañeros. Pues bien, entre tus compañeros ha de estar un alma bella, un alma santa, el alma del abuelo de esta señora. Le da valor a la señora, la exhorta a soportar con paciencia sus males, a confiar en Dios, a encomendarse a él.

La mujer escucha de manera socarrona.

—¿Conoces a esta alma?

La poseída sigue callada. El padre Pier Paolo pierde la paciencia:

—Impostor. Tú eres el abuelo, espíritu inmundo engañador, tú, camuflado, falso.

La mujer mira admirada al sacerdote. Lo mira fijamente a los ojos, casi en un instante de titubeo; luego suelta una sonora carcajada, desquiciada, de borracho, que hace que todos se estremezcan. El padre Pier Paolo comprende que esta es la última respuesta que el «alma santa del abuelo» dará. La voz del abuelo no es más que la voz del diablo.

Los exorcismos continúan uno tras otro. El espíritu sigue siendo altanero, pero no tan seguro de sí como las primeras veces. En los momentos más críticos el exorcista levanta el rebano del santo madero de la cruz. Cuando el duelo entre el sacerdote y el demonio llega a momentos de intensidad especial, suceden escenas espantosas. Cuando el fulgor del espíritu es particularmente intenso, el cuerpo de la señora se diabla sobre sí mismo. Como si fuera un bolso vacío, luego, de repente, parece que un cuerpo se balancea dentro y salta sin tregua, desesperadamente. Pero el odio del espíritu golpea siempre contra barreras insuperables.

—¿Qué debemos hacer para que salgas cuanto antes? —le pregunta al demonio el padre Pier Paolo.

En el silencio profundo de la sala, el espíritu, con calma, con solemnidad, responde:

—Orar.

Durante el noveno exorcismo el sacerdote pregunta:

—¿Dónde están tus compañeros?

Hace alusión a los otros espíritus que Isabó había confesado que se habían alejado del cuerpo de la mujer como consecuencia de los conjuros del exorcista.

—No lo sé.

—¿Están en esta sala?

—Sí, dos.

—Pues bien, los expulso.

—Está bien, expúlsalos, ¿A mí qué me importa?

—Los arrojó al desierto. ¿Has entendido?

—Pues expúlsalos al desierto.

Aunque aparentemente alimenta una discreta dosis de indiferencia, en realidad es desprecio por sus compañeros. Una vez más el padre Pier Paolo repite la orden:

—Vete.

—Crees que me puedes tratar como a un perro, pero te equivocas.

El demonio está lleno de orgullo. A menudo logra imponerse. Dice:

—Si tienes miedo, vete a la cama.

Insiste mucho sobre el miedo y, naturalmente, juega bien.

Durante el décimo exorcismo, Isabó exclama triunfante:

—¿Sabes? Me he posesionado de Y.

—No te creo, dame una prueba.

—Te la doy, pero no como tú pretendes.

—Dame una señal visible a mí y a los asistentes.

—Nada de asistentes; a ti solo te daré una señal.

—Por la noche verás una sombra al lado de la cama. Verás mi silueta.

—Vete al infierno. No quiero esta señal.

El espíritu ríe irónicamente.

—Entonces, ¿qué quieres?

—Dame una señal.

—No puedo dar una señal sin que cause dolor.

—Dame una señal.

Ante esta última orden, el cuerpo de la poseída se hincha lentamente, Su rostro se enciende con un color rosado, luego, con un esfuerzo enorme, su boca se abre y emite un sonido hierre, insistente, semejante al de una sirena.

—¿Es esta la señal? -pregunta el fraile.

—Sí.

—¿Qué signo es?

—El sibido de una sirena.

—No me es suficiente, Quiero una señal más clara.

Té haré escuchar una voz.

—¿Qué voz?

—Una voz -y se pone a cantar con una voz tan estridente que lacera los oídos.

—Deja eso y dame una señal más evidente,

—Entonces me apareceré de noche a ti al lado de tu cama.

—¡Cállate! grita el exorcista y, tras una sugerencia del padre Justino, se dirige a las mujeres y dice:

—Ordeno al espíritu que se aparezca aquí. ¿Tienen el valor suficiente?

—Si -responden las mujeres.

Entonces el sacerdote se dirige a la poseída y exclama:

—Tú quieres aparecérte de noche y yo te ordeno que aparezcas aquí, en presencia de todos, ¡Adelante!

En la tensión nerviosa de la espera se ha relajado ante los asistentes y agarra fuertemente el mando del aspersorio.

Con el agua bendita quiere trazar una línea de defensa insuperable contra la eventual veleidad del demonio. Es un momento dramático.

—Aparece aquí —repite el sacerdote en el grandísimo silencio de la sala.

—Aparécete aquí -dice por tercera vez.

Finalmente el espíritu, humillado y con una voz opaca, responde:

—No se me ha permitido.

Y un temblor evidente desenmascara su orgullo fracasado.

En otras ocasiones el demonio debe afrontar imposiciones más fuertes que su voluntad. Como cuando el padre le pregunta: «¿Qué hay que hacer para evitar los maleficios?». El demonio se rebela con fuerza repetidamente, pero luego es obligado a responder:

—Tener sobre el pecho una cruz bendecida.

Los exorcismos debilitan cada vez más la fuerza del demonio. Algunas veces parece que el espíritu sufre buscando las palabras para la respuesta y en el esfuerzo expresivo parece balbucir. Entonces, de la boca rígida y también de la nariz dilatada salen como estallidos secos, parecidos al ruido que hacen las piedras cuando una rueda de coche las aplasta de manera sesgada y las hace saltar lejos. Pero trata siempre de ocultar su debilidad con un tono áspero.

—Si quieres que salga -dice al décimo exorcismo-, ve a llamar a ese compañero tuyo que no cree.

—¿En qué no cree? ¿En tu existencia?

—No, no cree que yo esté en este cuerpo.

Y tenía razón. Un compañero del padre Pier Paolo había expresado fuertes dudas sobre la realidad de la posesión diabólica.

—Hasta aquí no hay nada de malo -dice el padre.

—¿Dónde está?

—En el convento

—¿Dónde?

— En una habitación.

—¿En cuál?

—Entonces -exclama de manera altanera el espíritu alzando los hombros-, sería como decirte el nombre.

Fuera de la puerta se sienten pasos. Es el doctor Lupi que se acerca. No ha sido puntual con la cita, lo esperaron mucho tiempo, pero luego debieron comenzar el exorcismo sin él. Se distingue su paso algo arrastrado, mientras sube por la amplia escalera de madera y los golpes de su bastón se hacen oír en cada peldaño.

Por un acto de deferencia normal se suspende el exorcismo y se espera a que el doctor entre. Al llegar a la doble puerta que separa la sala del pasillo de la escalera, el doctor abre la primera puerta y agarra la manilla, luego trata de entrar.

—¡Adelante, adelante doctor! —lo invitan los dos frailes. El doctor abre y cierra la puerta pero no se decide a entrar, no se deja ver.

—¿Será que quiere bromear? -pregunta uno. Entonces el padre Justino se levanta de su asiento, corre a la puerta y la abre.

—No hay nadie -dice. Todos se levantan apresuradamente y bajan por la escalera. En el primer piso, la gran puerta de roble, toda blindada, está cerrada con llave como de costumbre. No la abren. Al otro lado de la puerta está de guardia el hermano Antonio, mientras duran los exorcismos. No se quiere que alguien pueda entrar de incógnito al convento. El hermano Antonio, guardián esmerado, está en su puesto.

—¿Vino ya el doctor Lupi? -le preguntan.

—No.

—¿Alguien más ha venido?

—No.

—¿Has estado siempre en tu puesto?

—¡Naturalmente! ¿Por qué?

Pero nadie tiene el valor de responder. Se han mofado de ellos algunos burlones invisibles. ¿Eslénder, tal vez? Regresan a la sala y continúa el exorcismo.

Es el exorcismo del Sanctus. El espíritu se agita de manera frenética, deformando de modo espantoso el rostro de la mujer.

—¿La fuerza de bailar y cantar está todavía en ti?

—No.

—Entonces, no puede ser mérito tuyo el hacerla cantar, bailar, delirar durante los

días que separan a un exorcismo del otro.

—Yo también lo sé —responde el espíritu con aire misterioso.

—¡Vomita!

—No puedo.

—En nombre de Dios, en nombre de la santísima Virgen.

—Déjame en paz -pide con voz angustiada el espíritu.

—No, te quiero atormentar así como tú has atormentado durante siete años a esta criatura.

—Déjame en paz. No es culpa mía si la he atormentado. Me han arrojado aquí.

—Por la sangre de Cristo, por la muerte de Cristo, ¡vomita!

La poseída finalmente obedece.

—¿Qué hemos obtenido?

—Has hecho salir una gran cantidad de bolas.

Se trata de la bola a la que se le hizo el maleficio.

—¿Cuántas quedan todavía?

—Más de un tercio.

—¿Por qué en estos días has hecho sufrir a esta criatura?

En efecto, en aquellos días, la mujer sufrió de manera especial.

Dado que es muy tarde, el padre opina que ha de detenerse el exorcismo. El espíritu parece haberse encerrado en un mundo obstinado.

—A ti, espíritu inmundo, te ordeno para los días siguientes...

Una risa sarcástica lo interrumpe.

—...Que te quedes quieto. No... Que no me aparezca ante ti -y ríe.

Durante otro exorcismo el espíritu se rebela, como de costumbre, al sacerdote.

—¡No salgo!

—¿Por qué?

—Para hacer que te encolerices.

—Pero yo soy más poderoso que tú y hoy te quiero expulsar.

—Hoy no salgo.

—¿Por qué?

—Hoy has obtenido también demasiado.

—Sin embargo, el otro día querías salir a una planta y dos piernas, es decir, a un hombre.

—Te repito que por hoy has obtenido demasiado.

—En nombre de Dios, en nombre de aquella hostia santa que esta mañana pasó alta y solemne en medio de nosotros (era en efecto la fiesta del Corpus Christi, N.d.R.), que ha bajado al alma de esta criatura, ¡sal de este cuerpo!

—¡No me voy! -le grita el diablo temblando de cólera.

—Pero Cristo, nuestro Dios, no debe ceder ante ti, espíritu inmundo. Sal de este cuerpo. Pero el espíritu sigue gritando.

—Tienes que salir hoy, fiesta del Corpus Christi.

—Hoy no me voy.

—¿Con qué derecho estás en este cuerpo? Esta criatura fue hecha un día por Dios a su imagen y semejanza. Por ella él se encarnó, por ella padeció y murió en la cruz. Por lo tanto, ella es suya.

El exorcista se interrumpe, esperando en vano una respuesta.

—Esta criatura es templo verdadero del Espíritu Santo, es verdadera casa de Dios, y en la casa de Dios solo El ha de estar. Fuera, espíritu inmundo.

Pero el silencio envuelve las palabras del sacerdote. El espíritu no responde.

—Se aproxima la hora de la bendición, escucha. Suenan las campanas, el órgano acompaña el canto del Tantum ergo, el pueblo está de rodillas delante del Santísimo expuesto. En esta hora todas las frentes se inclinan. Tú también has de inclinarte y salir. Tampoco hay respuesta esta vez.

—Dime, dime, en nombre de Dios, de Jesucristo, ¿no te molesta este día, el día del Corpus Christi?

Finalmente una respuesta.

—Sí

—Pues bien, vete.

—Estaba en los lejanos desiertos, me llamaron, me conjuraron. Ahora he venido y no me puedo ir.

Su voz parece un gemido.

—Pero Dios, nuestro Dios, es grande y omnipotente. Ante este Dios, el Faraón capitula, Pablo cae por tierra, y tú también debes ceder y darte por vencido.

El espíritu le dirige una mirada llena de angustia inexpresable, y no le responde. Ahora se escucha el sonido de las campanas y la bendición.

—Satanás, ha llegado el momento de la bendición. Ahora Cristo, bajo la forma del pan, es levantado para que se digne bendecir a todo su pueblo. En este momento, con todas las autoridades, con todo el dominio que me viene de Dios, te repito las palabras del Divino Salvador: Exi ab ea, exi ab ea! Satanás, honra a Dios Padre, deja el lugar a Jesucristo, deja el lugar al Espíritu Santo por medio del apóstol Pedro. Exi ab ea!

La orden cae en un silencio sepulcral que contrasta de manera siniestra con el alegre sonido de las campanas. El espíritu calla, desesperado, pero parece encadenado a ese cuerpo.

Siguen otros exorcismos.

—En nombre de Dios, te ordeno que me obedezcas en todo lo que te mande.

La mujer no responde.

—¿Lo has entendido?

Silencio.

—Te lo ordeno en nombre de Dios, de la santísima Virgen.

Silencio.

—Si entendiste, alza un brazo, de lo contrario 2.

Lentamente, con mucho esfuerzo, levanta un brazo.

—Hoy debería ser el gran día de tu salida. ¿Te irás realmente? Si te vas, alza los 2 brazos; de lo contrario, uno.

La mujer, tras un momento de duda, alza los brazos.

¡Y te irás, precisamente, a las 5 en punto? Si te vas las 5 en punto, levanta los dos brazos; si te vas mas tarde, uno.

Levanta los 2 brazos.

—Cuando hayas salido, ¿estará verdaderamente bien esta criatura? Sí va a estarlo, alza los 2 brazos; de lo contrario, uno.

Levanta los 2 brazos.

—Levántate y vomita.

La mujer se levanta. Se arrodilla ante la vasija.

—¡Vomita!

No lo logra.

No se levanta sino que se inclina todavía más sobre la vasija. Son las 4 y 35.

—Con toda la autoridad que me viene de Dios, te ordeno que salgas inmediatamente de este cuerpo. Si sales de inmediato, te envío al desierto, al centro del Sahara; si no sales

ya, te mando al infierno.

—\by... -y en un instante, vomita todo lo que tenía.

—Vete, vete. Márchate al desierto; y antes de volver en medio de nosotros espera a que yo vaya a decírtelo.

Un instante después, salen de la boca de la mujer estas palabras:

—Estoy curada.

—¿Y la bola ?

—La bola estará en la vasija -dice el doctor; y se levanta apresuradamente, levanta con su bastón la materia vomitada. En el fondo de la vasija, completamente seca se encuentra la famosa bola. Una bola de salami tan grande como una pequeña nuez, con 7 conos.

Así sucedieron las cosas. Después de extenuantes exorcismos, después de arduas batallas, el 23 de junio de 1920 la mujer se siente libre. Está libre. ¿Así que todo terminó?

Por desgracia no. El demonio que estaba dentro de ella seguirá actuando, sembrando muerte y destrucción. Y es esta muerte y esta destrucción las que hacen que este caso sea único para estudiarlo y volverlo a estudiar.

Todos los exorcistas han de saber que, una vez expulsado, el diablo puede todavía atacar. Todos los exorcistas deben saber que ellos, en primer lugar, ellos más que los demás, pueden sufrir ataques dolorosos del diablo que han contribuido a sacar del cuerpo de un endemoniado.

Al día siguiente de la liberación, el señor Cassani, uno de los asistentes que estuvo constantemente al lado de la poseída durante los exorcismos, se presenta al padre Pier Paolo. Se le ve agitado.

—Padre, lo necesito.

—Dígame con toda libertad.

—En estos 7 años, como amigo y vecino de casa, he ayudado siempre, en compañía de mi familia, a la pobre señora en sus crisis. El espíritu me ha dicho muchas veces que tendré que morir. El espíritu no amenaza nunca en vano.

El señor Cassani parece estar aterrorizado. El sacerdote lo quiere tranquilizar:

—¿Acaso era necesario que se lo dijera el espíritu para que supiera que ha de morir?

—Perdón, padre, no me ha dejado terminar. El espíritu dijo que moriré dentro de 3 meses, víctima de su venganza.

—¿Usted le cree?

—¡Claro que sí!

—¿No sabe que el espíritu es el padre de la mentira? Y no lo digo yo, lo dice la Iglesia.

—Padre, en cuanto a palabras, usted gana. Veremos, mientras tanto deme la bendición delante del altar de nuestra Señora.

Pocos meses después de este diálogo, en una fría tarde de noviembre, el padre Pier Paolo es llamado precisamente por la exposeída, ahora perfectamente curada:

—Padre, venga de inmediato, hay que llegar a tiempo para que vea al señor Cassani y lo confiese.

—¿Qué tiene?

—Está agonizando.

El padre llega adonde él. En efecto, el señor Cassani está sumamente grave y con la voz ya cortada por el estertor; dice:

—¿Recuerda, padre, la bendición delante del altar de la Virgen? ¿Recuerda mis presentimientos? Muero por venganza suya.

Hacía alusión al espíritu demoníaco. Al día siguiente, el señor Cassani, hasta

entonces sano y robusto, muere.

Poco después otro episodio. Un señor, conocido de la familia de la poseída y del padre Pier Paolo, asumió de manera evidente una actitud abiertamente incrédula. Hasta aquí nada malo. Lo peor es que la incredulidad va acompañada de un actuar abiertamente sarcástico. Un día, para desafiar la incredulidad de los demás, con referencia al caso de la posesión, se expresa con estas palabras:

—Si era un espíritu, ¿por qué ahora no entra en mí?

Pocos años después el hombre enferma de tisis. Llama al exorcista y le dice:

—De cualquier enfermedad he de morir, no de esta. Y estalla en llanto. Tampoco aquí el terror perdonó.

Pier Paolo vivirá siempre, en adelante, con la pesadilla de sus recuerdos. Un día sentirá que le dan un golpe en la cabeza. Mirará a su alrededor pero no verá a nadie. Su cabeza ya no se sostiene y él andará por ahí con el mentón pegado al pecho. Dirá:

—Se trata de la venganza del demonio. Y no es mucho, ya que esperaba más. El Señor es misericordioso.

Pero el terror no lo abandonará nunca. Como tampoco abandonará al obispo de Piacenza, quien había ordenado al padre Pier Paolo hacer el exorcismo. Isabó durante los exorcismos había pronosticado también su muerte, la que llegó puntual una noche. El diablo, como león rugiente, encontró a quién devorar.

¿Cómo es posible que el diablo haya logrado vengarse, de alguna manera, de quien lo sacó del cuerpo de la mujer? ¿Puede el demonio actuar también tras la posesión y hacerlo de modo negativo y destructor? Aquí es preciso decir solo lo que se puede y no tratar de ir más allá de lo que se puede saber. El diablo va siempre por ahí sembrando sangre, muerte y destrucción. Siempre. De manera ininterrumpida. Estar poseídos es una experiencia que paradójicamente puede no acabar nunca. En el sentido de que una vez liberados permanece un sello, una herida, como un agujero negro que de todos modos nos acompaña. El demonio no es una realidad viviente dentro de nosotros, pero sí una marca opresora que misteriosamente siempre se hace sentir.

También nosotros, los exorcistas, llevamos dentro el peso de los demonios que hemos expulsado. Los sacamos, pero ellos no mueren, siguen viviendo y haciendo el mal. Y, sobre todo, siguen importunando a quienes hayan contribuido a liberarlos. Esta es la razón por la cual escojo colaboradores de fe y oración. Estar en gracia de Dios y estar cerca de Dios es un remedio seguro contra los ataques del demonio.

Los diablos nos observan y nos tientan sin tregua. Y así lo hacen con aquellos que se liberaron, porque volver a tomar el alma de alguien que ya poseyeron anteriormente es para ellos una gran victoria.

Es como cuando uno se rompe un brazo cuando era pequeño. Le ponen el yeso y el brazo se arregla. Pero ese brazo ya no puede ser como antes. La fractura, aunque esté cicatrizada, sigue presente y el niño cuando crezca y se haga mayor sigue sintiéndola. Lo mismo sucede con los poseídos.

Recuerdo la vez que liberé a una mujer joven. Después de un año, dicha joven volvió a mí. Estaba poseída de nuevo. De modo que tuve que recomenzar a exorcizarla. Pero de inmediato, iniciado el exorcismo, el diablo me dijo:

—¿Qué te crees que haces, cura? ¿No sabes que ahora ella es mía para siempre? Ella volvió a mí. Yo vencí.

Afortunadamente logré luego liberarla por segunda vez. Pero fue algo sumamente difícil.

A decir verdad, el diablo volvió a Piacenza e hizo cosas que nunca vi hacer otras veces. Regresó para matar. Dar explicaciones sobre esto es difícil. Se puede decir una cosa;

con frecuencia, no siempre, se es poseído de manera consciente. Es nuestra voluntad la que dice a Satanás: «Entra en mi». Cuando se estipula un pacto con Satanás, disolverlo puede ser casi imposible. Si se entrega el alma por la eternidad a Satanás, después uno puede arrepentirse y liberarse- pero ese pacto fue hecho y las consecuencias siempre se pagan. El alma, en fin, puede salvarse, pero el cuerpo, misteriosamente, puede morir también a mano y por voluntad de Satanás.

Niños que se vuelven asesinos

El caso de «James Bulger» y otros

Después de los exorcismos al campesino romano, mi vida se volvió bastante movida. Pero al mismo tiempo monótona también. Monótona porque después de ese primer exorcismo, durante años, todos los días solo hago una cosa, otros exorcismos. Llego a exorcizar a 10 y hasta 15 personas al día. Todos los días, incluidas las fiestas.

La mía es una batalla personal contra el demonio. Una batalla que no he buscado. Una tarea que Dios me encomendó por medio del cardenal Poletti y que acepté con espíritu de obediencia. Acepto la batalla aun cuando es árdua, terrible. Como cuando me encuentro por primera vez delante de quien nunca me hubiera imaginado: un niño de pocos meses.

Es difícil de entender. Sin embargo es una realidad. Entre las víctimas del diablo se encuentran muchos niños. Son inocentes. No tienen culpa. Pero es también de su cuerpo del que el diablo trata de posesionarse. Y a menudo lo logra. A veces las posesiones comienzan cuando se encuentran todavía en el vientre de su madre. Es terrible, pero así es. Sucede que un mago o un hechicero hacen un maleficio a una mujer con la intención de golpear también al niño que lleva en su seno. Y, desgraciadamente, a veces funciona. De manera inexplicable, el maleficio prospera. Es evidente que es algo que Dios permite. Porque es un misterio. Pero acontece que Dios deja que el diablo se desencadene y ataque a los más inocentes de los seres humanos, precisamente los niños. Y así pasa que desde su nacimiento un niño esté poseído. Las señales son claras de inmediato. Si se lleva al niño a la iglesia, comienza a llorar y a agitarse sin motivo. Lo mismo cuando los padres rezan en casa. Cuando crece, estos fenómenos se hacen más fuertes. Pero de inmediato es posible observarlos.

Por eso aconsejo siempre a los padres que bauticen a sus hijos apenas nazcan. Que no dejen pasar mucho tiempo. El bautismo es un exorcismo poderoso. El bautismo expulsa al diablo. El diablo teme al bautismo. No es una casualidad, en efecto, que entre los poseídos del mundo la mayor parte sea gente no bautizada. Es sobre todo con los no bautizados con quienes al diablo le es más fácil actuar.

Me traen a un niño de pocos meses. Los padres no se explican ciertas reacciones suyas insólitas. Llanto que pareciera venir de un mundo lejano. Gritos anormales para su edad. Los médicos no le han encontrado ningún mal y dicen:

—Esperad a que crezca. Con el paso de los meses todo se arreglará.

Y, en efecto, desde su punto de vista tienen razón. El niño no tiene problemas que se curen con la sola medicina. Por el contrario, como sucede siempre, si se le da un calmante reacciona de manera opuesta. Se excita y parece encolerizado. Las medicinas le provocan el efecto contrario al que se esperaba.

Pasan los días y el padre, que es un católico practicante, observa un hecho extraño. Cuando entra con su hijo a la iglesia, este comienza instantáneamente a llorar desesperado. Su rostro se enrojece. Las venas se hacen visibles. Es todo un fuego

incontrolable. Esto le hace sospechar que haya algo inhumano que sea necesario expulsar. Y viene a mí.

Nunca me tocó ver a un niño tan pequeño. Hasta llevo a dudar pero sé bien -cuántas veces me lo repitió el padre Cándido- que un exorcismo nunca causa mal alguno. O hace bien o no tiene ningún efecto. De modo que me pongo la estola, tomo el ritual, el óleo santo, el agua bendita y empiezo el exorcismo. Pocas palabras bastan. El niño comienza a gritar y a llorar. El padre se ve obligado a colocarlo en el suelo porque» a pesar de los pocos meses de edad, parece que es capaz de menearse hasta llegar a soltarse de sus brazos. Termino rápidamente el exorcismo y les explico a los padres que hay que repetirlo varias veces, al menos 3 o 4 veces por semana.

Continuamos durante algunos meses. El diablo nunca habla. La única señal visible que da son los gritos tremendos del niño durante toda la duración de los exorcismos. Luego, apenas termino, silencio. El llanto durante el rito desgarró el corazón de los progenitores. Parece que no hubiera ningún consuelo para su hijo. Les pido a los padres que oren mucho, ayunen, vayan a misa todos los días. Siguen mis indicaciones y después de pocos meses sucede lo que nunca me hubiera imaginado que podría acaecer tan pronto. Me traen al niño. Empiezo el exorcismo y el niño permanece tranquilo. No llora. Sonríe. Recito todo el ritual. Oro. Le asperjo con agua bendita. Lo persigno con el óleo sagrado. Es increíble. En pocos meses se encuentra ya libre. Aprenderé por cuenta propia cuán terribles son las posesiones de los niños, violentas, desenfrenadas, poderosas, pero al mismo tiempo comprenderé cuán transitorias y frágiles en cuanto a su resistencia.

Cuando crezcan estos niños hay un signo evidente que atestigua la posesión: la perfidia. Una perfidia no de acuerdo con la razón y, sobre todo, con la edad que tienen, y el querer hacer el mal, desear destruir; como si todo esto fuera una manifestación de la personalidad, un desahogo para demostrar la propia fuerza contra todo y contra todos.

Hay muchísimos casos, relatados incluso en las crónicas, de niños o adolescentes en los que esta perfidia ha sido una señal evidente de su posesión. A los canales de televisión han sido convocados criminalistas y psiquiatras con el fin de dar alguna explicación a tanta ferocidad. Pero han olvidado llamar a un exorcista. Este, en caso de que hubiera sido convocado, habría resuelto los casos en pocos minutos. Habría dicho:

—Se trata de una posesión diabólica.

Recuerdo 2 casos terribles conocidos por todo el mundo. Hablo de ellos para que se comprenda. Para que la mayoría de la gente abra los ojos. Para mostrar cómo el diablo va por el mundo devorando existencias que deberían ser puras, genuinas, alegres. El primero es un caso inglés, el homicidio de James Bulger. El segundo, es un caso italiano, el homicidio de Susana Cassini y de su hijo Gianluca De Nardo,

James Bulger nació en Liverpool el 16 de marzo de 1990. En 1993, cuando solo tenía 3 años, fue secuestrado y asesinado por 2 muchachitos de 10 años, Jon Venables y Robert Thompson. El secuestro tuvo lugar en el centro comercial New Strand de Botole, Inglaterra, donde James se encontraba con su madre Denise. Jon y Robert estaban callejeando por ahí. Observan a los niños que pasan cerca de la entrada de la tienda. Uno de ellos le dice al otro:

—¿Por qué no cogemos a un chico?

Antes, tratan de atraer hacia ellos a un niño de 2 años que juega con su hermanita, pero la madre recupera al pequeño y los ahuyenta.

James se encuentra en el centro comercial con su madre, la cual, fatalmente, lo deja por un instante solo delante de la puerta de un local. Cuando sale se da cuenta de que el pequeño ha desaparecido. Salió del centro comercial y fue capturado por los 2 chicos. Estos se le acercaron, le hablaron para obtener su confianza, y luego, de la mano lo

llevaron fuera del centro. Las cámaras de seguridad captan la escena. Jon y Robert llevan al niño a unos cuatro kilómetros. El niño llora. Llama a su madre. Pero ellos siguen llevándose. Al lado de un canal Robert bromea sobre la posibilidad de arrojar al pequeño allí. Luego uno de los 2 toma al pequeño por los pies y lo deja caer provocándole una herida profunda en la frente. Los 2 se dan cuenta de haber hecho algo muy malo, así que se esconden detrás de una cerca. Miran hacia todas partes pero ninguno se detiene. Salen de nuevo de su escondite y recuperan al niño.

Se dirigen al pueblo. Jon cubre la frente de James con la capucha de su suéter para tapar la herida. Llegados a un cruce, el niño huye de las manos de los secuestradores y corre por el centro de la calle llamando a su madre. Robert lo alcanza y lo arrastra. Muchos motociclistas observan al niño que es arrastrado mientras junta los pies y rehusa caminar. Pero a nadie se le ocurre bajar de la moto para ver qué sucede. Jon toma a James por las piernas, mientras Robert lo hace por el pecho. Lo llevan hasta el prado que está delante de un restaurante. Ahí, una mujer, al notar las heridas de James, se acerca a preguntar qué sucede.

—No sabemos quién es, lo hemos encontrado en el fondo de la colina -responden Jon y Robert fingiendo no conocerlo. La mujer les indica a los muchachos la comisaría de policía más cercana. Estos se dirigen a otra parte. La mujer les grita que se detengan, pero ellos logran escapar

Los 3 continúan su viaje caminando por la colina y llegan a County Road. Se detienen en varios almacenes. Hasta que llegan delante de la estación ferroviaria Walton & Anrield en Walton Lañe, una pequeña estación en desuso. Vuelven a la calle principal y se meten en un callejón del que salen rápidamente. Tienen la comisaría de policía a su derecha, la casa de Robert a su izquierda. Deciden volver a la estación ferroviaria, evitando la comisaría de policía.

En total durante el largo paseo, fueron vistos por 38 personas. No obstante, ninguna de ellas los detiene. Mientras se dirigen a la estación ferroviaria, Jon arranca la capucha del suéter de James y la arroja entre los árboles. Uno de los muchachos tira la pintura azul, comprada por la mañana, a la cara de James. Lo golpean con ladrillos, piedras y una barra de acero. Uno le da patadas. Thompson da una patada tan fuerte en el rostro del pequeño que la marca de su bufanda le queda estampada. Le bajan los pantalones y uno de los dos muchachos le toca los genitales. Algunas pilas adquiridas hacia poco son introducidas en la boca del pequeño. James sufre fracturas en diversas partes del cuerpo.

Luego lo dejan aun vivo en los rieles del ferrocarril, cubriéndole la cabeza con piedras, con la esperanza de que un tren lo atropelle y su muerte parezca accidental. Poco después el cuerpo del pequeño es efectivamente cortado en dos por un tren. Aunque, como lo dirá después la autopsia, cuando el tren llegó, James ya estaba muerto.

En los meses sucesivos les realizan a los 2 muchachos diversos análisis. Estos demuestran que Thompson, hijo de un alcoholico, había sido violentado en repetidas ocasiones por su padre, quien había tenido relaciones parecidas con el hermanito, en tanto que Venables, hijo de padres divorciados, ambos con pasado de depresiones patológicas, tenía un hermano mayor y una hermana menor con problemas de comportamiento. Por eso se metían con él en el colegio. Y por eso era continuamente objeto de acoso escolar. Venables conoció a Thompson en el colegio después de que ambos fueran expulsados. Los dos estudiaban juntos. Movidos por una fuerza que no se puede explicar, secuestran al pequeño James y lo asesinan como si estuvieran bebiendo un vaso de agua.

¿Cómo es posible que hayan llegado a tanto? No existe ninguna explicación lógica. Se puede indagar acerca de su pasado, pero la infancia difícil de ambos no logra, guste o no, explicar tanta violencia. Tanta maldad.

Es la maldad del diablo.

No se puede explicar un delito semejante sino recurriendo al diablo. Es él quien de alguna manera logró posesionarse de estos 2 chicos y los llevó paso a paso a la depravación más irracional y terrible que exista, el homicidio de un pequeño inocente. Es verdad, tanta perfidia es inexplicable. Pero la violencia repentina de los propios padres cuando se es pequeño -en el caso de Thompson- tiene un significado importante. La violencia de los padres en contra de sus hijos es uno de los canales privilegiados para que Satanás baje al mundo.

Que Thompson haya sido violentado por su padre no es un detalle que se pueda descuidar. Con frecuencia los muchachos son poseídos por el demonio si han sido anteriormente violentados por el padre. La violencia del padre contra ellos es un canal de transmisión sumamente eficaz a través del cual pasa el demonio. La culpa de los padres recae sobre ellos por una transmisión del mal que tiene el carácter de lo extraordinario. No todos los que sean violentados por los padres sufren luego fenómenos de posesión. Pero muchos por desgracia sí. Los padres tienen hacia sus hijos una paternidad también espiritual que las madres no tienen. Si un padre bendice a menudo al propio hijo, estas bendiciones tienen un efecto positivo, mucho más positivo que si la que bendice es la madre. Así, si un padre violenta al propio hijo, el efecto puede ser devastador.

Marinella tiene 18 años cuando viene a mí por primera vez.

—¿Qué te hace pensar que estés poseída? -le pregunto.

—Padre -me dice-, desde cuando era pequeña no logro entrar en la iglesia. Siento repulsión por los lugares sagrados. Trato de entrar, pero una fuerza me lo impide.

—¿Cuánto tiempo hace que sufres estos problemas? —Más o menos desde que tenía 7 años.

—¿Qué pasó cuando tenías 7 años?

—Padre, me da un poco de vergüenza...

—No tienes por qué avergonzarte delante de mí. Cuéntamelo todo.

—Mi padre me violó.

—¿Cuántas veces te violó?

—Muchas. Ya murió. Pero nada ha cambiado. Mi vida está llena de desgracias.

Quisiera pedirle ayuda a Dios, pero no puedo. No puedo rezar. No sé de quién hacerme ayudar.

Si Marinella tiene 18 años, significa que la posesión, si de veras se trata de posesión, está presente desde hace once años. Por lo tanto, desde hace mucho tiempo. De modo que decido no exorcizarla de inmediato. Estoy solo en casa. No tengo a mis asistentes conmigo. Temo una eventual reacción suya negativa y violenta. La cito para la siguiente semana.

Siete días después Marinella se presenta puntualmente. Hay conmigo 10 personas. Nueve laicos, más un joven sacerdote que de vez en cuando me ha pedido poder asistir a los exorcismos.

Le pido que se tumbe en una camilla. La hago amarrar. Me pongo la estola, como el anua bendita y el santo óleo, Y comienzo las oraciones en latín.

Marinella reacciona de inmediato. Se agita, pero las correas que la sujetan la mantienen en su puesto. A mi lado, el joven sacerdote sigue la escena un poco tenso. Después en un ímpetu de compasión no solicitada, el joven sacerdote hace un movimiento que mejor no hubiera hecho jamás. Se acerca a Marinella. Le toca en un hombro y le dice:

—Tranquila, tranquila, esto terminará pronto.

Marinella se vuelve. Lo fulmina con dos ojos de víbora. Y le dice:

—¿Y tú quién eres, pequeña virgencita?

—Soy el padre...

—¡Silencio! -intervengo yo-. Y le pido al joven sacerdote que se aleje. Pero ya el juego se había iniciado. El diablo se dirige al joven sacerdote y lo agrede de palabra.

—Pequeña virgencita, ¿qué haces aquí? ¿No deberías estar acostado a esta hora? Ah sí, perdóname. Tú, cuando todos duermen, nunca te vas a la cama. Tú no duermes por la noche. Te masturbas delante del televisor. Te agrada perder el tiempo solo, ¿no es cierto? Oh, claro que es cierto. ¿Qué haces? ¿No respondes? Pobre virgencita desenmascarada aquí delante de todos.

Y una estruendosa carcajada sepulta lo que queda de mi compañero de viaje.

Pero no tengo tiempo para él ahora. Debo seguir con el exorcismo. El diablo castigó al joven sacerdote y por el momento no intenta ir más allá. Porque al lado del joven sacerdote me encuentro yo. Y mi exorcismo es un castigo tremendo para el demonio. Y debe confrontarse absolutamente con dicho castigo.

—Cállate, diablo -grito-. ¡Cállate! Respóndeme en el nombre de Cristo. ¿Quién eres para que te atrevas a importunar a esta pobre muchacha? ¿Quién eres?

Marinella babea y se agita. Y de pronto comienza a temblar sumamente fuerte. Luego emite un largo aullido.

—Sacerdote, cállate tú. No te responderé -grita-. ¡No te responderé nunca!

—¿Respóndeme en el nombre de Cristo! ¿Quién eres? ¡Dime quién eres!

De la garganta de Marinella una voz lúgubre y dolorida emite estas palabras:

—Soy la pesadilla de Marinella. Soy su demonio y su placer. Soy el diablo que gracias a su padre la ha poseído. Y la poseeré para siempre.

—Tú no poseerás a nadie para siempre. Cristo vence. Cristo ha vencido. Cristo te derrotará.

Continúo con el exorcismo. Las oraciones en latín parecen ser muy eficaces. Marinella, por 3 largas horas tiene reacciones violentas ante mis palabras.

Luego termino el exorcismo. Marinella no recuerda nada de lo que acaba de pasar. Le pido que me hable de su padre. Me dice:

—Era violento. Yo era su juguete. Debía acceder a sus peticiones. De lo contrario me golpeaba hasta hacerme salir sangre y también golpeaba a mi madre. Así sufrí durante años, hasta que murió. ¿Pero sabe qué le digo?

—Dime.

—Le digo que no puedo odiarlo. Era mi padre. Era mi padre—

Marinella estalla llorando. La consuelo y dejo que se vaya dándote cita para la semana siguiente. Sin embargo? le pido que se confiese v que todos los días se acerque a una i[^]sa.

Udig«

—Aunque no logres entrar en la iglesia, trata de estar fuera en silencio unos 5 minutos. Verás que si lo haces así todos los días, en algunos meses podrás entrar.

Me despido de ella, pero sé que me queda todavía una tarea por hacer La tarea de hablar con el joven sacerdote.

Me espera fuera de la habitación donde habíamos exorcizado. Mira fijamente al suelo. Está deshecho y al mismo tiempo asustado.

Le digo:

¿Ves lo que sucede si nos atrevemos demasiado? Es preciso tener cierta experiencia con los demonios. Y sobre todo se necesita llevar una vida santa. De lo contrario, él te desenmascara y te humilla delante de todos.

—Padre, lo siento.

—Está bien, te servirá de lección.

—Padre...

- Dígame.
- Tengo que pedirle algo.
- Dígallo, ánimo.
- ¿Puede confesarme?

El 21 de febrero de 2001 en Novi Ligure, Italia, Erika De Nardo, que entonces tenía 16 años, con la colaboración de su novio Mauro «Ornar» Favaro de 17 años, asesina con un cuchillo de cocina a su madre, Susana, «Susy», Cassini y a su hermano Gianluca de 11 años. El desarrollo del delito, en lo poco cierto que se sabe, es horripilante.

Susy regresa a casa con su hijo Gianluca a eso de las 19:30 de la tarde. Suena el timbre. Erika abre la puerta. Juntos se dirigen a la cocina y entre la madre y la hija comienza una discusión debida a las malas notas escolares de la muchacha.

De repente se produce la primera cuchillada. La joven se pone los guantes. Ornar, que se encuentra en la casa escondido en el baño del primer piso, donde se ha puesto ya los guantes, acude a ayudar a Erika. Los dos muchachos agreden a Susy por la espalda. Uno de los dos le tapa la boca con una mano, el otro comienza a darle golpes con el cuchillo. Luego el otro empieza a herir. La mujer trata de huir y choca con la mesa de la cocina, la cual se parte en dos por la violencia del golpe. Los dos la acuchillan repetidamente hasta que muere. Gianluca baja corriendo del segundo piso y asiste aterrorizado al homicidio de su madre. Los dos lo ven. Y lo golpean. Primero en el piso de abajo, luego en el segundo. Aquí, en la habitación de Erika, Gianluca es asesinado con 57 puñaladas. En este momento Erika y Ornar vuelven al primer piso. Planean esperar al padre y matarlo también. Pero antes los descubren. Tampoco en este caso hay mucho que decir. ¿Se puede encontrar en el mundo una perfidia más grande que esta? ¿Más odio? ¿Más rabia? Parece difícil. Es una perfidia inhumana, Es la perfidia del diablo. Como la que golpeó, por fortuna todo duró solo un día, a una muchacha a de Cassino.

Laura, en julio de 1988, tiene 14 años. Vive en Cassino. Una noche es invitada por una amiga de colegio a salir con ella.

- ¿Adonde vamos? —pregunta Laura.
- A ver algo que nunca has visto -le responde la amiga.

Salen de la ciudad y se meten en el bosque vecino. Llegan junto a una casa. Entran. 10 personas encapuchadas están haciendo una sesión de espiritismo. Invocan a los espíritus para que les hablen a ellos. Luego le sacrifican al diablo un animal capturado hacía poco. Laura tiene miedo pero no se atreve a escapar. La amiga la toma de la mano y la obliga a participar. "Todo dura una hora. Terminado aquello, que a los ojos de Laura parece un juego estúpido pero inocuo, las dos amigas regresan a la ciudad. Se despiden y van a sus respectivas habitaciones.

Laura entra en su casa. Sus padres están aún despiertos. La saludan y, como única respuesta, Laura los insulta en la cara. Algo extraño porque Laura jamás maldice. Ni ha tenido comportamientos agresivos con la familia. En cambio esa noche, nadie se le puede acercar. Se le pregunta el motivo de las atkfciones e insultos que de manera continua salen de su boca y que agreden con maldad. Escupe. Muerde. Grita, forcee otra persona. Como si estuviera endemoniada.

El padre es un católico practicante. Ha oído hablar del padre Cándido, el exorcista de la Scala Santa, mi maestro. Así que no lo piensa 2 veces. En plena noche hace que su hija suba al coche y se dirige directamente a Roma. Llegar a la Scala Santa cuando aún no ha amanecido. Baja y espera a que los frailes abran el portón a las seis.

- Necesito al padre Cándido —le dice al primer hermano.
- ¿Para qué?

—Necesito que vea a mi hija -dice indicando a la mucha- chita que tiene a su lado y que, amenazante, lanza miradas de odio contra el religioso.

—El padre Cándido está indispuerto. Tiene que dirigirse a su sustituto. Se llama padre Gabriel Amorth. Esta es la dirección de su casa.

Los dos vuelven al coche y llegan a mi casa. Esperan que me despierte. Después me llaman. Esa mañana tengo que hacer dos exorcismos bastante difíciles. De modo que dejo al padre y a la hija esperándome en la portería hasta que termine. Son las doce cuando me recuerdan que los dos tienen una cita conmigo. Me encuentro muy cansado pero acepto. Me digo: «Les doy una bendición rápida y basta».

—Buenos días. ¿Cómo se llama esta chica? -pregunto.

Me responde el padre. Hay tensión en el ambiente. Los dos están muy cansados. Pero entiendo que hay algo más que el simple cansancio. Comienzo la bendición. De inmediato soy castigado por una imprudencia. Me acerco demasiado a Laura, quien de un salto me agarra de la muñeca y la muerde. Siento que sus dientes se hunden en mi carne. Grito. Me alejo. Y comprendo que hay algo muy serio.

Me concentro. Oro con mayor fuerza y atención. Bastan diez minutos. Laura se dobla sobre sí misma. Parece como si una fatiga inmensa la hubiera destruido.

—Laura, ¿cómo estás?

—Bien, padre —me responde.

Laura, ya estás libre, vete.

Laura se levanta y sale al patio. Corre y juega con un balón.

¿Cómo fue posible que se liberara en tan poco tiempo? Gracias a su padre. O mejor, a la rapidez de su padre. Las posesiones, si se tratan a tiempo, no logran echar raíces. El diablo ensayó apoderarse de Laura. En la sesión espiritista entró en su cuerpo. Pero en pocas horas no llegó a arraigarse como hubiera querido. Por eso fue fácil liberarla.

También el Evangelio nos relata el caso de un jovencito endemoniado. Jesús se encuentra en el monte Tabor con 3 discípulos. Aquí se ha llevado a cabo su transfiguración. Los 4 bajan y se encuentran con los otros discípulos que se quedaron en la llanura. Los ven rodeados de mucha gente y de escribas, con los que están discutiendo. Al ver a Jesús, uno de la multitud se pone ante él diciendo:

—Te he traído a mi hijo, el único que tengo, y que está poseído por un espíritu maligno mudo; cuando se apodera de él, lo golpea, le hace echar espuma por la boca, rechina los dientes y se queda rígido. He rogado a tus discípulos que lo expulsen, pero no han podido.

Este fallo tal vez fue lo que provocó la discusión con los escribas, quienes no dejaron de pronunciar sus palabras malignas sobre los discípulos y aun sobre el maestro ausente. Pero ahora él está presente, y al saber de qué se trata exclama:

—Oh, generación falta de fe, ¿hasta cuándo estaré con vosotros? ¿Hasta cuándo os tendré que aguantar?

Luego, buscando con la mirada al joven poseído, dice:

—¡Traédmelo!

La fe es para Jesús una condición esencial para que sucedan los milagros; El deplora su ausencia tanto en los escribas y el padre del joven, como en los apóstoles, cuyo fallo demuestra que ellos tienen una fe débil e indecisa.

El joven es traído a Jesús; en su presencia entra de inmediato en una crisis frenética, y cae al suelo agitándose, agonizando y echando espuma por la boca. Durante el ataque, «¡Jnú!» quiere interrogar al padre.

—¿Desde cuándo le sucede esto?

El padre responde:

—Desde niño: a menudo el espíritu maligno lo arroja al fuego o al agua. Sí puedes hacer algo, ¡ayúdanos y ten piedad de nosotros!

Jesús responde:

—En cuanto al «si puedes», ¡todo es posible para quien tenga fe!

El padre, de inmediato, grita y dice llorando:

—¡Tengo fe! ¡Pero ayuda mi incredulidad! Jesús se acerca al adolescente y le dice:

—Espíritu mudo y sordo, ¡yo te lo ordeno, sal de este y no regreses más a él!

Después de haber gritado y muy abatido, el diablo sale, Y el joven permanece como un cadáver, tanto que muchos dicen:

—¡Ha muerto!

Jesús en cambio, tomándolo de la mano, lo levanta. Los apóstoles se acercan en privado a Jesús y le dicen:

—¿Por qué no pudimos echarlo nosotros?

Jesús les responde:

—¡Por vuestra falta de fe! En verdad, en verdad os digo, si tuvierais fe como un grano de mostaza, diríais a este monte: «¡Desplázate a otro lado!». Y se desplazaría a otro lado, y nada os sería imposible.

Jesús es el primer gran exorcista. Este episodio demuestra cuán oportuno es exorcizar a los niños desde pequeños. El diablo se arraiga violentamente en los niños. El muchachito a los pies del monte Tabor fue liberado solo por la gran fe de Jesús. Cuanto más tiempo pase, más difícil es liberar a un pequeño poseído.

Los niños son inocentes. Con frecuencia los padres no los vigilan adecuadamente. Y esto porque la vida de los progenitores está demasiadas veces despreocupada. El diablo lo destruye todo y siempre busca oponer a los hombres unos contra otros. Y cuando logra poner al padre en contra de la madre, cuando logra dividir a las familias, alcanza uno de sus grandes objetivos. Porque el diablo sabe que 2 progenitores que se abandonan provocan dolores y divisiones incluso en todos los que están cerca de ellos, comenzando por los hijos.

Eleonora es una mujer de 40 años. Se casó a los 30 pero inmediatamente después del matrimonio la relación con su esposo derivó hacia caminos bastante difíciles. Si antes del matrimonio la relación entre los 2 iba viento en popa, después todo comenzó a andar mal. Eleonora no logra pasar un día tranquilo con su marido. Discuten continuamente. Cualquier cosa es motivo de discusiones violentas. Las dificultades se han prolongado durante muchos años. Hasta que un día Eleonora decide venir a verme.

—Padre, ya no aguanto más -me dice.

—¿Qué sucede?

—Sucede que estoy casada hace 10 años y que estos han sido los años más tristes de mi vida.

—¿Por qué?

—No tengo una respuesta. Solo sé que la mañana del matrimonio estaba radiante. Todo marchó bien en la iglesia. Pero apenas salí de la iglesia y subí al coche, mi marido me regañó porque, según él, yo había estado fría con su madre cuando vino a saludarme en el momento del intercambio de la paz. Desde ese momento todo se ha torcido. Todo, en estos diez años, nos ha hecho pelear. A menudo el centro de nuestras riñas ha sido una sola persona: su madre. «Te portaste mal con mi madre» es la frase que mi marido me ha repetido durante años, hasta el cansancio. En cambio, antes del matrimonio, todo marchaba bien. Después entre nosotros dos se ha metido una tercera persona incómoda, precisamente la madre de mi marido.

—¿Su madre vive aún?

—Sí, vive.

—¿Qué relación tiene contigo?

—Ninguna. Cuando supo que me quería casar con su hijo, rompió conmigo. Ya no quiso verme más. Prácticamente son 10 años que no tengo noticias de ella. Mi marido, por el contrario, la escucha y la ve a menudo. Pero nunca me dice nada.

—¿Piensas que la madre de tu marido ha realizado un maleficio contra ti el día en que te casaste?

—No sabría responder. Pero en este punto pienso que sí. Mi marido me amaba antes de casarnos. Luego, el día del matrimonio algo cambió. Ni siquiera sé cómo he podido resistir todos estos años. Además no tuvimos el consuelo de los hijos. No hemos podido tenerlos nunca. Padre, no sé qué decir. Ayúdeme.

—Mira, tal vez haya un maleficio. Pero no estoy seguro. A veces la vida va mal y no tiene esto que ver necesariamente con los maleficios. Haz una cosa. Vuelve a casa y mañana por la mañana vienes aquí con tu vestido de novia.

Al día siguiente Eleonora viene a verme. Trae en la mano su largo vestido blanco. Le digo que me lo entregue. Salimos al aire libre. Caminamos por un gran campo aislado de la periferia de Roma. Bajamos del coche. Colocamos el vestido en el suelo. Tomo del maletero del coche un bidón de gasolina que había llenado anteriormente. Rocío con gasolina el vestido y con una cerilla trato de prenderle fuego. Pero no pasa nada. El vestido no se quema. Comprendo que algo va mal. Es evidente: se hizo probablemente un maleficio en el vestido con el fin de que el matrimonio de Eleonora fracasara y la esposa no fuera feliz. Eleonora se aterroriza pero también se muestra incrédula.

Regresamos a casa con el vestido impregnado de gasolina en el maletero del coche. Decido quedarme con el vestido. Lo escondo en un sitio seguro lejos de la curiosidad de mis cohermanos. Decido durante dos meses bendecirlo cada día regándolo con agua bendita. Lo bendigo repetidamente.

Después de 2 meses llamo a Eleonora. Le digo que venga a verme. Volvemos al prado. Esta vez el vestido arde. Lentamente, pero se quema. Al final recogemos las cenizas. Nos dirigimos a un pequeño río y arrojamos las cenizas al agua. En efecto, no solo es necesario quemar un vestido con maleficio, sino que es también conveniente echar las cenizas donde haya agua corriente.

Eleonora vuelve a casa. Su vida de pareja mejora día tras día. A pesar de que la madre del marido sigue siendo una presencia negativa dentro de su familia» una presencia que creo que la molestará mientras viva. La obstinación de cierta gente es insaciable. Su propensión al mal es difícil de combata Además, ciertas suegras saben ser diabólicas como nadie con las mujeres que se «atrevan» a casarse con su hijo predilecto. Su egoísmo, el amor enfermizo al propio hijo, es una perversión que viene de Satanás. En lugar de desear la felicidad del hijo, deciden matarlo sofocándolo. Es esta una gran victoria del demonio. Porque una pareja dividida deja una gran huella de sufrimiento. Aunque las cosas puedan arreglarse, el sufrimiento provocado permanece.

Pero no son las familias las que sufren por culpa del demonio divisiones dolorosas que provocan sufrimientos enormes. Existe otra división tremenda y también ella tiene consecuencias terribles. Es la división que Satanás provoca entre las personas que están consagradas a Dios y Dios mismo. Un sacerdote o una religiosa poseídos, allí donde la posesión es en cierto modo querida y buscada por el sacerdote o la religiosa, provocan en los fieles que viven cerca de ellos una estela de dolor y muerte terribles.

Sacerdotes, religiosas y simples fieles a merced del demonio

Sor Gisella (el nombre ha sido inventado a propósito) es una religiosa muy devota. Es estimada por todos en su orden religiosa. Reza muchísimo. Nunca falta a sus deberes. Respecto al fervor está, sin duda, entre las primeras de su congregación. Sin embargo, de un día para otro, comienza a tener acritudes inexplicables. Cuando entra en la iglesia se siente mal. Se ahoga de tal manera que debe salir y refugiarse en su habitación. Al cabo de cierto tiempo ya no logra participar en la oración. Sus superiores piensan en concederle algunas semanas de reposo.

—Quizá solo esté cansada -piensan-. Tal vez tenga simplemente necesidad de descansar físicamente.

Pasan los días y su estado no mejora. Por el contrario, ahora todo lo que le recuerda a lo sagrado le molesta. Si ve a un sacerdote tiene que escapar para no gritar, chillar o agredirlo. Lo mismo le sucede al encontrarse con sus cohermanas. La situación se ha vuelto ya insostenible. De modo que un día deciden llamarla. Me preguntan si puedo recibir a la hermana. Acepto. Cuando la puerta de mi habitación se abre, me encuentro delante a 3 hermanas. La poseída está en medio. Delicada, delgada, un rostro angelical. Invito a las 3 a sentarse y les pido que me expliquen bien qué problemas hacen sufrir a sor Gisella. Es ella quien toma la palabra.

—Padre, me siento mal. Cuando entro en la iglesia la cabeza me da vueltas y una fuerza que no sé explicar dentro de mí me dice: «¡Huye, sal de ahí!». Para sentirme mejor tengo que salir. Me refugio en mi habitación, el único lugar donde logro reponerme. De ahí he quitado las cruces, imágenes de la Virgen, los iconos sagrados. También los libre* que hablan de Jesús y de los santos. No sé por qué, pero su presencia me molesta. Tengo miedo. Cuando veo a un sacerdote siento que una fuerte rabia se apodera de mí. Aun ahora cuando usted está aquí delante de mí...

Comprendo que debo actuar. Rápidamente me pongo la estola. Abro el ritual y empiezo a rezar. Bastan pocos instantes para que el exorcismo provoque un efecto destructor. Las dos hermanas que acompañan a sor Gisella retroceden algunos pasos. Parece que no están preparadas. Ni han visto nunca a su cohermana en semejantes condiciones. Y no saben qué hacer.

Sor Gisella se ha convertido en una serpiente. Se arrastra apoyándose en los codos y las rodillas con una agilidad no humana. Se arrastra por toda la habitación. Pasa bajo las piernas de sus cohermanas. Bajo el escritorio y las sillas. Se mete debajo de la cama y de manera rítmica saca la cabeza, primero de un lado, luego del otro. Está muy agitada. No se detiene nunca. Solo a mi sotana no se atreve a acercarse. Procedo con el exorcismo, pero me doy cuenta en poco tiempo de que es conveniente suspenderlo. La boca de sor Gisella se está llenando de saliva. Muestra sus dientes como un felino a punto de matar a su presa. Saca la lengua como una serpiente que quiere escupir veneno. Y, en efecto, escupe clavos, tornillos, tijeras y objetos de hierro de varias dimensiones. Escupa y vuelve a arrastrarse.

Apenas terminado el exorcismo, sor Gisella vuelve en sí. Se levanta y dice:

—¿Qué pasó?

—Te estabas arrastrando como una serpiente -le explico.

—¿Yo?

—Tu.

—No me di cuenta.

—No podías darte cuenta. No estabas en ti. Una fuerza que no era la tuya te movió a ello. Una fuerza que has de tratar de sacar de ti de todas las maneras posibles. Vuelve a verme al menos una vez por semana. Es la única posibilidad que tienes de resolver esta difícil situación.

Las dos cohermanas se miran y no saben qué decir. Toman del brazo a sor Gisella y salen con ella.

Al quedar solo me pregunto; «¿Cómo es posible que el diablo haya entrado en una persona consagrada a Dios? Recuerdo las enseñanzas del padre cándido: es inútil preguntar el porqué. El mal existe. Es un hecho comprobado. Se combate. No se explica.

En la siguiente semana la cita se fija para la tarde de un día laborable. Entonces oigo tras la puerta un ruido de pasos. Son las 3 hermanas. Sor Gisella parece que ha envejecido muchos años. Ya no la reconozco. Comprendo que ha tenido una semana difícil. El diablo deba haberla golpeado bastante. Me mira amenazante. Creo que el diablo, al saber la intención de la hermana de someterse a los exorcismos, decidió destruirla. Pero no le hago ninguna pregunta. La fuerza malefica dentro de ella ha comprendido ya con quien tiene que enfrentarse ahora. Debo empezar inmediatamente.

—No te acuerdes, Señor, de nuestras culpas o de las de nuestros padres y no nos castigues por nuestros pecados. Padre nuestro... No nos dejes caer en la tentación, y libranos del mal.

Una serpiente comienza a arrastrarse frenéticamente por toda la habitación.

—¿Quién eres? —pregunto.

La serpiente no deja de arrastrarse. Silba pero no responde

—¡En el nombre de Jesús, dime quién eres!

Los codos y las rodillas de la hermana restriegan el piso. Parece que nada la puede detener. Ahora parece una tarántula que avanza con pequeños pero muy veloces pasos. Solo se detiene de vez en cuando bamboleando la cabeza a derecha e izquierda. Para luego volver a lo mismo de forma alocada.

—¡ Estoy hablándote! -grito.

El tono de mi voz provoca una reacción, finalmente. De pronto la hermana deja de arrastrarse. Se detiene. Vuelve hacia mí su cabeza manteniendo el resto del cuerpo completamente inmóvil. De un salto se arroja hacia mí. Prontamente le muestro el crucifijo que tengo en una de las manos. Es un movimiento providencial. Lo golpea con la cara y retrocede como sacudida por una contrafuerza que no esperaba encontrar. Se queda aturdida por unos momentos. El silbido se vuelve ahora un lamento ronco, largo, pronunciado durante varios minutos sin nunca tomar aliento. Ahora se arrastra con menos agilidad. Ya no se atreve a mirarme. Por instantes la siento como suspirando. No me dejo conmovir.

—¿Quién eres tú que te atreves a estar en el cuerpo de esta hija de Dios? ¡Habla! ¡Dime quién eres!

La serpiente vuelve a tomar fuerza. Y sigue arrastrándose en zigzag por toda la habitación. Las dos hermanas que la han acompañado retroceden hasta la pared. Están petrificadas. Les digo que recen el rosario. Y que no hagan nada más. Me obedecen.

—¡Sacrilego, que te atreves a importunar a esta hija de Dios! ¿No sabes que Cristo Jesús te ha vencido para siempre? Es inútil que trates de resistir, ¡Vete, vuelve a tu infierno y no vuelvas nunca más!

No obtengo respuesta alguna. Ni la tendré tampoco en las siguientes semanas. Este diablo es un hueso durísimo. Siempre es así, de todos modos. Cuando un demonio se posesiona de un religioso, vende cara su piel. No le es fácil lograr poseer a un sacerdote o

a una hermana. Por eso hace cuanto le sea posible para no irse una vez que ha tenido éxito en su intento. En este caso su táctica es simple. No habla. No me dice quién es. Se ve que está, pero permanece callado. Es su torpe, pero en parte eficaz, tentativa de ocultarse.

Y luego está la otra tentativa, la de aterrorizarme haciendo vomitar a sor Gisella objetos de diferentes clases y dimensiones. En pocos instantes la hermana materializa en la punta de la lengua tornillos, clavos, trozos de vidrio. Los escupe al suelo, a mis pies. Los recojo y los pongo aparte en una caja que aún conservo en una gaveta de mi habitación. No tienen ningún valor para mí: son solamente una manera estúpida con la que el diablo ha tratado de asustarme. Sin lograrlo.

Después de 2 meses de exorcismos, espero a las 3 hermanas para la enésima cita. Pero nadie llega. Una hermana me telefona. Dice que es la superiora de la congregación religiosa a la que pertenece Gisella.

—Querido padre Amorth, le agradecemos todo lo que ha hecho por sor Gisella, pero consideramos que es conveniente interrumpir los exorcismos -me dice.

—¿Por qué? -pregunto.

No me responde. Luego dice:

— Lo hemos decidido así. Es una decisión de la comunidad. Gracias por todo. Hasta pronto.

Desde ese día no he vuelto a saber nada de sor Gisella. ¿Qué fin habrá tenido? ¿Logró liberarse? ¿O sigue todavía en manos del demonio? ¿Por qué las superiores de sor Gisella decidieron interrumpir los exorcismos? Es difícil responder. Existe, sin embargo, una constante: a menudo, cuando el diablo entra en los sacerdotes y las religiosas, estos no logran liberarse porque sus superiores no permiten se vaya hasta el fondo con los exorcismos. Probablemente cuando empiezan los exorcismos la furia del diablo llega a ser más evidente aún en las horas en las que los poseídos se encuentran en sus respectivas casas. Con frecuencia los exorcismos descubren al diablo, los superiores se asustan y prefieren interrumpirlos. No siempre afortunadamente sucede así. Pero a menudo sí, y es un grave daño para aquellos religiosos que están poseídos.

Con el padre Francisco, en cambio, todo transcurre de diferente manera.

—Adelante

—Buenos días, padre Amorth. Soy el padre Francisco. Lo llamé el otro día para...

—Para el exorcismo, lo sé. Pero antes, dígame, ¿qué tipo de problemas tiene?

—Pues, yo...

—No tema. Cuéntemelo todo. No hay nada de qué tener miedo, estoy acostumbrado a ciertas cosas.

—Pues resulta que creo estar poseído.

—Esto ya me lo dijo por teléfono. Pero una cosa es creer estarlo y otra estarlo verdaderamente. ¿Por qué piensa que está poseído?

—Yo, durante la misa, no sé cómo explicarlo...

—¿Qué le pasa durante la misa?

—En el momento de la consagración, levanto la hostia y...

—Vamos, dígame, ¿qué sucede en el momento de la consagración?

—Digo yo: «Tomad y comed, esto es mi cuerpo»; y luego: «Tomad y bebed, esta es mi sangre». Pero dentro de mí pienso una sola cosa. O mejor, digo una sola cosa.

—¿El qué?

—No es fácil decirlo, padre Amorth.

—Padre Francisco, yo soy exorcista. Hablo todos los días con el mal. Ciertas cosas no me impresionan. Vamos, desembuche.

—Está bien. Cuando levanto la hostia, en el momento exacto en el que aquel pedazo de pan se convierte en el cuerpo de Cristo, dentro de mí una voz fuerte y potente grita una blasfemia terrible. Debo morderme los labios para no pronunciarla en voz alta. Luego, mientras dura la misa me siento mal. Quisiera huir. Quisiera salir de la iglesia y gritar con todo el aliento de mi garganta esa blasfemia. No sé cómo he podido resistir hasta hoy. Pero todos los días, al celebrar la misa, vivo esta tremenda tortura.

—¿Nunca ha hablado con nadie?

—Jamás.

—Padre Francisco, dígame, ¿desde cuándo le sucede esto?

—Ya hace mucho tiempo.

—¿Desde cuándo exactamente?

—Desde el mismo día en que fui ordenado sacerdote. Hace 9 años.

—¿Nueve años? ¿Y usted en 9 años nunca ha hablado de esto con nadie?

—No. No sabía con quien hablar«»

—Y ahora, ¿por qué viene a contarmelo?

—Porque ya no aguanto mas.

—Dígame: ¿Participó alguna vez en algún rito satánico antes de ser ordenado sacerdote?

—No, jamas,

—¿Alguna vez frecuentó algún hechicero, algún mago?

—No, nunca,

—Sufrió alguna vez algún maleficio?

—Que yo sepa, no, nunca,

—¿Alguna vez trató de dar una explicación lógica a este fenómeno? ¿Ha pensado qué origen puede tener?

—Lo he pensado mucho. No se, tal vez...

—Cuénteme.

—Bueno, no es sencillo contarlo.

—Hagalo

—Poco antes de la ordenación cada fin de semana iba a ayudar a una parroquia. Un día vino una mujer. Me contó que hacia años que sentia un «espíritu malo» dentro de si. Eso exactamente. Dijo «espíritu malo». Me dio mucha lastima. Me dijo que tenía hijos y que el espíritu malo la atormentaba continuamente. Me contó que en su casa su marido e incluso sus hijos habian comenzado a marginarla, creyendola loca. Le repito, me dio mucha lastima. No se que me pasó pero todo ocurrió en un instante. Le dije al espiritu: ¡Dejala en paz! Ven a mi». Todo sucedió en un momento Tuve inmediatamente la clara percepción de que eso que estaba en aquella mujer me habla obedecido instantaneamente.

—¿Por eso piensa que ese espíritu entró en usted y que es ese espíritu es el que lo atormenta durante la misa?

—Si. Yo le di esa orden por la mucha lastima...

—Es suficiente. No hay necesidad de que agregue nada más. Hubiera sido mejor si hubiera rezado por esa mujer. Y ojalá la hubiera llevado a un exorcista. Ciertas peticiones no se hacen ni siquiera de broma. Las peticiones, las oraciones las súplicas se hacen solo a Dios. Nuestro orgullo, querido padre Francisco, hay que mantenerlo a raya. No se salva la vida de los demás tratando de lograr hacer cosas que no están a nuestro alcance. La vida de los demás se salva con la oración y con mucha humildad. No se puede bromear con el diablo, si es que se trata de él.

—Y, ¿quién más puede ser?

—Padre Francisco, confiemos en el buen Dios.

—Está bien, yo...

—Ya no hay tiempo para más palabras. Es ahora el tiempo de la acción. Si se trata de veras de una posesión, 9 años son muchos. Muchísimos. Será muy difícil. Usted, además, es sacerdote. Y esto lo agrava todo. Padre Francisco, hizo mal en no venir aquí antes. Siéntese en esa silla. Ahora me pongo la estola, tomo el óleo santo, el agua bendita, el ritual y voy a exorcizarlo. Veamos: «En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Gloriosísimo príncipe de las milicias celestiales, arcángel san Miguel, defiéndenos en las batallas contra todas las potencias de las tinieblas y su malicia espiritual. Ven en ayuda de los honv bres creados por Dios a su imagen y semejanza y rescatados a gran precio de la tiranía del demonio. Tú eres venerado por la Iglesia como su guardián y patrono, y a ti el Señor te confió las almas que un día ocuparán las sedes celestiales. Ruega, pues, al Dios de la paz para que aplaste a Satanás bajo sus pies, a fin de que no pueda seguir esclavizando a los hombres y dañar a la Iglesia. Presenta al Altísimo tus oraciones con las nuestras, para que desciendan ahora mismo sobre nosotros sus divinas misericordias, y puedas tú encadenar al dragón, la serpiente antigua, Satanás, y así encadenado volverlo a arrojar a los abismos, donde no pueda ya seducir a las almas».

No me pasa nada, padre Amorth. Nada. Estoy bien.

Le pido un favor. Aquí solo hablo yo. Silencio, por favor.

-Pero no hay necesidad de que usted hable. De veras estoy bien.

—¡Silencio! «En nombre de Jesucristo, nuestro Dios y Señor, y con la intercesión de la Inmaculada Virgen María, madre de Dios, de san Miguel Arcángel, de los santos apóstoles Pedro y Pablo y de todos los santos, emprendamos confiados la batalla contra los ataques y las insidias del demonio. Que el Señor se levante y sean dispersados sus enemigos. Huyan de su presencia los que le odian. Que se desvanezcan como se desvanece el humo: como se funde la cera en el fuego, que así perezcan los pecadores ante la faz de Dios».

—Insisto, padre Amorth. No tengo necesidad de esto. Estoy bien...

—Mi paciencia tiene un límite, padre Francisco. Le dije que solo soy yo el que habla.

—Está bien, pero yo solo lo digo por usted, no hay necesidad...

—«Te exorcizamos, espíritu inmundo, potencia satánica, invasión del enemigo infernal, con todas tus legiones, reuniones y sectas diabólicas, en el nombre y poder de nuestro Señor Jesucristo: que seas expulsado de la Iglesia de Dios, alejado de las almas rescatadas por la preciosa sangre del divino Cordero. Que de ahora en adelante no te atrevas, pérfida serpiente, a engañar al género humano, perseguir a la Iglesia de Dios ni a agitar ni cribar, como trigo, a los elegidos de Dios. Te lo ordena el Dios altísimo, del cual, en tu gran soberbia, presumes ser semejante; te lo ordena Dios Padre; te lo ordena Dios Hijo; te lo ordena Dios Espíritu Santo; te lo ordena Cristo, Verbo eterno de Dios hecho hombre, quien por la salvación de nuestra raza perdida por tu envidia, se humilló y se hizo obediente hasta la muerte; que edificó su Iglesia sobre una piedra firme, asegurando que las fuerzas del infierno no prevalecerían jamás contra ella y que con ella permanecería para siempre, hasta la consumación de los siglos. Te lo ordena el sagrado signo de la Cruz y el poder de todos los misterios de nuestra fe cristiana. Te lo ordena la excelsa madre de Dios, la Virgen María, quien desde el primer instante de su inmaculada concepción, por su humildad, aplastó tu cabeza orgullosa. Te lo ordena la fe Ue los santos Pedro y Pablo y de los demás apóstoles. Te lo ordena la sangre de los mártires y la poderosa intercesión de todos los santos y santas. Por lo tanto, dragón maldito, y toda la legión diabólica, te conjuramos a ti por el Dios vivo, por el Dios verdadero, por el Dios santo; por Dios que tanto amó al mundo que sacrificó a su Hijo Unigénito, a fin de que quien crea en él no perezca, sino que tenga la vida eterna; deja de engañar a las criaturas humanas y de propi-

narles el veneno de la condenación eterna; deja de hacer daño a la Iglesia y de poner obstáculos a su libertad. Vete Satanás, inventor y maestro de todo engaño, enemigo de la salvación del hombre. Cede el puesto a Cristo, sobre el cual tus artimañas no tuvieron ningún poder; cede el puesto a la Iglesia, una, santa, católica y apostólica, a la que el mismo Cristo conquistó con su sangre. Humíllate bajo la poderosa mano de Dios, tiembla y huye a la invocación que hacemos del santo y terrible nombre de aquel Jesús que hace temblar al infierno, a quien las virtudes de los cielos, las potencias y las dominaciones están sometidas, a quien los querubines y serafines alaban incesantemente, diciendo: "Santo, Santo, Santo es el Señor Dios Sabaoth". Oh Señor, escucha nuestra oración. Y llegue hasta ti nuestro clamor».

—¿Has terminado?

—No.

—Tal vez no hayas entendido mi pregunta... ¿has terminado, cura?

—Cállate, espíritu inmundo. ¿No lo has entendido todavía? Aquí mando yo. Cállate y escucha bien mis palabras. Porque ahora es aquel Dios que con su Hijo te derrotó y humilló de una vez para siempre a quien llamamos aquí para que me ayude. Porque no yo, sino yo mediante el Padre te expulsaré al infierno. Luego cerraré la puerta y arrojaré las llaves. Porque allí has de estar por toda la eternidad. De nada valdrán tus lágrimas y lamentos. Nadie vendrá jamás a abrirte. Escucha bien lo que tengo que decirte, inmundo dragón que te ilusionas con tener el mundo en tus manos mientras que lo que aprietas se vuelve polvo y el viento lo esparce y no queda nada. Escucha bien porque esta es la oración de León XIII contra Satanás y los ángeles rebeldes. Esta es la oración más poderosa que existe. Escucha y tiembla porque es al Señor Dios a quien llamo aquí delante de ti: «Dios del cielo, Dios de la tierra, Dios de los ángeles, Dios de los arcángeles, Dios de los patriarcas, Dios de los profetas, Dios de los apóstoles, Dios de los mártires, Dios de los confesores, Dios de las vírgenes, Dios que tienes el poder de dar la vida después de la muerte, y el descanso después de la fatiga, ya que no hay otro Dios fuera de ti, ni lo podrá haber, sino solo tú, creador eterno de todas las cosas visibles e invisibles, cuyo reino no tendrá fin; humildemente rogamos a tu gloriosa majestad que nos libres de toda tiranía, trampa, engaño e infestación de los espíritus infernales, y que nos mantengas siempre incólumes. Por Cristo, nuestro Señor. Amén. Líbranos, Señor, de las insidias del demonio. A fin de que tu Iglesia sea libre en tu servicio. Escúchanos, te lo pedimos, Señor. Para que te dignes humillar a los enemigos de la santa Iglesia. Escúchanos, te lo pedimos, oh Señor».

Ahora un silencio helado envuelve todo el aire del recinto. He terminado y el padre Francisco parece trastornado.

—Ya he acabado, padre Francisco. El exorcismo ha terminado. Puede levantarse. No tema. Ahora puede hablar, querido hijo. Animo, valor, levántate.

—¿Qué ha pasado?

—Le he hecho un exorcismo. El espíritu salió un poco, pero está. Debemos vernos a menudo.

—¿Es grave?

—Padre Francisco, no es una enfermedad. Es una posesión. Nueve años son muchos. No sé cuánto tiempo se necesitará para liberarlo. Usted, ahora, debe hacer solo una cosa: decir misa todos los días, rezar el breviario y recitar el rosario. El viernes ayuno total. Todos los días absténgase de comer carne. Rece todo lo que pueda. Nos veremos una vez a la semana. Y veremos cómo sigue.

Se necesitarán años para liberar al padre Francisco. Un sacerdote poseído no es cosa fácil. ¿Por qué Dios permite esto?. Con frecuencia para que quien esté poseído gane en

santidad. Los sufrimientos del padre Francisco han servido sin duda alguna, a él y, de modo misterioso, a muchos otros. Sufrir en silencio. Sufrir penas tan terribles. Y ofrecer estos dolores por el prójimo. Es una manera eficaz de hacer el bien. ¿Quién ve este sufrimiento? Nadie. Está escondido para el hombre. Pero bien visible para Dios. Dios lo ve y lo usa para ayudar a quien no es capaz de sufrir. Quien está mal y no cree poder salir adelante. Quien peca y del pecado no sabe liberarse. Aquellos que no tienen fe. El padre Francisco está libre hoy. Pero debería estar agradecido por los sufrimientos que ha padecido. Su oscuridad, aceptada y ofrecida a Dios, ha dado la luz, estoy convencido de ello, a mucha gente.

Claro que es terrible que un religioso, alguien que ha dedicado su existencia a Dios, caiga en las manos del demonio. Pero esto ya no nos debería asombrar tanto. Nadie es inmune a los ataques del mal. Aun los religiosos, aun los sacerdotes, las hermanas, los obispos, los cardenales, el Papa. Nadie es inmune. Cuando pienso en los religiosos poseídos, pienso siempre que contra ellos Satanás se lanza de manera particularmente violenta. Por lo cual, si no son hombres de gran fe y sobre todo de mucha oración, desgraciadamente corren el riesgo de caer. Y se pueden dañar, como todos. Satanás tienta más a quien se dedica a Dios porque conquistar a un sacerdote significa conquistar, en cascada, a muchas otras almas, las almas de aquellos que están vinculados con el sacerdote. Un sacerdote en el infierno significa muchas otras almas en el infierno, detrás de él.

Pero Satanás ataca también a aquellos que no quieren cederle. A veces toma ventaja también sobre personas, sacerdotes o religiosas o también laicos, que voluntariamente son intachables en su posición al mal.

Siünás es el mal y a menudo el mal es ciego. ¿Recuerdas a Jesús? Pícosa en lo que Él debió sufrir antes de morir. Era el cordero inocente. Tenía de su parte a Dios, su Padre, pero el mal no lo perdonó. Se abatió contra Él hasta matarlo. En el fondo, las posesiones se pueden leer también así: como ataques violentos del demonio que, indiscriminadamente, golpean incluso a los inocentes. No siempre las posesiones, como tampoco el mal en general, tienen explicación. Algunas veces hasta la persona más santa e inocente de este mundo puede ser golpeada por el demonio.

Es el gran misterio de esta vida: la ceguera del mal. Por eso nunca busco dar mayores explicaciones acerca de las posesiones. Existen y basta. Y contra ellas es preciso rezarle a Dios. Rezar, rezar y más rezar.

Una vivencia semejante a la del padre Francisco le ocurrió a Mario. No es sacerdote ni tampoco religioso. Antes de la posesión era un padre de familia lleno de Dios. Era un trabajador reconocido. Con mucho dinero y muchas bendiciones sobre su familia. Hasta que un día, llegó el momento de jubilarse. Cuando finalmente podía dedicar más tiempo a sí mismo y su espíritu, algo extraño se introdujo en él. Era Satanás, en persona, para agredirlo.

Es una mañana soleada de junio en Berna, Suiza. Finalmente el último día de trabajo ha llegado. Después de cuatro décadas de trabajo y de una carrera que lo llevó a la cúspide de la medicina del país, Mario cruza por última vez la puerta de su hospital. No le gusta quedarse dentro. No conoce el significado de la palabra nostalgia. Le agrada mirar siempre hacia delante. Pensar en el futuro. En los años que ahora puede dedicar con mayor libertad a su esposa Milena y a Dios. Quiere viajar con ella y juntos dedicarse al propio espíritu, a la propia alma.

Mario es católico practicante. De las almas más devotas de la parroquia donde reside. Por eso el último día en la empresa es para él un día de fiesta. El fin de una parte de la vida es la ocasión de un nuevo comienzo. El día corre veloz entre brindis y abrazos. Por la

noche, antes de regresar a casa, Mario se detiene en una floristería. Compra un ramo de flores para su esposa. Entra en su casa, la abraza y se sienta en la mesa para cenar.

—Mario, digamos una oración antes de comenzar. Démosle gracias a Dios.

Milena recita un Gloria al Padre. Mario, de manera extraña, permanece en silencio.

—¿No rezas conmigo.?

Mario muestra una cara extraña. El amor con el que miraba a su mujer hasta hacía algunos instantes se ha convertido en odio.

—¡Calla! -grita.

Se levanta y se encierra en el baño.

Milena no sabe qué decir. Queda sin palabras.

—Mario, ¿qué sucede?

Silencio.

—Mario, ¡dime algo!

Sigue el silencio.

Después de repetidas preguntas, Mario abre la puerta. Ahora parece que ha vuelto en sí.

—Perdóname -dice—. No sé qué cosa se ha apoderado de mí. Vamos a cenar.

En los días siguientes todo parece normal. Los dos cónyuges viven bien. El recuerdo de aquella noche ya no es más, al menos para Milena, que un desagradable recuerdo. «Tal vez -pensó luego la señora—, la jornada particularmente electrizante del último día de trabajo le haya afectado un poco la cabeza. Pero ahora, afortunadamente, todo se acabó».

En realidad, nada ha terminado. Mario aprendió a disimular. No quiere herir más a su esposa. Pero cuando ella reza, él se enfurece. Logra, sin embargo, hacerse el fuerte. Al rezar él con ella también. A pesar de que dentro de sí, cada vez que Milena reza una oración, algo se despierta en él.

«¿Qué es?», se pregunta.

Y sobre todo: «¿Quién es?».

No es fácil para Mario ocultar dentro de sí esta nueva presencia que lo invade. El domingo, en la misa, es una hora de batalla furiosa. Mario contra él mismo. Mario contra su propia alma. O mejor, contra alguien presente en su propia alma. Mario lo siente. Sabe que está ahí. Pero no sabe darle un nombre. Cuando el domingo el sacerdote empieza la misa, Mario siente como si todo el odio del mundo se concentrara dentro de él. Es un odio que no se puede explicar. Feroz. Violento. Homicida. Es un sentimiento que viene de un mundo lejano. Oscuro. Remoto. Y también desesperado.

Mario aparenta que no es nada. Pero no es fácil. Debido a que cuantos más días pasan, más violentos son los ataques. Difíciles de contener.

Un día el marido y su mujer están sentados a la mesa. Es esta una de esas citas que Mario teme de manera especial. Porque Milena, como siempre, quiere rezar. Mario no se atreve a decirle que lo deje en paz.

—Mario, digamos un Avemaria.

—Digámosla.

Con un esfuerzo sobrehumano, Mario logra concluir la oración. Sin embargo, Milena nota que algo no está bien. Y en su corazón recita por segunda vez el Avemaria en silencio. Mario, o mejor aquel que está dentro de él, siente salir del corazón de la mujer esta oración. Y ataca. Mario no está preparado. No se espera la oración silenciosa de Milena y por lo tanto no tiene tiempo de oponer resistencia a aquel que está dentro de él. Su cuerpo es movido por una voluntad que no es la suya. Es él quien actúa pero al mismo tiempo no es él.

Se levanta de repente y vuelca la mesa.

—¡Basta ya! -grita. Y otra vez:

—¡Ya basta! ¿No entiendes que debes dejar de rezar? ¡Por ahora es suficiente! ¡Basta!
¡Basta!

El rostro de Mario está a un centímetro del de Milena quien, pálida, no reacciona. Mario se rinde. Cuando vuelve en sí le cuenta todo a Milena.

—Amor, no sé cómo explicar lo que me está pasando. Solo sé que cada vez que alguien reza, siento dentro de mí una repugnancia alocada. Tengo que contenerme para no gritar. Para no agredir a quien reza. Yo pensaba que una vez jubilado, me dedicaría con mayor asiduidad a Dios. Y en cambio no. Hoy hay alguien de quien no puedo dejar de huir, y él es precisamente Dios.

Los dos esposos pasan meses difíciles. Inicialmente confían en los médicos. Pero los problemas para Mario no disminuyen, por el contrario aumentan. Los médicos le suministran calmantes. En él tienen efectos excitantes. Pasa horas encerrado en una habitación. Es un cuarto de la casa pensado para los huéspedes. Se convierte en el nido de Mario. Pasa ahí dentro días enteros. Hasta la noche la pasa ahí. Sale solamente para ir al baño. A veces, no siempre. Porque con frecuencia defeca y orina allí. De modo que Milena, no sin mucho cansancio, debe limpiar en los pocos minutos que Mario le concede entrar.

Un día Milena decide darle un susto al marido. Por primera vez entra en el cuarto de él sin avisar. Abre la puerta y el espectáculo que tiene ante ella es horripilante. Mario está tendido en el suelo. Lleva días sin afeitarse. Tiene la barba larga, le llega hasta el pecho. De la habitación sale un olor nauseabundo. No es solo olor de suciedad. Es algo más. Es un olor desconocido y terrible, de muerte, un olor que parece venir de un abismo sin final. La mujer levanta los ojos hacia las paredes. Por poco se desmaya. Pintada con sangre hay una gran cruz al revés.

Y debajo, un escrito: «Yo soy Dios».

—Mario, ¿qué has hecho?

—¿Quién eres? Fuera de aquí.

—Mario, soy yo, Milena. ¿Qué has hecho?

—Vete. No sé quién eres. Vete.

—No me iré si no me dices qué has hecho.

Mario se levanta. Empuja con violencia a Milena fuera del cuarto y vuelve a cerrar la puerta.

La mujer se levanta de nuevo. Se lanza contra la puerta y comienza a darle puñetazos.

—¡Mario, basta! ¡Mario, basta! -dice llorando.

Y llora durante varios minutos, sin detenerse. Ella fuera de la puerta. Dentro, Mario que ya no responde nada. Hasta que, sorpresivamente, dice:

—No soy yo.

—¿Cómo, Mario, qué has dicho?

—No soy yo, ¿no entiendes? Es él.

—¿Quién es él?

—Es él quien me posee. Es él el que lo hace todo. Por favor, ayúdame.

Estamos ante una salida. Ante la voluntad del hombre que, aunque por un instante, busca todavía aferrarse a la vida renegando de la presencia maléfica. Y es así como la mujer comprende que ya no puede esperar más. Sale de la casa y va a la parroquia. Se encuentra con el párroco y le dice:

—Padre, ya no puedo más. Mario necesita ayuda. O será el fin.

El párroco, junto con Milena, llama a las puertas de casi todos los obispos de Suiza. Ninguno es capaz de ayudarla. O mejor, ninguno la quiere ayudar. ¿Por qué? Porque

ninguno -y es una verdad amarga- cree en la existencia de Satanás. No creen en él y, por ende, no creen en los exorcismos. De modo que los dos llaman a Roma. Y después de unas cuantas llamadas telefónicas llegan hasta mí.

Es un poco antes de la Navidad cuando llamo a la casa del matrimonio. El párroco de Mario y de Milena me ha llamado suplicándome que intervenga. Tengo muchísima gente para exorcizar. No me conviene encargarme de otra persona. Pero el párroco insiste, y yo no puedo decir no cuando la gente insiste. Hubiera preferido que los dos hubieran venido a mí. Pero Milena no logró convencer a su marido.

—Animo, Mario, vamos a ver al padre Amorth; él nos ayudará.

—No, si quiere, que venga él. Yo no me muevo.

Es difícil cuando la posesión está tan arraigada entender dónde empieza la voluntad del hombre y dónde la del diablo.

Llamo. Milena es una señora ya anciana. Tiene los hinchados como si hubiera llorado toda la vida. Pero es una mujer fuerte y enérgica. Y sobre todo de una gran fe.

—Padre, no sabe cuánto me alegra que haya venido aquí. Mi marido está en la sala, lo espera.

Entro en la sala. En el diván está sentado un hombre flaco con cabellos largos y la barba deformada.

—Buenos días, usted es Mario, ¿verdad?

Ninguna respuesta.

—¿Mario, puedes oírme? Soy el padre Gabriel Amorth. Me han dicho que usted me necesita, ¿me puedes escuchar?

Ninguna respuesta.

Mario es una estatua de sal. Ni habla ni reacciona. Su mirada parece perdida en el vacío.

—Señora, ¿pero tampoco le responde a usted?

—Casi nunca. Si me habla es solo para gritarme insultos inconexos. Padre, le ruego que nos ayude.

—Mario, soy el padre Amorth. Ahora diré una oración por usted, ¿le parece?

Ninguna respuesta.

Empiezo la oración del exorcismo. Mario no reacciona. Ni se mueve ni habla. Llego hasta el final del exorcismo sin ningún problema. De modo que me despido de Milena y le prometo volver al día siguiente.

—Nos veremos mañana. Si Mario está de veras poseído, este diablo que lo posee sabe esconderse.

Al día siguiente la escena se repite de la misma manera. Mario se vuelve a sentar en la sala. La misma ropa. La misma postura. La misma cara.

No responde a mis preguntas. No reacciona ante el exorcismo. Y así será durante todo el mes. Lo visito 3 veces por semana y la reacción es siempre la misma. No sé qué hacer. No sé qué pensar. De modo que le sugiero a la señora otro camino. Le digo:

—¿Por qué no trata de llamar a otra persona? Hay un exorcista muy bueno en el norte de Italia, no lejos de aquí. Creo que es conveniente probar con otra persona.

Conmigo no reacciona. Quizá el diablo sea muy inteligente y comprenda que ocultarse es su única salvación. Pero tal vez si otro actúa en mi lugar, pueda ser diferente.

Me pongo en contacto con este amigo mío, el padre Saverio, que va a casa de Mario al mes siguiente.

Al día siguiente de su cita llamo al padre Saverio.

—¿Cómo ha ido?

—Una posesión terrible.

—¿De verdad? Conmigo Mario no reaccionaba.

—Conmigo sí. Apenas inicié el exorcismo los ojos se le volvieron blancos, se tiró al suelo. Le salía espuma por la boca. Pero no me habló. Solo me dijo: «Tú no sabes quién soy yo, soy el príncipe de las tinieblas, soy Satanás, ¿qué crees que estás haciendo conmigo, cura?». Creo que esto va a ser muy duro.

Mario y Milena ven al padre Saverio muchas veces más durante las siguientes semanas. Pero nunca logrará liberarse.

Un día, años después, suena el teléfono de mi casa.

—Buenos días, padre Amorth, soy Milena, la esposa de Mario, ¿me recuerda?

—Claro que sí. Cómo me podría olvidar. ¿Cómo está?

—Yo bien.

—¿Y su marido?

Silencio.

—Señora, ¿se encuentra mal? ¿Cómo está su marido?

—Murió ayer por la noche.

—Lo siento, señora Milena. ¿Cómo pasó?

—Estaba encerrado en el cuarto. Le oía gritar. En cierto momento escuché que decía: «¡Déjame en paz! ¡Déjame en paz!». Después oí un porrazo. Abrí la puerta y lo encontré muerto en el suelo. Tuvo un infarto. Padre Amorth, jamás pudo liberarse, no se pudo liberar.

Milena llora inconsolablemente.

—Mi querida Milena, pero ya todo terminó. Ahora Mario está en paz.

—¿De veras? ¿Cómo lo sabe?

-Milena, su esposo era un hombre santo. La posesión sigue siendo un misterio, pero sin duda alguna sus sufrimientos fueron permitidos por Dios para su salvación y la de mucha gente.

—Padre, mi marido era de veras un santo, no sé cómo ha sucedido todo esto.

—Milena, no se atormente con tantas preguntas. Rece por Mario y tenga fe en que todo se ha resuelto de la mejor manera para él.

La lucha contra el diablo es dura. Y es una lucha que también se puede perder. Es una lucha en la que nosotros, los exorcistas, peleamos en la primera fila. Pero con nosotros están para combatir también en primera línea los poseídos. Ellos luchan igualmente. Y lo hacen con sufrimientos atroces. Lo hacen llevando aparentemente una vida normal. Porque en eso está su cruz: en ser poseídos pero estar al mismo tiempo obligados a vivir como los demás. Tener dentro un fuego que los devora pero no poder decírselo a nadie.

Simona es una mujer de 40 años. Tiene un cargo directivo en una importante empresa del Norte de Italia. Todos los días debe relacionarse con otras personas como la secretaria personal, los compañeros, y con las llamadas telefónicas de los clientes, las reuniones. El suyo es un trabajo interesante, pero también muy comprometedor. Ocupa un cargo muy ambicionado y bastante difícil de alcanzar. Lástima que para llegar tan alto Simona haya tenido que jugar sucio, muy sucio.

Simona hizo un pacto con Satanás.

«Te vendo mi alma si haces que yo llegue muy arriba», le dice Simona a Satanás durante una sesión de espiritismo a la que fue invitada por un adepto de una poderosa secta satánica. Antes de participar en la sesión, esta persona le dijo: «Simona, ¿quieres hacer carrera y ganar mucho dinero? Vende tu alma a Satanás. ¡Verás cuántos beneficios obtendrás!». Y Simona, una vez dentro de la sesión, hace de manera funesta lo que su amigo le sugirió antes.

¿Y Satanás qué hace? La escucha con prontitud.

En 5 meses Simona logra subir los peldaños decisivos hacia los roles directivos más ambicionados. De simple empleada pasa a ser dirigente, un sueldo más que triplicado con beneficios de nunca acabar.

Pero el pacto con el diablo tiene su precio. Regalar el alma al demonio, en efecto, conlleva vivir siempre en jaque por el mismo Satanás.

Simona pronto se da cuenta de que la presencia de Satanás en su vida no es para nada discreta. El, Satanás, se hace presente a menudo, incluso en el trabajo. Por otra parte, ¿qué más tendría que hacer? El alma es suya, ya no es de Simona. Y por eso, con su alma puede hacer lo que le parezca y le agrade.

¿Cómo se hace presente Satanás? Con ataques furiosos. Ataques de ira y de odio. Simona debe escapar al baño, encerrarse dentro cuando suben estos ataques, de lo contrario corre el riesgo de provocar incidentes de cierta gravedad.

Le sucede a menudo que, cuando se encuentra a solas con su secretaria, de repente un odio furibundo le nubla la mente. Todo dentro de ella le dice: «¡Lánzate contra ella, pégale, máatala!».

Simona debe huir, Encerrarse en el baño. Darle patadas y puñetazos a la pared. Desahogarse violentamente contra las paredes del baño durante cinco minutos y luego calmarse. El desahogo es sumamente violento. Con frecuencia Simona golpea su cabeza contra la pared y cuando sale del baño las señales no se pueden ocultar fácilmente. Pero si no actúa de otra manera las consecuencias para las personas que la rodean podrían ser devastadoras. Después del desahogo todo vuelve aparentemente a la normalidad, hasta que un nuevo ataque regresa violentamente.

Simona pronto descubre que el pacto con el diablo es un boomerang para su vida. Es verdad: gana mucho dinero y es una directiva importante, pero su vida se ha convertido ya en un infierno, en el verdadero sentido de la palabra. Satanás la ataca todos los días, hasta en los momentos más inoportunos. Y liberarse es de hecho imposible.

Por eso viene a pedirme ayuda. Inmediatamente la pongo en un régimen de oración diaria. Luego le digo que corte toda relación con la persona que la llevó a participar en la sesión de espiritismo. Percibo muy bien la influencia negativa de esta persona sobre la vida de Simona y le pido que corte por lo sano toda clase de relación. Y luego le digo:

-Tenemos que hacer un exorcismo una vez por semana y ver cómo van las cosas.

—Y cuando Satanás me ataque en el trabajo, ¿qué debo hacer, padre?

—Ante todo, escóndete. Por el momento está bien hacerlo así. No lograrás resistirle.

Pero al mismo tiempo que te escondes, trata de rezar. Recita esta plegaria: «Oh María, concebida sin pecado, ruega por nosotros que recurrimos a ti». ¿Sabes qué oración es? Es la única oración que la santísima Virgen ha mandado. Y, por lo tanto, es una plegaria muy importante porque viene directamente del corazón de nuestra Señora.

Era la noche del 18 de julio de 1830. Catalina Labouré, hija de la Caridad de san Vicente de Paúl, siente que alguien la llama al lado de su cama: «Sor Labouré, sor Labouré». Se despierta sobresaltada y ve a un niño resplandeciente de luz, su ángel de la guarda, que la invita a ir a la capilla: «Ven a la capilla, la Virgen le espera», le dice. Catalina se viste y sigue al ángel. En la capilla, la joven hermana es conducida hasta el presbiterio y aquí nuestra Señora se le aparece. Comienza así un diálogo entre la Virgen y Catalina que dura más de 2 horas. Antea de desaparecer» nuestra Señora le dice a Catalina: «Volveré, hija mía, porque tengo que encomendarte una misión». En cierto momento, el pequeño globo que la Virgen tenía en el corazón desaparece en lo alto y sus manos se bajaron envolviendo al mundo que tenía bajo los pies con rayos luminosos, símbolo de las gracias obtenidas. Se forma entonces, alrededor de la figura de María, un

marco oval con las palabras de la jaculatoria en caracteres de oro: «¡Oh María, concebida sin pecado, ruega por nosotros que recurrimos a tí!». Luego el cuadro parece dar la vuelta. La figura de nuestra Señora desaparece y brilla en el centro una gran M, sobre la que yace una pequeña cruz. Bajo la M brillan los sagrados corazones de Jesús y María. Alrededor resaltan 12 estrellas. La vidente oye una voz que le dice: «¡Haz acuñar una medalla según este modelo. Las personas que la lleven al cuello recibirán grandes gracias!. La medalla de la Inmaculada, acuñada en 1832, fue denominada por el pueblo mismo Medalla Milagrosa, por el gran número de gracias espirituales y materiales obtenidas por intercesión de María.

Poco tiempo después, la santísima virgen se apareció por segunda vez. Tenía una túnica color blanco-aurora, un manto azul, un velo blanco en la cabeza y estaba erguida sobre una media esfera, envuelta por una serpiente verduzca. A la altura del corazón, nuestra Señora sostenía con los brazos y estrechaba amorosamente otro pequeño globo dorado, ofreciéndolo a Dios en actitud maternal. Una voz le dice a la vidente: «Este pequeño globo simboliza al mundo entero y a cada alma en particular». Luego los dedos de la Virgen se llenaron de anillos resplandecientes, adornados con piedras preciosas que irradiaban haces de luz hacia abajo. Toma, Simona, ponte tú también al cuello esta medalla y cuando el ataque de Satanás sea furioso recita con fe esta oración.

Simona regresa a sus ocupaciones. Los exorcismos se realizan con mucha tranquilidad. Durante los exorcismos el diablo logra ocultarse. Aparentemente Simona está bien. Pero luego, cuando regresa al trabajo, el diablo se muestra en toda su fuerza. Con Simona soy claro de inmediato:

—No creas que todo va a resolverse en poco tiempo. Tú vendiste tu alma a Satanás. Ahora, para volverla a recuperar han de pasar años. De ello estoy seguro.

En el trabajo, Simona trata de poner en práctica mi «técnica». Durante los ataques huye al baño y allí recita la oración que le enseñé apretando fuertemente la Medalla Milagrosa. Inicialmente dicha oración no tiene efecto alguno.

Pero después de algunos meses, llega el resultado. Cuando Simona sale del baño ya no está marcada con hematomas ni moratones. Aún golpea la pared con la cabeza, le da patadas y puñetazos, pero misteriosamente su cuerpo no sufre daños,

—¿Has visto? -le pregunto-. Satanás está todavía en ti, pero también la Virgen está haciendo su parte. Ya lo verás, todo irá bien.

Pasan 2 años y Simona en su trabajo se encuentra ante un dilema importante. El director de la empresa le ofrece en bandeja de plata la enésima promoción. Le propone ser su vice, lo que equivale a ser la número dos de toda la empresa. Solo que la promoción tiene su costo, el despido laboral del actual subdirector. Simona me habla del asunto. Yo le digo:

—Renuncia a la promoción. Esta es una prueba del cielo. La carrera te la ha trazado Satanás. Ahora él te ofrece una nueva promoción. Y que te la ofrece él es evidente: te la ofrece con menoscabo de un compañero tuyo. Por esto, solo has de hacer una sola cosa: renunciar. Confía en la Santísima Virgen. Si dices sí, para el diablo será una prueba de que estás de su lado, y esta prueba será usada por él contra la Virgen delante de Jesús. Renuncia. Y confía en Nuestra | Señora.

—Pero, padre Gabriel, si yo digo que no, otro en mi lugar dirá que sí y el subdirector de todos modos será despedido...

—Sí, pero tú tendrás tu conciencia tranquila. Y tu no a Satanás será de gran ayuda para tu liberación.

Simona no acepta la propuesta de su jefe. Este, incrédulo, admite su decisión. Desde ese momento la carrera de Simona comienza a precipitarse de manera vertiginosa. En el

lapso de 6 meses es despedida. ¿Es el fin de todo? No, es el inicio de todo. Durante 2 años Simona se encuentra sin empleo. Son 2 años muy difíciles para ella. Yo la sostengo diciéndole que tenga confianza. Después de 2 años se libera de Satanás. Sucede una tarde. Está en casa de una amiga. Siente que Satanás se hace presente dentro de ella. Siente que el odio hacia todo y hacia todos aumenta dentro de sí. Siente el odio a su amiga y el deseo de matarla. Corre al baño. Pero en lugar de dar golpes a la pared grita. Al final del grito está libre. En los días siguientes su vida cambia. Encuentra un nuevo trabajo. La luz vuelve a resplandecer.

Simona lo descubrirá después. Durante estos años y sin que ella lo supiera le he pedido a mucha gente que rezara por ella. También dichas oraciones le sirvieron. Esta gente que reza es una bendición del cielo. Una bendición para mis exorcismos. En estos años he tenido a mucha gente a mi lado que me ha apoyado con la oración. Incluso, he tenido a una persona especial. Una persona con un carisma único. Sin ella, mi trabajo hubiera sido muy, pero muy difícil.

Un día viene a mí una joven farmacéutica. Está poseída y no logra liberarse. Me dice que, sin embargo, su vida ha mejorado mucho desde que conoció al «profesor».

—¿Desde que conoció a quién?

—Al «profesor», padre Amorth. Así lo llaman todos. Vive en un pueblecito del centro de Italia. Fue él quien me ayudó y quien me habló del pañuelo rojo.

—Disculpe, pero no logro entenderla. ¿Qué historia es esa del pañuelo?

—Un día una amiga que estaba al tanto de mi posesión, me dio el número de teléfono de esta persona, «el profesor», un clarividente que me decía ser capaz de hacerle grandes beneficios a la gente. Lo llamé y le conté lo de la posesión y le pedí ayuda. Sin haberme visto nunca y sin que me hubiera hablado antes me dijo que fuera a mi habitación. Me dijo: «En la habitación tienes un armario de 3 cuerpos. En el fondo de la parte izquierda hay escondido un pañuelo rojo con un nudo. Tómalo. Quémalo. Ese pañuelo está maldito. Si lo haces, tu vida mejorará». Increíble, voy a mi cuarto. Vacío el armario y en el fondo del cuerpo izquierdo encuentro el pañuelo. No me explico cómo ha llegado allí. Pero está. Lo tomo. Lo quemo e inmediatamente me siento mejor.

Mientras oigo esta historia no me imagino que dentro de poco también para mí, este «profesor» se me volverá indispensable. No imagino que será él quien me dará una gran ayuda, sobre todo cuando delante de mí me encuentro con casos de posesiones que no logro resolver.

«El profesor» es un clarividente. Vive en la parte central de Italia. Tiene este don sumamente especial por medio del cual sabe reconocer, aun estando solamente al teléfono, si la persona que le habla está o no poseída. Y no solo esto. Sabe decir de dónde viene la posesión. Si es causada por un maleficio o a través de un mago o un satánico o por cualquier otro. Muchísimas veces lo he llamado pero nunca lo he visto en persona.

Me convenzo de que puedo confiar en él cuando Gianluca, un señor de 50 años con una gravísima y profundísima posesión, viene a mí. Lo recibo en casa y de inmediato le pregunto:

—¿Cuánto tiempo lleva con estos problemas?

—Desde que era un niño.

—¿Y en todos estos años qué ha hecho para combatir estos fenómenos?

—Padre Amorth, no he hecho nada.

Gianluca tiene 50 años. Nunca ha ido a la iglesia. Se declara ateo.

A los 6 años de edad comienza a sufrir algunos pequeños problemas. Por la noche no logra dormir. Oye voces que le hablan en la oscuridad: «Gianluca, Gianluca, no puedes dormir. Somos nosotros, debes estar atento. No puedes dormii; Gianluca. Ahora

vendremos a recogerte y te llevaremos. Gianluca...».

Sus padres no hacen mucho caso a estos fenómenos. Piensan: «Creerá. Son problemas de la edad». Y tampoco Gianluca trata de pensar mucho en ellos.

Pasan los meses y los trastornos no disminuyen, más bien aumentan. Pasa las noches insomne y de día se siente agitado. Siempre furioso contra todo y contra todos. Sus padres saben que tiene problemas de carácter. Lo llevan a un psicólogo. La situación no mejora. Por el contrario, empeora. Cuanto más crece, los problemas de «carácter» también se agudizan. Va mal en el colegio. Cuando llega a la secundaria es suspendido. Los compañeros de clase lo marginan. No tienen consideración alguna hacia él. Le toman el pelo cuando tienen oportunidad. Gianluca sufre, pero sus padres no le son de gran ayuda. Al igual que sus profesores, quienes solo saben decir que «incluso las mejores familias tienen una manzana podrida en casa».

Gianluca no logra establecer relaciones normales con nadie. No tiene amigos. No tiene novia. Carece de amores. Pronto deja los estudios. Busca trabajo pero no lo encuentra. Permanece parado durante años. Algunas veces logra hacer pequeños trabajos pagados, pero muy poco. No obtiene nunca un empleo estable. Las voces lo acompañan siempre. Lo siguen y lo atormentan. Ahora no se manifiestan solo por la noche. También de día, siempre. Lo molestan continuamente. Son innumerables. Constantes. Una pesadilla infinita. Los médicos no saben qué hacer con él. Las medicinas no lo calman. Las psicoterapias no llegan a nada.

—Tal vez sea simplemente un loco —piensan todos. La religión, el cristianismo, son temas que no le interesan ni le apasionan. Un día en Internet lee la historia de una persona que, como él, ha oído voces durante años y que, después de terribles sufrimientos, dejó de oírlas gracias a la ayuda de un exorcista. Ese exorcista soy yo.

Gianluca logra encontrar mi número de teléfono. Me llama y le cito.

—Así que en 50 años no has ido nunca a la iglesia.

—Nunca.

—¿Fuiste bautizado?

—No.

—¿Sabes qué es la eucaristía?

—No.

—¿Sabes lo que significa estar de manera permanente fuera de la gracia de Dios?

—No.

—Gianluca, ¿por qué has venido a mí? Yo soy exorcista...

—Lo sé.

—¿Quién es un exorcista?

—Alguien que saca al diablo, creo.

—Crees bien. Pero es alguien que lo saca no en su propio nombre sino en el nombre de Jesucristo. ¿Sientes que tienes un diablo dentro de ti?

—Tal vez muchos diablos. Las voces que oigo son muchas y diferentes.

—¿Sabes que si de veras tienes diablos dentro de ti y si en realidad dichos diablos te poseen desde que eres pequeño, la lucha por la liberación será sumamente difícil, quizá imposible de conseguir? ¿Sabes que tienes que aceptar que es Cristo quien te liberará? Si no lo quieres, él no puede.

Silencio.

—Escucha, Gianluca. Para ayudarte tengo que descubrir si de veras estás poseído y, si lo estás, cuándo y por qué dicha posesión comenzó. Descubrir la causa puede ser un buen inicio. Por eso te pido que cuando vuelvas a casa llames a este número de teléfono. Te va a responder un clarividente. Creo que es muy bueno y preparado. De todos modos,

si no lo es, una llamada telefónica no te hará daño. Llámalo. Pídele que te ayude. Pregúntale si según él estás de veras poseído y cómo es posible que el diablo haya entrado en ti. Luego, vienes mañana una vez más y me lo cuentas.

Gianluca regresa a casa. Entra. Se sienta en la poltrona. Y marca el número del «profesor».

—Buenas noches, le ruego me disculpe, me dio su número el padre Amorth.

—Cuénteme.

—Mire, yo quisiera saber...

—Usted quiere saber si está poseído.

—Correcto.

—¿Cómo se llama?

—Gianluca.

—¿Cuántos años tiene?

—50.

—Gianluca, usted es hijo único, ¿verdad?

—Sí.

—Usted a los 6 años comenzó a oír voces de noche. Y estas voces no lo dejaban dormir.

--Sí.

—Usted no lo sabe. Pero en ese tiempo un conocido de su familia (el clarividente le dice a Gianluca el nombre y el apellido, N.d.R.) le hizo un maleficio a su madre. Dicha persona recurrió a un mago, el cual, bien pagado, solicitó ayuda a Satanás. El maleficio se arraigó. Diversos diablos entraron en su madre pero también en usted. Usted sufre debido a este poderoso maleficio.

—No sé qué decir. Sé que esta persona tenía varios motivos para odiarnos... pero no creía...

—El mal es impredecible. Y golpea de las maneras más extrañas. Pero desgraciadamente golpea. Luego, cuanto más crecía tanto más lo molestaban. Los médicos nunca le fueron de ayuda. Ha visitado muchos. Perdió el año en la secundaria. Los compañeros lo marginaron. Buscó trabajo pero nunca lo encontró. Un trabajo estable, quiero decir. Así fueron pasando los años. Las voces nunca han desistido en perseguirlo. Se han hecho cada vez más potentes e invasoras. Y ahora quiere liberarse, con la ayuda del padre Amorth.

—Por favor, ¿pero cómo sabe usted todas estas cosas? ¿Ha hablado con el padre Amorth? ¿Con algún familiar mío?

—No he hablado ni con el padre Amorth ni con alguien de su familia. No lo necesito. Soy clarividente. Es un don que Dios me ha dado. Hágase ayudar del padre Amorth. Y dígame que tiene que hacerle exorcismos con el objetivo preciso de romper este antiguo pero potente maleficio. Puede suceder que dicho mago haya muerto. Y que no pueda hacerle más daño. Pero también puede pasar que esté vivo y que, de alguna manera, sepa en el futuro que un exorcista está actuando contra él. Confíe en el padre Amorth. Adiós y saludos para él.

Al día siguiente Gianluca vuelve a mí. Me cuenta lo de la llamada telefónica. Me quedo sin palabras. Comprendo que el profesor me puede ser de gran ayuda no solo con Gianluca, sino también con otros poseídos. Descubrir el origen de la Posesión es fundamental para la liberación. De este modo exorcizo a Gianluca con la intención precisa de quitarle este maleficio.

Cuarenta años no se borran con un exorcismo. Cuarenta años son muchos años. Muchísimos. Satanás en tanto tiempo ha logrado echar raíces muy profundas. Además, no

se trata aquí de un solo diablo. Sino de muchos. La empresa es de las más difíciles. Comprendo de inmediato que el mago aún vive. Gracias a repetidas llamadas al «profesor» llego a saber que se ha enterado de mis exorcismos. Y por eso repite cada semana el maleficio contra Gianluca. Pero un maleficio repetido pierde cada vez más su propia fuerza. Yo tiro de una parte. El mago de la otra. Pero yo soy el más fuerte porque Cristo es más fuerte que Satanás. Cristo es Dios. Satanás es solamente un ángel que decidió rebelarse para siempre contra Dios.

Me veo con Gianluca durante años. La batalla es durísima. Pero al final Cristo triunfa. El mago es derrotado. Sin la ayuda del «profesor» todo habría sido diferente. De modo que comienzo a aconsejarles también a los demás exorcistas su nombre. Y muchos obtienen beneficio de esto. Recuerdo, por ejemplo, lo que le sucede a un exorcista, el padre Gerard, cuando un día tuvo que ir a una casa. No a una casa cualquiera. Sino a una infestada.

Casas infestadas existen muchas en el mundo. Son casas donde tal vez haya habitado durante años algún satánico. La presencia diabólica permanece aún después de que esta persona se haya ido. O son casas construidas, sin saberlo, donde mucho antes existía un cementerio. Algún alma difunta, por motivos misteriosos, podría influenciar de manera negativa el lugar provocando no pocos problemas. O, también, podría ser una casa donde hayan sucedido delitos, homicidios. El mal deja siempre una huella detrás de sí. Y, algunas veces, esta huella es como una herida viva de la cual puede en cualquier momento aparecer la muerte, la destrucción, la perversidad, la maldad.

Llaman al padre Gerard los propietarios de esta casa. Acaban de adquirirla. Desde que la habitan viven continuamente en el terror, Por la noche oyen ruidos extraños. Ataques de tos. Luces que se encienden y se apagan. Puertas que se abren y se cierran sin motivo. Una noche despiertan por culpa de un nauseabundo olor a gas. Corren a la cocina y encuentran una llave del gas abierta de manera inexplicable. A veces sucede que desde la sala oyen peleas en la cocina hostil que alguien cae al suelo. Si están en la cocina, oyen las peleas en la sala. Mientras se acercan a la habitación de donde escuchan los golpes, los ruidos se intensifican y se hacen más tuerces. Cuando abren la puerta y entran nunca encuentran a nadie. El cuarto está vacío.

El padre Gerard me pide un consejo. Le sugiero llamar al «profesor». Este le dice:

—Le doy mi número de móvil. Cuando llegue a esa casa llámeme. Tal vez le pueda ayudar.

Cuando llega a la casa infestada el padre Gerard siente que algo va mal. La casa, de modo misterioso, lo rechaza. Quisiera escapar pero se detiene. Saluda a los dueños de la casa, que lo esperan afuera. Hace que le entreguen las llaves y les pide que se ausenten por lo menos durante 2 horas. Prefiere hacerlo todo solo. Los propietarios podrían obstaculizar su trabajo. Nunca ha «desinfectado» una casa. Vacila y está un poco asustado. La casa, con sus misterios, parece querer rechazarlo y al mismo tiempo apoderarse de él.

Es una casa de campo normal. Tiene un pequeño jardín interior y detrás un denso bosque que luego sube por una gran colina. El bosque es oscuro, se dirige hacia el norte. Infunde temor. El padre Gerard decide no demorarse mucho. Siente que una fuerza presente en la casa trata de confundirlo. No quiere que entre. Así, toma la llave en la mano y la mete en la cerradura. Le da 2 vueltas y accede al interior. Una gran casa con una chimenea apagada lo recibe. El suelo está formado por grandes baldosas oscuras. Oprime uno de los interruptores de la luz, pero los contactos no se activan. Está casi a oscuras. Por las persianas semicerradas se filtra un poco de luz. Trata de abrir las ventanas pero también éstas, de manera inexplicable, están bloqueadas.

Es difícil, muy difícil de explicar. Porque para entender una experiencia semejante es

preciso vivirla. Pero cuando un exorcista entra en lugares como este siente que lo rodea totalmente una presencia que lo examina, lo observa, lo mira. El exorcista se siente cohibido por esta mirada. No sabría decir dónde están los ojos que lo miran. No sabe decir cómo son. Ni siquiera puede decir de quién son. Pero sabe que están ahí. Sabe que alguien lo observa. Y lo observa con una mirada de odio total. Todo el odio del mundo va dirigido hacia él. El exorcista vive dentro de sí una lucha furibunda. Quisiera escapar pero no puede. Quisiera reaccionar, pero sabe que sería peor. Si se pusiera a hacer frente al odio de su adversario sería inmediatamente derrotado. Solo le queda una cosa por hacer. Rezar.

—Señor Jesucristo, que has vencido para siempre el mal, ten piedad de mí. Señor Jesucristo, ayúdame. Socórreme. No me dejes solo ni derrotado.

El padre Gerard reza. Y llama de inmediato al «profesor».

—Buenos días, profesor, soy el padre Gerard.

—Mis saludos. ¿Está ya en el lugar?

—Sí. Aquí estoy. Las luces no funcionan.

—Las luces no funcionan por el momento. El las bloqueó.

—No logro abrir las persianas.

-También él las bloqueó.

El padre Gerard no se atreve a pedirle explicaciones al «profesor». ¿Cómo hace para saber todas estas cosas? ¿Cómo puede estar tan seguro de sí?

-¿Qué debo hacer? - pregunta el padre Gerard.

-Voy a guiarlo yo. Avance hasta la puerta que está delante de usted. Ábrala.

-La he abierto. Todo está oscuro. No veo nada.

A su derecha hay una escalera. Suba por ella.

El padre Gerard sube a tientas los escalones. En cierto momento oye un crujido. Le cae un cuadro en la cabeza. El móvil cae al suelo y se apaga. El también se cae. Se toca la cabeza. Apenas siente una punzada de dolor en la frente. Se le ha formado un chichón. Busca el móvil. Lo encuentra. Logra volver a encenderlo. Marca el número.

— ¿Todo bien?

—Sí, profesor Me ha caído encima un cuadro. No sé qué ha pasado.

—Fue él. Pero no tiene que asustarse. El cuadro estaba prendido con un clavo en la pared de la escalera. Ha hecho que el clavo saltara y le cayó en la cabeza. Trate de subir la escalera.

El padre Gerard vuelve a subir. Procura no hacer ruido para poder oír otros ataques eventuales. Piensa en las palabras del profesor: «Fue él». ¿Quién es él? Siente que el miedo crece. Logra llegar al final de la escalera.

—Padre Gerard, ahora tiene delante de usted un pasillo. Debe entrar en la primera habitación a la derecha. La puerta es de esas que son corredizas, ábrala.

El padre Gerard abre la puerta, pero esta se cierra rápidamente. La vuelve a abrir. La puerta se cierra nuevamente. Abre y entra dentro del cuarto. La puerta se cierra a sus espaldas.

—¿Me escucha, padre Gerard?

—Sí, profesor, lo escucho. ¿Qué debo hacer aquí dentro?

—Es muy sencillo. Deslícese a lo largo de la pared de la izquierda. En el fondo, hacia abajo, hay una ventanita. Dentro hay cables eléctricos. Abra la ventanita.

El padre Gerard, en la oscuridad más total, camina a lo largo de la pared. Encuentra la ventanita. La abre.

—La he abierto, profesor.

—Bien. Introduzca la mano. Al fondo, detrás de los cables, debe encontrar una cajita. Tómela y sáquela. Salga de la casa lo más rápidamente que pueda. Ahora ha encontrado la

clave. Ya no puede eludirla.

El padre Gerard encuentra la cajita. La coge y empieza a volver sobre sus pasos. Ahora la puerta de la casa está abierta. Se siente más aliviado. Parece que la presencia siniestra, ese «él» mencionado antes por el profesor, ya no está.

Pero se equivoca.

Mientras baja por la escalera siente detrás de sí a alguien que lo sigue endemoniadamente. Comienza a correr. El que lo sigue también corre. Entra en la sala. El padre Gerard avanza en la oscuridad esperando encontrar la puerta de entrada. Detrás de él la persona que lo sigue está a punto de alcanzarlo. Más bien, lo alcanza. Siente su aliento y el mordisco en el cuello. El padre Gerard se lanza hacia delante. Sus manos logran aferrarse a la manija de la puerta. De un salto está fuera. Se vuelve convencido de encontrarse delante del diablo. Está listo para invocar a Cristo para que lo ayude. En cambio no hay nadie. Ve solamente la puerta de la casa que golpea violentamente una y otra vez. Y una carcajada siniestra, al menos así le parece, se aleja enfurecida.

—Profesor, acabo de salir. ¿Qué debo hacer?

—Abra la caja y vacíela a sus pies.

—Hecho.

—¿Hay pequeños huesos y otras porquerías?

—Sí.

—Bueno, aplástelos con los pies y luego dispérselos.

—Hecho.

—Excelente. Ahora no pueden ya dañar a nadie. Al ser separados han perdido su fuerza maléfica.

—¿De qué se trataba?

—De una mezcla producida por el mago que habitaba la casa anteriormente.

Una mezcla destinada a infestarla hasta que alguien la descubriera y destruyera.

—Profesor, ¿pero qué debo hacer con él?

—¿Con cuál él?

—Bueno, dentro de la casa, creo que un diablo me seguía. También usted decía que él...

—ftidre Gerard, dese la vuelta. Mire la casa.

El padre Gerard obedece. Y se queda sin palabras.

Todas las persianas están abiertas. Las luces encendidas. La casa ya no da miedo.

—Padre Gerard, ¿sabe qué ha pasado?

—Dígame.

—Que él se ha marchado.

Confío en el «profesor» porque nunca se ha equivocado en ningún diagnóstico. Pero también porque sé, aunque nunca lo haya visto, que es un hombre humilde. Cuidado, sin no es «profesor» el que libera. El que libera soy yo a través de Cristo. Quiero decir: los laicos no son exorcistas.

Los exorcistas son sacerdotes que actúan por mandato conferido a ellos por la Iglesia. Los laicos no tienen este mandato. No pueden exorcizar. Es sumamente peligroso si tratan de hacerlo. Ni siquiera pueden dialogar con el demonio durante un exorcismo llevado a cabo por un sacerdote. El demonio a menudo trata de dialogar con ellos. Es una manera de atacarlos y al mismo tiempo para distraer la atención del exorcista hacia él.

Cierto día un demonio le dijo a una asistente mía que acababa de regresar del hospital donde su hijo había sido operado a causa de una grave enfermedad:

—Miren a la Virgen de los dolores.

Ella le respondió:

—No te tengo miedo. Cristo vence. Y él:

—Virgen de los dolores, ¿no te bastó con lo que hice a tu hijo? ¿No te es ya suficiente con eso? ¿Quieres más?

En ese momento intervine. Le mandé a la mujer que no le respondiera. Y continué con el exorcismo.

Los laicos no pueden exorcizar ni pueden hablar con el demonio. Su tarea es la de rezar y, solo aquellos que el exorcista escoja en secreto, mantener firme al poseído cuando entra en arrebatos. Los laicos pueden elevar plegarias de liberación; estas sí.

Diferente, luego, es la tarea que a menudo asumen los médicos. También ellos pueden ser útiles. Hay algunos médicos, en efecto, que trabajan en aquella tierra de nadie que son las manifestaciones preternaturales. A dichos médicos les pido con frecuencia una ayuda en el discernimiento. Para que me asistan en la comprensión de ciertos casos y juzgar si son de verdad posesiones o solo enfermedades mentales.

Un de estas personas se llama Walter Cascioli. Es médico especialista en psicología clínica en Roma. Algunos casos los he resuelto gracias a su ayuda.

Walter trabaja en casos de sufrimiento mental particularmente graves. Trata de discernir el origen de la enfermedad y luego curar a sus pacientes. Con frecuencia, a diferencia de muchos colegas suyos, reconoce que ciertas manifestaciones sufrimiento son debidas a causas preternaturales, es decir, a algo que no pertenece ni a Dios ni al hombre. Precisamente a Satanás.

Muchos casos casi serían difíciles de resolver sin su ayuda. Porque a menudo los síntomas que manifiestan los poseídos son exactamente los mismos de las enfermedades mentales. La diferencia está en el hecho de que sobre los poseídos los tratamientos, es decir, los cuidados proporcionados mediante fármacos y terapias psiquiátricas, no producen ningún efecto.

Cuando Walter recibe a sus pacientes por primera vez les pide que le cuenten los síntomas que tienen. Con frecuencia los escucha en silencio. Y mientras estos hablan recita una oración. En los poseídos sucede que el efecto es inmediato.

Un día entra a su consultorio un chico con problemas de diversa clase. Mientras habla, Walter formula en su mente esta súplica: «Señor Jesús, libera a esta persona». La reacción es inmediata. El joven se levanta de la silla. El cuerpo se hincha hasta hacerse enorme. Y ante Walter emite un rugido tremendo. Un rugido de león. Walter comprende que no se trata de una enfermedad psíquica, sino de posesión.

Otra de las técnicas usadas por Walter es la de recibir a sus pacientes haciendo llevar a cabo en la habitación contigua, y sin que lo sepa el mismo paciente, un exorcismo por un aacevdoce. También en estos casos, a menudo, los pacientes ftacdonan de manera violentísima. Así le pasó un día a Herminia, una señora de más de 80 años. Delicada, probada física y psicológicamente, parece no tener ya ninguna energía. Mientras Walter la recibe, en la habitación adjunta un sacerdote inicia un rito de exorcismo. Recita el ritual latino. La señora está contándole al médico sus síntomas, pero de pronto se calla. Luego se levanta y con sus débiles brazos levanta el escritorio de Walter y lo arroja contra la pared. Walter pide inmediatamente que se interrumpa el exorcismo.

Y comprende a quién tiene delante de él: no simplemente a una mujer anciana, sino a una anciana poseída por Satanás. Una anciana que tiene dentro una fuerza sobrehumana, diabólica, maléfica.

Walter forma parte de un grupo que recita oraciones de liberación sobre los poseídos. Se reúnen semanalmente a rezar. No pueden exorcizar a los poseídos. Este ministerio ha

sido concedido solamente a los sacerdotes nombrados explícitamente por los respectivos obispos. Su tarea es exclusivamente la de rezar. Su oración es muy eficaz. Sirve, ella también, para la liberación. Sus plegarias tienen un significado de invocación. Invocan a Dios para que libere pronto a los poseídos de las cadenas del diablo.

Algunas veces soy yo quien le pide a Walter y a su grupo oraciones por los poseídos. Otras es él quien me llama y me pide que le ayude con los exorcismos. Son pocos los médicos que creen como él en la existencia de Satanás. A menudo los médicos son escépticos y se burlan de los exorcistas. Pero si son invitados a participar en un exorcismo, su rostro de escéptico se cambia en una máscara de terror.

Otra cosa diferente de los médicos son los clarividentes. «El profesor», como tantos otros clarividentes, tiene dones sobrenaturales y es justo que los ejerza. ¿Cómo reconocer si nos encontramos delante de clarividentes auténticos?

La humildad es una característica importantísima de los clarividentes en los cuales se puede confiar. La humildad junto con la pobreza y el ocultamiento. Deben ser pobres, humildes y ocultos para ser válidos. De ellos hay muchos en Italia. Han sido llamados los «sanadores del campo». Son personas con dones especiales, humildes. A menudo viven fuera de las grandes ciudades. En lugares olvidados. También «el profesor» entra en esta categoría.

Recuerdo, por ejemplo, a un clarividente que tiene el don de curar la gota. Es un don que posee toda su familia. Se dice que hace dos milenios su familia hospedó en casa por cierto tiempo a san Pedro, el primer Papa. Cuando san Pedro se fue dejó a los miembros de la familia y a todos sus futuros descendientes, como don, este carisma especial.

Cierto día el papa Pío IX enferma. Tiene gota. Llaman del Vaticano a uno de la familia. Este visita a Pío IX y lo cura. Es una persona tan humilde y también de tan poca cultura que cuando está ante el Papa repite lo que dice siempre a todos: «Ahora lo he curado. Usted, sin embargo, no olvide rezar por el Santo Padre, el sucesor de Pedro, que tiene tanta necesidad de oraciones».

Es una frase que en su familia se transmite desde hace siglos. Y él la repite al Papa. «No lo dejaré de hacer», responde el Papa sonriendo.

Sai Baba, el hijo predilecto de Satanás

Es preciso prestar mucha atención. Al lado de los clarividentes buenos existen los malos. ¿Cómo reconocerlos? Muy sencillo. Siempre piden dinero. El dinero es la primera tentación del demonio. Porque con el dinero todo se puede comprar: sexo, droga, placer y poder. La mayoría de los clarividentes hoy día son falsos y de ellos hay que huir. Hacen pactos con el diablo. Y piden sin cesar dinero. Dinero, dinero y más dinero. Jamás se sacian.

—Vuelve dentro de una semana y trae más dinero -dicen siempre.

Tienen gente que hace fila fuera de su casa. Desean publicidad. Son lo contrario de los verdaderos clarividentes que ocultan el propio carisma. Dejan que sea Dios quien les lleve la gente. Y de esta no quieren dinero. Saben que el dinero lleva al infierno. Por eso huyen de él.

-Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que un rico entre en el reino de los cielos», dice Jesús. No son palabras pronunciadas al azar. Son palabras que se deben tomar al pido de la letra. El dinero corroe el alma. En cambio, quien nada tiene solo confía en la Providencia. En Dios. Le tuela a Dios y de El obtiene lo que necesita. Dios favorece a pobres. Si un clarividente de Dios tuviera que empezar a buscar dinero, Dios de una vez le quitaría el carisma que le tabla dado anteriormente.

Con frecuencia estos falsos clarividentes son satánicos. Realizan misas negras. Reúnen a su alrededor a unos pocos adeptos unidos por el fuerte vínculo de la ley del silencio. Se reúnen en lugares apartados. A menudo en casas abandonadas. Su reunión es una misa que sigue una liturgia precisa. Una liturgia, sin embargo, al revés. No ruegan a Dios, sino a Satanás. Las habitaciones están pintadas de negro. Negra es la tela que cubre el altar. En medio hay un crucifijo cabeza abajo. Nunca falta una estatua del diablo con el falo erecto. Y con frecuencia hay también una calavera. Verdadera. No hay luz. Solo hay unas pocas velas que proyectan en la habitación sombras siniestras. Los pocos adeptos se colocan en círculo, vestidos de negro. Algunas veces se cubren el rostro. Invocan a Satanás en latín. Le piden que venga. Que se quede con ellos.

La liturgia pone al revés de manera premeditada la católica. A menudo se hace presente una sacerdotisa, una mujer joven y virgen completamente desnuda y acostada sobre el altar. Algunas veces se trata de presas capturadas. Mujeres inocentes. Drogadas y obligadas a sufrir aquella macabra liturgia. Profanan las hostias con escupitajos. Después introducen la hostia en la vagina de la mujer. Beben una mezcla de esperma y secreciones vaginales. Todos poseen por turno a la mujer. Circula droga y alcohol. El alma de todos es regalada al demonio que puede hacer de ellas lo que quiera a cambio de los placeres de la carne. Satanás les da el disfrute de la carne. Ellos le dan su alma. Para siempre. ¿Qué se gana? No es difícil responder.

Con frecuencia, clarividentes y magos son la puerta a este tipo de actividad. Son la puerta de prácticas satánicas de las que después es difícil salir. Muy difícil. Me atrevería a decir que casi imposible, aunque algunas veces se logre. Quien confie en ellos es fácil que en lo sucesivo entre en círculos satánicos. Son círculos homicidas. Infernales. Son de veras la puerta del infierno. La puerta de los infiernos. La puerta de la nada eterna.

No es una casualidad que una figura clave de la historia del satanismo haya sido

precisamente un mago. Se llamaba Edward Alexander «Aleister» Crowley. Nació en 1875 y murió en 1947. Era un mago inglés. Era adicto a la morfina y al opio. Manipulaba la mente de las personas. Su aliado era Satanás. Juntos destruyeron muchas vidas. Fue él quien escribió las reglas del satanismo.

Entre ellas: «Haz lo que quieras, esta será tu ley». Y luego: «No hay otro Dios fuera del hombre».

En 1929 se trasladó a Cefalú. Allí alquiló una casa y fundó la Abadía de Thelema. La casa estaba en el campo. A su lado había un cementerio. En aquella casa Crowley trató de acumular energías mágico-satánicas para conquistar el mundo entero y someterlo a su dominio. Desde Cefalú un faro, una luz de maldad, conquistaría el mundo sometiéndolo a sí.

En Cefalú Crowley vivió con 2 concubinas, la americana Leah Faesi y Ninette Fraux, que él llamaba sor Cypris. Después se le juntaron otras mujeres. La casa era objeto de diversas visitas. En toda Sicilia se difundieron pronto voces inquietantes sobre esta casa. Para muchos, Crowley era «el hombre más perverso del universo», un «genio del mal y del pecado». En efecto, en aquella casa se llevaban a cabo ritos extraños. Orgías desenfundadas. Incestos. Misas negras en honor de la «bestia del Apocalipsis», el gran dragón del mundo, Satanás.

Después de Crowley llegó Antón La Vey. Es un seudónimo que corresponde a Howard Stanton Levey. Murió en 1997. Fue él quien fundó —todas estas vivencias las cuenta muy bien entre otros el experto en cosas satánicas Fabrizio Artale— junto con un cineasta de Hollywood, Kenneth Anger, la asociación Magic Circle que en 1966 se convierte en San Francisco en la Iglesia de Satanás. Buscaba adeptos decididos a dedicar toda su existencia a Satanás. A él se unieron diversas estrellas del rock.

Los satánicos están en todo el mundo. Pero la mayoría reside en Londres. Luego siguen Turín, San Francisco, Chicago Y Roma. ¿Por qué? Porque el diablo tiene sus esquemas y sus designios. Estas ciudades están unidas por inquietantes geometrías esotéricas que aluden al diablo y lo oculto. Pero el centro del satanismo es Londres. Por lo demás, Crowley es inglés y es Por lo tanto lógico que la capital del Reino Unido sea el centro donde tengan más adhesiones estos grupos demoníacos.

Pero dichos grupos están por todas partes. Como en todas partes están sus jefes, los magos, los santones. Satanás les da, es innegable, poderes especiales que los hace ser casi como Dios. Esos poderes, esos dones, que un día dio a Marcos, el cual, por un período de tiempo más bien largo, creyó ser Dios.

Marcos es uno de los muchos santones con los que he debido encontrarme. Uno de los pocos, tal vez el único, que volvió en sí, que escapó de la servidumbre del demonio.

Marcos tiene muchos dones, todos regalados a él, por Satanás. Porque Satanás actúa así, da todos los poderes que puede a sus devotos. A menudo les hace creer que estos poderes no les llegan de parte de él. Para no aterrorizarlos. Pero son ellos, sus devotos, los que se mienten a sí mismos. Regalaron su alma al diablo y fingen que no saben que todo lo que les sucede es de él, del demonio, de quien llega. Mentirosos como Satanás, el gran mentiroso, el rey de la mentira.

Marcos realiza un pacto de sangre con el diablo. Muchas veces se pone en contacto con él mediante el llamado «juego del vaso». Satanás habla con él. Inicialmente le envía mensajes de paz y fraternidad. Claro está, no lo quiere aterrorizar. Por el contrario se propone ofrecerle una imagen de sí bondadosa.

Pasan los días. Marcos va en peregrinación a Lourdes. Pero toda su alma está en manos del demonio. Quizá vaya allí como un desafío: «Veamos qué le sucede a un siervo de Satanás en un lugar santo como este», piensa. Satanás decide revivir precisamente en

Lourdes. Es en uno de los santuarios marianos más importantes del mundo donde Marcos descubre tener clones extrasensoriales. Es Satanás quien se los da. Es Satanás quien astutamente escoge Lourdes para dárselos.

Marcos se convierte en clarividente, lee en el pensamiento de la gente, puede hacer diagnósticos clínicos, recuerda el pasado de personas que no conoce. Prevé su futuro.

Algunas personas comienzan a seguirlo, a interrogarlo, a confiarse a él. Después de un tiempo Satanás vuelve a hacerse sentir. Y le regala a Marcos otra facultad extraordinaria: con la imposición de las manos es capaz de anular el dolor físico. Cualquier dolor físico.

Marcos tiene un grupo de seguidores de gente importante. Pero se vuelve un hombre irascible, siempre malvado y nervioso. Pronto comienza a tratar mal a la gente que cura. La insulta. Trabaja para llevarla como él a la perdición. Trabaja para destruir sus existencias, sus afectos.

La salvación le llega a Marcos cuando un grupo de católicos oye hablar de él. Lo conoce y comienza a rezar por él. Estas personas rezan y logran mostrarle el origen diabólico de sus nuevas facultades. Gracias a las oraciones de esta gente Marcos empieza un recorrido para liberarse de Satanás. Y lo logra. Apenas rompe el pacto de sangre estipulado con el demonio, cesan también todos sus poderes. Marcos vuelve a ser un hombre como muchos. Menos poderoso que antes, es verdad, pero libre. Ya no es esclavo del príncipe del mal, sino que es libre porque es hijo de Dios.

Marcos logra liberarse. Como él también Anita. Una mujer de la provincia de Roma que vuelve a ser libre tras haber vendido su propia alma a un santón. No se trata de un santón cualquiera, sino de aquel que yo digo haber sido (murió hace poco) el hijo predilecto de Satanás.

Anita es una joven de la provincia romana, casada, tiene un hipo pequeño. Lleva una vida normal. Se casa cuando apenas llega a la mayoría de edad y pronto tiene un niño. Trabaja en un hospital como enfermera. Con frecuencia hace turnos en la ambulancia. Diariamente, por lo tanto, sabe lo que es el dolor de la gente.

Un día su padre enferma. Se le diagnostica un cáncer en etapa avanzada. Los exámenes radiográficos son inexorables. El cuerpo está lleno de metástasis. Las esperanzas de curación son prácticamente nulas.

Anita lleva a su padre a un pranoterapeuta.

—Su padre no tiene ninguna esperanza, señora -le dice.

—Lo sé -responde Anita-, ¿Qué puedo hacer?

—Es poco lo que se puede hacer. Tal vez la única esperanza sea llevarlo a ver a Sai Baba.

—¿A ver a quién?

—A Sai Baba. Es un curandero fenomenal. Vive en la India, en Puttaparthi. Quizá si usted logra llevar a su padre, el pueda salvarlo. Tiene miles de seguidores. Haga la prueba.

Anita no confía en este pranoterapeuta. Está desesperada. Su padre se está muriendo. Y piensa que quizá Sai Baba la puede ayudar.

Toma el avión junto con su padre y vuela a la India. Estamos en los primeros años de los 90. Los dos aterrizan y se dirigen a la casa de Sai Baba. El santón recibe solo en determinadas horas. O mejor, en vez de recibir, aparece. Y esto porque centenares de personas cada día se apiñan en una especie de gran «claustro» adyacente a la casa de Sai Baba. Y este, cuando de vez en cuando sale de casa para hacerse ver, parece una aparición. No camina, sino que parece que estuviera volando algunos centímetros por encima del suelo. Aquí, al arar, escoge a algunas personas. Son estas personas las que, de manera

sucesiva, tienen el «privilegio» de poder entrar en sus apartamentos y hablar con él.

Anua vacila. No sabe si confiar en él. Peto un día, en las afueras de la casa de Sai Baba ve a una persona que atrae su atención. Es un sacerdote católico. Le inspira confianza y se le acerca. Con gran estupor descubre que es italiano.

—Hola, padre, me llamo Anita, vengo de la provincia de Roma, ¿lo puedo molestar un minuto?

—Claro, señora, cuénteme.

—¿Cómo se llama?

—Padre Marco.

—Padre, le tengo que decir que mi padre está enfermo. Yo quisiera ver a Sai Baba pero no puedo confiar en él. No lo conozco...

—Pero, querida señora, ¡claro que puede confiar! ¿Sabe usted quién es Sai Buha?

—No muy bien... Me dicen que es una persona que cura...

—Señora, escuche bien lo que le voy a decir. Sai Baba es Jesús que ha bajado a la tierra.

—¿De veras?

—Se lo digo yo que soy un sacerdote católico. Puede confiar en él.

Anita se queda sin palabras. Su fe no ha madurado. Es poco instruida en cosas religiosas y oír que un sacerdote católico le diga que Sai Baba es Jesús que ha bajado a la tierra la ayuda a tener fuerza. Y a ir al «claustro» con la esperanza de que Sai Baba la reciba.

Anita no puede saber que el padre Marco es un sacerdote especial» Ha estado hace tiempo en la mira de las jerarquías vaticanas por sus posiciones heréticas. El padre Marco es un enamorado de la figura de Sai Baba, tanto que se ha vuelto uno de sus seguidores. ¿Cómo? Así. Un día el padre Marco logra encontrarse con Sai Baba. Este le pregunta:

—¿Qué quieres?

El padre Marco responde:

—Quiero pensar en Dios las 24 horas del día.

Entonces Sai Baba toma un anillo. Sopla encima de este y el anillo cambia de forma. El padre Marco queda admirado. Piensa en la Biblia donde se dice que Dios creó el mundo y la vida con un soplo» Y decide tomar el anillo como signo de la nueva amistad con Sai Baba. En señal de un pacto de amistad. Sai Baba mete el anillo en el dedo del padre Marco, quien siente que este anillo se cierra alrededor de su dedo de manera tan fuerte que desde ese momento ya no se lo puede quitar. Por mucho tiempo el padre Marco se siente seguro dentro de una protección metálica. Se siente protegido por dicho anillo que lo cubre y lo protege. Se siente seguro, como si ya no tuviera nada que temer. ¿Qué sucedió? Sucedió que desde ese día el padre Marco abandonó a Dios y regaló su alma y su cuerpo a Sai Baba. Y, por ende, a Satanás.

Anita entra con su padre en el gran «claustro». Centenares de personas están de rodillas esperando que llegue. Entran unos elefantes. Seguidores de Sai Baba lo preceden y le siguen tocando y cantando motivos indios. Después de algún tiempo una puerta se abre en el fondo del «claustro». Un hombre de baja estatura, de no más de un metro 50, flaco, con denso cabello negro rizado más parecido al de un africano que al de un indio, sale de la puerta vestido con una larga túnica anaranjada. Parece que vuela. Recorre el «claustro» en silencio general. De vez en cuando indica con la mano a algunas personas:

—Tú, tú y tú.

Es él. Es Sai Baba.

Anita lo mira. Está absorta, pero no sabe decir por qué. Sai Baba se acerca a la zona en la que Anita está de rodillas con su padre. Sai Baba la observa y la señala. Han sido escogidos. Es increíble. La primera vez que entran en el «claustro» son elegidos. Se sienten

afortunados: hay gente que pasa meses en el «claustro» antes de ser escogida.

Anita no sabe qué le espera. En su mente repite las palabras del padre Marco: «¿Sabes quién es Sai Baba? Es Jesús que ha bajado a la tierra. Es Jesús que ha descendido a la tierra».

Sai Baba no vuelve enseguida a su apartamento. Permanece todavía entre los suyos, en el «claustro». Sube a un gran columpio y se hace mecer durante horas. La gente lo mira y lo venera. Y él, como si fuera Dios, no hace nada, excepto dejarse venerar.

Después de mucho tiempo Sai Baba regresa a sus apartamentos. Anita, junto con su padre, lo sigue. Sai Baba les pide que se acerquen. Los mira. Hace rotar vertiginosamente la mano derecha. Deja caer unos polvos que ofrece a ambos. Les pide que los coman. Los dos obedecen. Anita está como hechizada. Se arroja a los pies de Sai Baba y le dice:

—Yo te pertenezco. Mi cuerpo y mi alma te pertenecen por toda la eternidad. Son tuyos para siempre.

Sai Baba sonrío y se dirige a otra habitación. A Anita se le hace salir. Permanece en los alrededores del «claustro» durante un mes junto con su padre. Este, inicialmente, está mejor. Anita cree que se está curando.

Los dos regresan a Italia, a Roma, donde el padre de Anita en vez de mejorar comienza a empeorar de manera visible y muere al poco tiempo. Anita está destruida, pero continúa en el seguimiento de aquel al cual regaló su propia alma. Encuentra en Roma a varios seguidores de Sai Baba. Descubre que hay muchos de ellos sobre todo en el campo médico. Gente como ella que se ve obligada a vivir todo el día en estrecho contacto con la enfermedad y el dolor. Sai Baba es el espejismo de una vida nueva, es el espejismo, o mejor sería decir la ilusión, del fin del dolor y de la muerte. «Es Dios -se dicen-. Es Dios y nos salvará».

El hijo de Anita ha crecido. Sabe que su madre es devota de Sai Baba y esto le fastidia. No sabe por qué, pero no le gusta la foto de ese hombre presente en la casa, no le gustan los pequeños altares que Anita ha hecho construir en la casa en honor de Sai Baba. No sabe absolutamente quién es Sai Baba, pero siente instintivamente que de él hay que desconfiar. Es el hijo de Anita quien, un día, la obliga a verse con un grupo de amigos suyos carismáticos. Anita acepta y va a una parroquia donde se reúne este grupo. Entra en la iglesia y encuentra al grupo en oración. Apenas oye Anita que estas personas están rezando, reacciona de manera furibunda. Sale de la iglesia y le grita a su hijo:

—¡Están endemoniados! ¡Están endemoniados! ¡No quiero saber nada de ellos!

Su hijo es un chico inteligente. No le responde nada y sale con ella. Luego, tiempo después, la lleva a otra parroquia a que conozca a dos personas. Son marido y mujer. Un matrimonio sencillo que hace tiempo que son los animadores en esta parroquia de un grupo de oración. Anita siente mucho amor a su alrededor y decide, con una fuerza de voluntad no sin importancia, hacerse ayudar. Dentro de sí está desdoblada. Es ella, Anita, pero siente que también hay otro. Siente, comprende que dentro de sí tiene alguna maldad. La parte sana de su alma la lleva a confiar en estos dos cónyuges y en el grupo de oración que ellos animan. La parte mala, no. Pero por un motivo misterioso y que ella misma solo comprenderá años después, es la parte buena la que lleva la ventaja. Anita decide hacerse ayudar.

No faltan los problemas. Cuando Anita comienza a rezar con estas personas siente que una fuerte aversión crece dentro de sí, un gran odio. Es él, es el espíritu malvado que la posee, el que se hace sentir, el que pone en su mente cosas indecibles. Tanto que Anita no logra terminar las oraciones. El matrimonio no sabe qué hacer para ayudarla. Solo les queda una solución. Llámame.

Así que un día voy a la parroquia del matrimonio. Entro en la iglesia y veo en el fondo, sentada en un banco, a una mujer delgada y con el cabello negro que me mira. Es Anita. Enseguida entiendo que algo va mal. Anita, en efecto, se levanta y escapa. Y mientras huye grita:

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Hay un monstruo! ¡Hay un monstruo!

Después me dirá que esa vez, la primera vez que nos encontramos, me vio efectivamente como un monstruo. Yo no tenía ojos. Mi rostro era deforme. A sus ojos aparecía como algo terrible y malvado.

Con mucho esfuerzo Anita acepta ser exorcizada por mí. Los exorcismos duran años. Comprendo en el transcurso de los exorcismos que Sai Baba es un santón unido estrechamente a Satanás.

Para mí es el hijo predilecto de Satanás en la tierra. Es el hijo predilecto, como ha habido pocos en el mundo. Hace magia, finge milagros que no llevan a nada. Y lo hace sobre miles de personas. Personas que lleva a la perdición. Que luego las deja solas. Perdidas en su desesperación. La gente lo acepta porque no está en todos el lograr materializar objetos de la nada. No es de todos poder caminar a unos centímetros por encima de la tierra. Realizar algún gesto extravagante e inexplicable aparentemente. No es de todos, pero aquellos que se convierten en hijos de Satanás sabéis hacer estas cosas.

Sai Baba nació el 23 de noviembre de 1926 y murió en abril de 2011. Decía que era un Avatar, una encarnación divina en la tierra bajo apariencias humanas. Afirmaba saber quién había sido en las encarnaciones anteriores, un santo venerado por muchísimos devotos llamado Shirdi Sai y que había muerto 8 años antes de que él naciera. Afirmaba también que sabía quién sería después de su muerte, la cual dijo (pero luego las cosas no fueron así), acaecería a la edad de 96 años. Dijo que 8 años después de su muerte se encarnaría en Prema Sai. Prema, es decir, el amor divino absoluto, se parecerá notablemente a Jesucristo. Fue el maestro y revolucionario Sri Aurobindo el 24 de noviembre de 1926 el siguiente del nacimiento de Sai Baba, el que dijo que había sentido bajar a la tierra una entidad divina encarnada para ayudar al ascenso del hombre. Aurobindo se encerró en un cuarto por el resto de su vida, en total 25 años. No quiso volver a ver a nadie porque decía: «Sai Baba nació con todos los poderes: la omnipresencia, la omnipotencia y la omnisciencia». Sai Baba predicó la no violencia, la verdad y el amor. Sus seguidores piensan aún hoy día que él es una potencia divina. Existen en el mundo miles de lugares de devoción en su honor. Sai Baba se rodeaba de gente que cuanto más tiempo de convivencia pasaba con él, tanto más se encontraba en problemas y evidentemente poseída. Todos esperaban que él los curara pero nadie fue sanado de veras.

Sai Baba fue el hijo primogénito de Satanás, de eso no tengo la menor duda. Hablaba bien de todos, de Jesús en particular, pero solo había un Dios: él solamente. Esto era lo que pensaba de sí. Ayudaba con importantes donaciones a los hospitales de las aldeas indias, aparentemente hacía el bien porque el diablo es sumamente astuto. Muchos turistas italianos, en especial mujeres, cayeron en su red.

Liberar a Anita fue difícil.

—Escupe, escúpelo todo -le decía durante los exorcismos.- Debes escupir todos los polvos. De lo contrario, no te liberarás nunca.

Necesitó años para vomitar ese polvo que había ingerido en la India. Se requirieron años pero luego fue liberada. Fui yo quien le dije por qué motivo logró liberarse. Porque la parte buena de su alma prevaleció sobre la mala. ¿Y por qué prevaleció? Por una razón muy sencilla que la misma Anita ignoraba. Apenas nació Anita, vinieron a visitarla al hospital las religiosas de san Vicente de Paúl, hermanas que entre otras cosas ayudaban a

las familias en dificultades. Estas hermanas la consagraron a la santísima Virgen con una oración sencilla y ágil.

—¿Sabes qué te salvó de Sai Baba y de la destrucción eterna de Satanás, querida Anita? -le pregunté el día del último exorcismo.

—No, padre, dígamelo usted.

—Te salvó la Virgen, a la cual las religiosas de san Vicente, sin que tú lo supieras, te consagraron cuando todavía eras una recién nacida.

Obviamente, el satanismo no se difunde solamente en el mundo a través de las sectas o grupos como los de los seguidores de Sai Baba. Existen también otras modalidades gracias a las cuales se expande. Una de estas es el rock satánico. No quiero aquí ser manipulado. No quiero decir en absoluto que todo el rock esté pervertido y lleve a Satanás. No es así. En absoluto. Pero el rock satánico existe y es en esta clase de música en la que pienso cuando hablo de otras formas de difusión del satanismo además de las sectas. ¿Qué hace el rock satánico? Predica el nihilismo más absoluto, combate la religión católica y cualquier otro orden social. Enseñar que todo está permitido y que el individuo es Dios. Lleva a odiar a la Iglesia. Y tiene una sola flieta: llevar al hombre a la envega a Satanás por ende, a la autodestrucción.

Muchos jóvenes, gracias a este tipo de música y a las amistades que se establecen entre quienes escuchan esta clase de música, se precipitan a menudo a las tinieblas, a lo oculto.

Pienso en Marilyn Manson, el cantante y artista estadounidense completamente esclavo del diablo. Esclavo de tal manera que llegó a declarar: «El diablo no existe, el satanismo es el arito de uno mismo». «¿De veras?». Solo Satanás puede hacer que un adepto suyo diga semejantes tonterías.

Manson es un esclavo, un hijo del diablo, el cual existe y lo manipula. Es un hombre sin fe. Quisiera poner en guardia a todos los progenitores acerca de quienes van por ese camino. Y decirles: «Si vuestros hijos escuchan música satánica, vigiladles. Salvadlos para no tener que llorarlos una vez muertos. Si, exactamente así, para no tener que llorarlos muertos». Cuando digo estas cosas no falta alguien que se ríe. En la prensa a menudo se hace mofa de mí por estas declaraciones. Quisiera decirle al que se ríe: ve y habla con los padres de los chicos que hoy ya no existen por haber sido capturados por el torbellino del satanismo. Anda. Reíros en su cara si tenéis valor. Repito. Quisiera decirles a los padres que tengan hijos que escuchan música satánica: salvadlos acompañándolos desde la adolescencia. Educadlos en la fe. Llevadlos a la iglesia también desde pequeños. Aunque lloren y corran por toda la iglesia. Llevadlos vosotros. Es por osmosis como se educa en la fe.

¿Quieren un ejemplo de cómo el rock satánico lleva a la muerte? Les cuento una vivencia sucedida en Italia. Es el homicidio de sor María Laura Mainetti a manos de 3 menores de edad de Chiavenna, un pueblecito de la provincia de Sondrio, en junio del 2000.

Es de noche. Hacia las 10 sor María Laura sale del convento donde vive. Una chica de 17 años, Ambra Gianasso, la llama pidiéndole ayuda. Le dice que fue violada y que está encinta. Es una excusa para poder encontrarse con la religiosa en un lugar aislado, el parque de las Marmitte dei Giganti, frecuentado de noche por toxicómanos y prostitutas, y poderla ofrecer así, junto con sus amigas Verónica Pietrobelli y Milena De Giambattista, como sacrificio a Satanás. Según lo confesado después por las chicas, la víctima inicialmente designada habría sido el párroco del pueblo, pero luego fue descartado a causa de su complexión muy robusta. Las 3 muchachas acompañan a la religiosa a lo largo de un sendero poco iluminado, la golpean con una baldosa y la asesinan con 19 puñaladas.

Cuando las 3 jóvenes confiesan, dicen que la hermana ya arrodillada en suelo le pide a Dios que las perdone.

Los medios de comunicación pusieron el acento en el interés de las chicas por el esoterismo y por Marilyn Manson ¿Qué papel pudo haber tenido esta pasión musical en el gesto de las 3 chicas? Es verdad que no puedo decir que la causa que desencadenó el homicidio haya sido una canción de Manson o incluso el mismo Manson. Pero algo sí es cierto. La música satánica es uno de los principales medios de difusión del satanismo entre los jóvenes. Los mensajes de la música satánica logran sin lugar a dudas influir en la mente y en el corazón de los jóvenes. A través de cierto tipo de música los jóvenes tienen la posibilidad de acercarse a temas nuevos. Desconocidos. Fronteras del mal antes inexploradas.

Hoy día se multiplican los cantantes de rock que se inspiran en el diablo. Es una puerta abierta hacia mundos peligrosos. Las palabras de Manson ya citadas: «El diablo no existe, el satanismo es el culto de uno mismo». Y luego: «Satanismo no significa adorar al diablo. Significa que el hombre ha de ser el propio Dios en la tierra», no son más que los no-valores que cierta música está llevando a los jóvenes. Es como un lavado de cerebro que conduce a la nada, a la abominación, la furia homicida, la autodestrucción. El mensaje negativo propuesto por un disco es una semilla peligrosa lanzada al alma de los jóvenes. Almas puras y fáciles de contaminar. En los últimos años el rock satánico se ha vuelto una moda que se expresa a través de las corrientes musicales más extremas. Las cubiertas de los discos están llenas de imágenes blasfemas, y los textos incitan al odio y la violencia frente a los cristianos.

Muchos de estos cantantes están ligados de manera estrecha a las sectas satánicas. Echemos un vistazo a Estados Unidos. Fijémonos en los cantantes King Diamond y Acheron. Colaboran con la Iglesia de Satanás, que se propone como una religión alternativa, perfectamente legal, con mucho de Biblia y mandamientos. ¿Dicha colaboración no significa nada? También Marilyn Manson, hace años, se encontró con Antón La Vey, el fundador de la Iglesia americana de Satanás, y fue ordenado sacerdote. Blanche Barton, un exponente de esta secta, declaró: «Hemos recibido muchas preguntas de parte de muchachos que han comenzado a interesarse por el satanismo gracias a la música y la actitud de Marilyn Manson».

Comprad la revista Flash, dedicada a la música heavy metal y el hard rock. Divulgó en un artículo suyo cómo es la Iglesia americana de Satanás, describiéndola como «la asociación más seria y fiable a la cual pueden dirigirse los amantes y devotos de las teorías ocultas». Luego escribió: «Si pensáis que os puede ayudar el conocimiento del satanismo, y si queréis formar parte de esa gran palestra del pensamiento que es la filosofía satánica, la Iglesia de Satanás os espera». Qué bien. Libres de escribir lo que queramos. Pero, me pregunto: ¿Saben lo que escriben? ¿Saben qué consecuencias pueden tener las palabras que escriben? ¿Saben qué significa proponer a un chico ciertas cosas?

En 1996, un joven de La Spezia, en Italia, profanaba de noche los cementerios. Fue detenido por la policía y, arrepentido, declaró: «Lo siento. Me dejé arrastrar por la música black metal, que sigo desde hace más de 10 años. En especial los textos de algunos grupos noruegos y suecos, entre ellos los Mayhem, los Darkthrone y los Marduk. Me han condicionado hasta tal punto que repetía como un autómatas lo que ellos contaban en las canciones. Esa música, que escuchaba hasta 10 horas al día, me poseía hasta el punto de no darme cuenta de la gravedad de mis gestos». Después, Danielle Murgia, inspector de la comisaría de La Spezia, quien tuvo a cargo la operación, dijo: «El hilo conductor que ligaba a estas personas en su culto al mal era la música black metal. Sus contactos se llevaban a cabo tanto a nivel personal como en los conciertos de rock satánico».

Además del rock satánico existen también muchas imágenes que arruinan el alma, sobre todo la de los más pequeños. Por ejemplo, hay muchos cómics que alaban a Satanás. También ellos dejan una marca, una herida en el alma. Y la televisión. No siempre las imágenes ayudan. Por el contrario, a menudo inculcan en los más pequeños la idea de que se es feliz en la vida solo gracias al dinero, al sexo y al poder. Dinero, sexo, poder: los 3 ídolos que Satanás más quiere.

Y también está Internet. Alguna vez introduje en un programa de búsqueda la palabra «Satanás». Salió una instrucción completa sobre cómo seguir a Satanás, cómo entrar en una secta satánica, cómo dilapidar en la nada la propia vida.

Este es el punto. Internet ha hecho más accesible que en el pasado las informaciones sobre el satanismo. Con un simple click se pueden encontrar sectas satánicas y uno se puede poner en contacto con ellas. El riesgo es especialmente grande para los jóvenes con dificultades o que son emotivamente frágiles. Si un adolescente que está viviendo una situación de malestar acude a Internet para buscar respuestas y ayuda para dichas molestias, puede caer con extrema facilidad en estas sectas. Para él puede ser el principio del fin. Está lleno de gente que, aun por simple curiosidad, accede a filmaciones que hubiera sido mejor no haberlas visto jamás. Acceden a ello y Satanás actúa. Basta poco. Satanás, con una simple película, puede arrojar en el corazón de una persona una mala semilla. No se puede generalizar, pero de verdad puede ser el principio del fin. El inicio de un torbellino que cada vez lleva más y más lejos. A veces Satanás entra en la vida de la gente de manera discreta, de modo casi intangible. Pero luego, un poco más cada vez, gana terreno, hasta que llega a la conquista total del alma. Cuanto más terreno conquista tanto más difícil es huir de él. La Red no es el mal absoluto. Pero en la Red, desafortunadamente, el mal absoluto está presente. Y actúa. Y hay quien se deja seducir.

¿Qué es Internet? En gran parte, un mundo sin Dios. Y en un mundo sin Dios, ¿quién es el rey? Satanás. No por casualidad y sobre todo donde no está Dios, Satanás tiene plena libertad. Como está en parte del mundo de Internet, así también está en parte del mundo real. Donde no está Dios, reina el demonio. Reina y posee a la gente. Entre dicha gente son muchísimos los poseídos no bautizados. Son muchos los fieles poseídos que pertenecen a las más diversas religiones: judíos, musulmanes, hindúes y también protestantes y ortodoxos, además naturalmente de los que no creen en nada, que carecen de alguna fe.

Muchos de estos fieles vienen a mí.

Alí, 34 años, de la fe hindú, es uno de estos.

—Padre, ayúdeme.

—¿Por qué quieres ser ayudado?

—Padre, estoy poseído. Lo siento dentro de mí.

—¿Qué sientes?

—Algo maléfico.

—¿Tú crees?

—Soy hindú.

—¿Alguna vez has oído hablar de Jesucristo? —Sí, pero no sé mucho sobre él.

—No me interesa que lo sepas todo sobre él. Si Dios quiere, algún día tú también podrás encontrar a su Hijo, Jesucristo. Pero tal vez no. Lo que me interesa es algo diferente. Y es que sepas que, si de verdad estás poseído, los exorcismos que te haga los haré en nombre de Jesucristo. Es él quien libera, no yo. Yo solo soy un medio. El lo hace todo.

—Yo no creo en Cristo, yo...

—No te estoy pidiendo que creas en Jesucristo. Solo te pido que sepas. Que sepas que es Cristo quien libera, si alguna vez llegamos a dicha liberación.

Diálogos como este con Alí he tenido muchísimos. Cada vez más recibo gente que no es católica. A nadie le pido que se convierta. La conversión es un don de Dios. Solo pido que sepa que es El quien libera. El que libera se llama Jesucristo. Yo libero en el nombre de Cristo. Al mismo tiempo, pido que se sepa quién es aquel del cual es liberado, Satanás, el ángel más bello del cielo que en un tiempo sin tiempo se rebeló contra Dios y fue precipitado por siempre en el infierno.

Pido que se crea en estas 2 verdades. Muchos me escuchan. Otros no. Por lo demás no hay por qué extrañarse demasiado: incluso en la Iglesia católica hay quienes no creen en la existencia de Satanás. Muchos de estos, me duele decirlo, son obispos y cardenales. Con un cardenal, en particular, tuve un encuentro que difícilmente llegaré a olvidar. Trataba de encontrar certezas. Encontré algo muy diferente.

Cierto día un cardenal me dijo:

«Los dos sabemos que Satanás no existe»

—Buenos días, eminencia, soy el padre Gabriel Amorth. Soy sacerdote paulino. Vivo en Roma. Soy también el exorcista oficial de la...

—Sé quién es usted. He oído hablar de usted. Por favor, ¿qué desea?

—Necesitaría dialogar con su eminencia.

—¿Con qué fin?

—Pues bien, he formado una asociación de exorcistas. Nos reunimos en Roma para debatir y ayudarnos. Ha de saber que en el mundo somos en realidad muy pocos.

—Escuche, Ahora no tengo tiempo. Sí quiere puede venir a mi casa mañana. Así me dice lo que desea. Hasta luego.

El cardenal da por terminada la conversación telefónica de manera más bien brusca. O al menos así me lo parece, Algo me dice que no le soy simpático. Intuyo el motivo de esto. Pero sigo queriendo encontrarme con él.

Al día siguiente me hago anunciar en su casa a la hora señalada.

Un curita muy educado entra en un salón en el fondo de un corredor. Sale pocos momentos después sin mirarme. Viene hacia mí. Entra en otro salón sin decirme nada.

—¡Adelante!-grita una voz ronca que imagino proviene del salón al fondo del pasillo. Entro.

Su eminencia está sentado en una butaca. Delante de él tiene encendido un televisor. En la mano tiene el mando. Me hace señas de sentarme en una butaca al lado de la televisión. Después de sentarme, apaga la tele.

—Usted quería verme. Pues aquí estoy. Cuénteme.

—Bueno, eminencia. Deseaba informarle sobre el hecho de que, en calidad de exorcista de la diócesis de Roma, he pensado convocar una pequeña asamblea de exorcistas. Somos pocos en el mundo y poquísimos en Italia. He pensado que vernos nos podrá ayudar. Es un «oficio» difícil. Así que he venido aquí solo para informarle acerca de esta iniciativa.

—Pero debe informar a Ruini (el cardenal Camillo Ruini es, en el momento en el que tiene lugar esta conversación, todavía el obispo vicario para la diócesis de Roma, el sucesor del cardenal Ugo Poletti, N.d.R.), no a mí. Yo dirijo una oficina vaticana que en el papel podría tener competencia en esta materia, pero solo en el papel. El que debe ser informado es Ruini.

—Eminencia, Ruini ya ha sido informado. Le he escrito personalmente. Me parece conveniente informarle también a usted...

—Sí, sí, claro está. Ha hecho bien. Pero en cuanto a esta historia del diablo...

—¿Cómo, perdone?

—Digo que... Usted hace el oficio de exorcista, pero los dos sabemos que Satanás no

existe, ¿verdad?

—¿Qué quiere decir con «sabemos que no existe»?

—Padre Amorth. Por favor. Usted sabe mejor que yo que todo esto es una superstición. ¿No me querrá hacer creer que usted lo cree de veras?

—Eminencia, me asombra oír estas palabras de una personalidad tan importante como usted.

—¿Le asombra? Pero, ¿por qué? ¡No me venga a decir que usted de verdad cree en eso?

—Yo creo que Satanás existe.

—¿De veras? Yo no. Y espero que nadie lo crea. Difundir ciertos temores no es bueno...

—Pues, sí, eminencia, no tiene que decírmelo. Mas bien, si me lo permite, le sugeriría algo.

—Dígame.

—Usted debería leer un libro que quizá le pueda ayudar.

—¿Ah sí? ¿Qué libro, padre Amorth.?

—Usted debería leer el Evangelio.

Un silencio glacial reina en la sala. El cardenal me mira seriamente sin responder. De modo que lo acoso.

—Eminencia, es el Evangelio el que habla del demonio. Es el Evangelio el que nos dice que Jesús expulsa los demonios. Y no solo esto, es el Evangelio el que dice que entre los poderes que ha dado a los apóstoles está el de echar a los demonios. ¿Qué desea hacer, eliminar el Evangelio?

—No, pero yo...

—Eminencia, quiero ser franco con usted. La Iglesia comete un pecado grave al no hablar ya del demonio. Las consecuencias de esta actitud son gravísimas. Cristo vino y luchó. ¿Contra quién? Contra Satanás. Y lo venció. Pero él es todavía libre de tentar al mundo. Hoy. Ahora. ¿Y usted qué hace? ¿Me dice que son solo supersticiones? ¿También el Evangelio es entonces solo superstición? ¿Pero cómo puede la Iglesia explicar el mal sin hablar del demonio?

—Padre Amorth, Jesús expulsa a los demonios, es verdad. ¡Pero es solo una manera de hablar para poner en evidencia el poder de Cristo! El Evangelio es una expresión continua de parábolas. Todas son parábolas. Jesús siempre enseñó con parábolas.

—Pero eminencia, cuando Jesús quiere usar una parábola lo dice claramente. El Evangelio dice: «Jesús les contó esta parábola». Mientras que el Evangelio distingue netamente hechos históricos realmente sucedidos, las curaciones, las enseñanzas, los reproches, los exorcismos, diferenciando a estos de las curaciones. Cuando Jesús expulsa a los demonios no se trata de una parábola, sino de una realidad. No combatió contra un fantasma, sino contra una realidad, de lo contrario se hubiera tratado de una farsa. Muchos santos lucharon contra el demonio, muchos santos fueron tentados por el demonio, piense por ejemplo en las experiencias de los padres del desierto, muchos santos realizaron exorcismos. Entonces, ¿todos habrían sido unos falsos, unos neuróticos? ¿Cómo es posible no creer en la existencia de Satanás?

—Está bien, pero aun admitiendo que fueran hechos reales, aun admitiendo que Jesús sacó los demonios, queda el hecho de que Jesús, con su resurrección, lo venció todo y, por lo tanto, venció también al demonio.

—Sí, es verdad, lo venció todo. Pero esta victoria se debe aplicar y ha de ser encarnada en la vida de cada uno de nosotros. Cristo venció, pero su victoria para nosotros debe ser reafirmada día tras día. Nuestra condición de hombres lo impone. La

acción del demonio no fue anulada completamente. El demonio no fue destruido. El Evangelio dice que el demonio existe y que tentó hasta al mismo Cristo. Jesús ha dado las armas, nos las ha dado también a nosotros, para vencerlo. El demonio puede todavía tentarnos, todos podemos ser tentados, como lo demuestra la oración contra el maligno que el mismo Jesús nos enseñó, en el Padrenuestro. Hasta el Vaticano II, al finalizar la misa se decía la oración a san Miguel arcángel, ese pequeño exorcismo compuesto por el papa León XIII y se leía el Prólogo del Evangelio de san Juan precisamente en clave liberadora.

Su Eminencia ya no sabe qué decir. Ni habla ni reacciona. Me levanto, me despido y salgo. Y pienso: ¿Hasta aquí hemos llegado? Y sabiendo que hasta principios del Medievo los exorcistas existían en todas partes. Después, desafortunadamente, algo cambió.

En el primer milenio abundan los grandes padres de la Iglesia que hablan del diablo. Luchan contra él. Lo ven. Por eso hablan de él. Sus testimonios son únicos. Entre los más sugestivos y fuertes están los de los monjes del desierto. Sus batallas contra Satanás tienen un no sé qué de épico.

En Occidente es fuerte la tendencia, en parte debido al derecho romano, a querer regularizarlo todo. Ya a fines del siglo II san Ireneo habla con admiración de los exorcistas como de una categoría aparte, a pesar de que todos pueden pertenecer a ella. En Roma, el papa Cornelio, en una carta suya del 251 es el primero que habla de los exorcistas como de poseedores de un oficio sagrado. Creo que puede considerarse como concluida esta institución del sacramental del exorcismo en el año 416, cuando el papa Inocencio I establece que los exorcismos pueden ser administrados solo después de la autorización episcopal. Esta es la disciplina hasta ahora vigente (con la precisión de que el obispo puede dar la facultad de exorcista solo a los sacerdotes).

Antes del 416, es preciso recordar el 313. Es en ese año cuando el edicto de Constantino hace del cristianismo la religión del estado. La Iglesia, como consecuencia del edicto, corre el gran peligro de secularizarse. Es decir; está en peligro de ver cómo sus propios creyentes se adaptan a los principios del mundo. Todo esto podría tener consecuencias nefastas como la decadencia del compromiso evangélico y el empobrecimiento de los valores de la tradición cristiana.

Nace de aquí la tendencia a buscar nuevos caminos para vivir el Evangelio de una manera más conforme con sus dictámenes. Aparece el monaquismo: fuga del mundo, concentración en sí mismo, en la ascesis y la oración.

Los primeros monjes aparecen en Egipto en el siglo III después de Cristo. Se llaman anacoretas o solitarios. En el siglo IV las 2 primeras grandes figuras: Antonio y Pacomio; el primero es expresión de un monaquismo apartado, eremítico, y el segundo de uno comunitario, cenobítico.

¿Qué tienen en común estos monjes? Muchas cosas, pero sobre todo la lucha contra Satanás. Este es su enemigo. Y lo que los monjes dicen y escriben es el mejor modo de destruirlo. Ojalá hubiera hoy hombres de Iglesia que supieran hablar claro como estos hombres. No los hay, solo unos cuantos, Y la vida de los hombres está bajo una grave amenaza por este motivo.

La pelea, como escribe en varias ocasiones Orígenes, es espiritual. La batalla, como escribe Atanasio al contar la vida de Antonio, es dura y terrible.

El desierto es el lugar que el demonio prefiere para tentar al hombre. ¿Por qué? Porque el desierto es también el lugar querido por Dios para hablar al hombre. El desierto es, pues, un campo de batalla donde el monje trata de luchar y sobre todo de resistir a las tentaciones del diablo. Antonio lo deja todo y se va al desierto, el lugar de Satanás. Este no lo quiere allí. Sabe que Antonio representa para él una poderosa amenaza.

Los hechos que relata pueden ser considerados como pura fantasía. Yo afirmo que son ciertos. El mundo sobrenatural existe y nos acompaña siempre. No solo el mundo de la luz. Sino también el de las tinieblas. Solo el hombre, cuyo espíritu está especialmente entrenado, puede ir más allá del mundo real y ver lo que sucede en el mundo sobrenatural. Solo pocos hombres alcanzan a ver y a vivir dentro de sí la gran batalla que desde siempre se desarrolla en el cielo, la de Dios y Satanás. Los hechos relatados son una confrontación increíble entre Antonio, un joven convertido en monje, y Satanás. Una confrontación muy similar a la que sucede entre un exorcista y Satanás.

Al diablo le da envidia cuando ve cómo vive Antonio. Y así comienza a vigilarlo. Al principio hace de todo para sacarlo de sus ejercicios ascéticos. Lo tienta recordándole los tiempos en que era rico, los momentos de alegría en familia. Después las tentaciones del dinero, la comida, la vanagloria. Dentro de la mente de Antonio empieza a entrar mucho polvo. Pronto se confunde, señal de que Satanás está trabajando bien con él.

De noche, Satanás tienta a Antonio de todas las maneras posibles. De día lo molesta con pensamientos terribles. Satanás inculca en la mente de Antonio toda clase de tentaciones. Antonio lucha con la única arma que tiene, la oración. A las tentaciones sexuales Antonio responde también con el ayuno. La oración y el ayuno pronto se convierten en un muro insuperable para Satanás. Este, de noche, hace que aparezca en la habitación de Antonio una mujer bellísima y sensual. Ella está ahí solo para él. Un bocado exquisito.

Antonio responde con más oración y más ayuno. Arroja lejos de sí los carbones ardientes de la seducción y la tentación.

Una noche Satanás se le aparece bajo el aspecto de un niño de luz. Entra en la habitación de Antonio y habla.

—A muchos he seducido, a muchos he hecho caer. Y muchas otras cosas he realizado. Ahora en cambio he sido debilitado.

Le dice Antonio:

—¿Quién eres tú para hablar así conmigo?

—Yo soy el amigo de la fornicación, yo soy aquel que acosa a los jóvenes y me llamo espíritu de la fornicación, ¡A cuántos he seducido que querían ser púdicos! ¡A cuántos hombres continentales he convencido, alentándolos! Yo soy aquel que con frecuencia te ha molestado y que tantas veces has rechazado.

—Por eso hasta ahora eres muy despreciable. Eres negro de alma y de aspecto y te has demostrado como un débil muchachito. Por lo demás, tú no me importas. El Señor es mi ayuda y despreciaré a mis enemigos.

Tras estas palabras, Satanás, disfrazado de niño, huye.

Antonio se va a vivir entre los sepulcros cerca de la ciudad. Es un lugar que nadie frecuenta. Se encierra en un sepulcro y empieza sus prácticas ascéticas. Satanás lanza un ataque. Manda contra él a una multitud de demonios. Lo golpean ferozmente. Antonio queda en el suelo como muerto. En un estado de semiinconsciencia Antonio se dirige de esta manera a los demonios:

—Aquí me tenéis, soy Antonio. No huyo de vuestros golpes. Aunque siguierais dándomelos, yo no me separaré del amor a Cristo.

Satanás se queda sin palabras. Y lleno de odio. De modo que convoca a sus perros y les dice:

—Veis que no lo hemos podido vencer ni con el espíritu de la fornicación ni con los golpes; todo lo contrario, se ha vuelto más audaz que nosotros. Acerquémonos a él de otra manera.

Los diablos se convierten en bestias feroces y serpientes. Y por la noche atacan el

sepulcro de Antonio. Llegan al sepulcro osos, leones, serpientes, tigres, leopardos y escorpiones. Todos logran golpearlo y morderlo. Antonio está en el suelo. Parece derrotado. Pero su mente está lúcida. Dice:

—Si tenéis tanto poder, bastaría con que hubiera venido uno de vosotros. Pero como el Señor os ha quitado toda fuerza, tratáis de asustarme con el número. Señal de vuestra debilidad es el hecho de asumir el aspecto de bestias y otros animales. Si de veras tenéis fuerza, ¿por qué vaciláis? Venid. Pero si no podéis, ¿por qué me molestáis inútilmente? Nosotros tenemos para darnos fuerza el signo de la cruz y la fe que tenemos en el Señor.

En un instante las fieras desaparecen.

Antonio sale vencedor. Ahora se dirige hacia un monte. Es este su refugio. Un monte, él y Dios. Satanás lo ve. No lo pierde de vista. Y en su camino hace que aparezca un enorme vaso de plata.

Antonio dice:

—¿De dónde viene este vaso en el desierto? Este no es un camino recorrido, ni se ven huellas de viandantes, los cuales habrían prestado atención a esto. Además, es tan grande que nadie hubiera podido pasar por el camino sin verlo. Si después alguien lo hubiera dejado caer, quien lo hubiera perdido habría podido volver a buscarlo y encontrarlo. El lugar está desierto. Todo esto son artimañas del diablo, pero tampoco esta vez tú obstaculizarás mi voluntad. Porque este vaso irá a la perdición junto contigo.

Mientras Antonio pronuncia estas palabras, el vaso desaparece en una nube de humo.

Mucha gente comienza a visitar a Antonio. Sienten de alguna manera que es un hombre de Dios. Y se acercan a él. De noche nadie tiene acceso al lugar donde descansa Antonio. De allí se escuchan gritos.

—¡Aléjate de aquí! Y una vez más:

—¿Qué tienes que ver con el desierto? ¡No puedes soportar más nuestras insidias!

Algunos tratan de acercarse al lugar donde Antonio reposa. Logran mirar dentro pero no ven a nadie. Solo a Antonio descansando.

Cuando los gritos se hacen más fuertes, cuando los ataques se vuelven más feroces, se escucha también fuerte y poderosa la voz de Antonio. Canta:

—Que se levante Dios y sean dispersados sus enemigos, y aquellos que le odian huyan de su presencia. Como desaparece el humo, así desaparezcan ellos. Como la cera se derrite en presencia del fuego, así perezcan los pecadores en la presencia de Dios.

De día, Antonio recibe a mucha gente.

A todos les cuenta estas cosas:

«Con nuestras oraciones, nuestros ayunos, nuestra fe en Cristo, los demonios caen de inmediato. Pero aunque caigan no se quedan quietos. Se acercan de nuevo, astuta y solapadamente. Como no han logrado seducir el corazón mediante el placer, tienden otras trampas y forman imágenes que se transfiguran e imitan a mujeres, bestias, serpientes. Pero no hay que temer estas imágenes. No son nada y pronto se esfuman. A veces fingen predecir el futuro. Ellos no conocen el futuro. Solo Dios lo sabe. Cierta día se acercó a mí un demonio muy alto. Me dice: "Yo soy la potencia de Dios. ¿Qué quieres que te dé?". Por toda respuesta soplé contra él pronunciando el nombre de Cristo. En otra ocasión, mientras ayunaba ese diablo volvió a mí bajo el aspecto de un eremita. Me ofreció pan y me dijo: "Come y abandona estas molestias. Eres un hombre. Si sigues así te debilitarás". Respondí con la oración. Y aquel desapareció. Una vez vino a verme Satanás en persona. "¿Quién eres?", pregunté. "Soy Satanás". "¿Por qué has venido hasta aquí?". "¿Por qué se quejan de mí los cristianos? ¿Por qué se quejan de mí?". "Porque tú los molestas". "No soy yo sino ellos los que se inquietan. Yo me he vuelto débil. Ya no tengo lugar, no tengo saeta,

no tengo ciudad. Los cristianos están en todas partes. Ahora también el desierto está lleno de eremitas. Que piensen en cuidarse a sí mismos y no me maldigan sin razón". "Aunque seas un mentiroso y nunca has dicho la verdad, esta vez sin embargo has dicho lo cierto. Cristo, al venir, te ha hecho débil, te ha atemorizado y desnudado". Cuando escuchó el nombre de Cristo, no resistió y huyó».

Así habla Antonio. La gente sigue yendo a él. Y pronto comienzan también a llevarle endemoniados.

Por lo demás, es lógico: el pueblo intuye que quien más se dedique a la oración y al ayuno, más preparado está para hacer exorcismos.

Este es el motivo por el que aún hoy, en la Iglesia ortodoxa, para buscar un exorcista basta dirigirse a un monasterio; administrar exorcismos es considerado un carisma y, como lo afirman las Constituciones Apostólicas del 380, «se llega a ser exorcista no por una orden sagrada, sino por decisión personal, buena voluntad, fortaleza de ánimo y gracia».

Entre los endemoniados que le llevan a Antonio hay un hombre ilustre. Está poseído de manera terrible. Se come los dedos. Se golpea. De noche lo dejan cerca de Antonio, que reza por él. Por la mañana, el endemoniado lo agrade. Antonio dice:

—No es él quien hace estas cosas. Sino el demonio que está en él. Como le he ordenado que se vaya a lugares áridos, se ha enfurecido y obra así. Glorifico por lo tanto al Señor. El hecho de haberme agredido es señal de que el demonio se está yendo.

Y en efecto, el hombre de repente se cura. Ahora está libre.

Antonio, como los apóstoles, expulsa a los demonios.

Antonio, como muchos en el primer milenio de la era cristiana, habla de Satanás y pone en guardia contra él. Porque Antonio, como muchos, cree en la existencia de Satanás.

No es así en el segundo milenio ni en nuestros días. Parece que Satanás no exista ya. Pero no es así. Existe, ¡y de qué manera! Y no creer en Satanás es un hecho gravísimo que tiene consecuencias terribles. Es un pecado del cual son responsables, desafortunadamente, muchos hombres de Iglesia.

Todo empieza en el siglo XII. Un período sumamente triste para la Iglesia. Aparecen las grandes herejías. Europa está trastornada por continuas guerras, muerte y destrucción. De repente, las mujeres con problemas de locura ya no son vistas como locas. Sino que se convierten en hechiceras. Precisamente ellas que más que otras deberían haber sido exorcizadas son llevadas a la hoguera. Europa y todo el mundo están llenos, como en toda época histórica, de endemoniadas. A dichas mujeres hubieran servido los exorcismos. Y en cambio rechazan darles esta «medicina» y se las considera carne para quemar.

En 1252 Inocencio IV autoriza la tortura de los herejes. Mientras que en 1326 Juan XXII autoriza por primera vez la Inquisición contra las brujas.

La locura reina en toda Europa. Llega también la peste negra, de 1340 a 1450. Mueren generaciones enteras. La Iglesia está dividida. El mundo está dividido. Los hermanos se declaran la guerra. Es un período de grandes destrucciones. Son todas estas calamidades juntas las que llevan a la Iglesia a demonizar cualquier cosa. Solo que dicha demonización no Ikva, como hubiera sido lo correcto, a hacer más exorcismos. Ffero sí lleva a la destrucción de vidas inocentes.

Con el tiempo los exorcismos siguen disminuyendo cada vez más hasta el período más negro, el que va desde el siglo XVI al XVII. Es en este período en el que los exorcismos sustancialmente desaparecen. Claro que hay excepciones. Una de estas es el caso de sor Juana Fery. Vive del 1559 al 1620. Ha llevado a cabo varios pactos con el demonio. Pero un prelado culto y capaz, en lugar de enviarla a la hoguera, decide someterla a exorcismos. Se llama monseñor Luis de Beriymont, quien será la salvación de sor Fery. Los exorcismos

Juran un año. Pero luego es liberada.

No todos los obispos, sin embargo, tienen la previsión de Beriyont. Entre estos san Carlos Borromeo. Un gran santo pero que, en lo referente a brujas, sigue el sentir común. La caza de brujas se difunde pronto, sobre todo en los en los que el protestantismo es fuerte. En Roma, en efecto, los casos de quema de brujas son reducidos al mínimo. Lo mismo en Irlanda y España.

De repente, en el siglo XVIII todo cesa. Ya no se persigue a las brujas. Pero, al ser abandonados los exorcismos por varias décadas, nadie los hace ya. El mundo está prácticamente desprovisto de exorcistas. El diablo no existe ya para nadie. Es un fantoche, un muñeco. Aún hoy día es considerado así con frecuencia, teniendo consecuencias terribles para todos.

Del siglo XVIII en adelante se niega toda existencia del demonio, ¿De quién es la culpa? Sin duda alguna de la cultura laica, del ateísmo predicado a las masas, del racionalismo del mundo científico y cultural. El resultado es esa pérdida de fe que seguimos viviendo hasta ahora y, junto con esto, el crecimiento de toda forma de superstición y la expansión de toda clase de ocultismo.

La Iglesia católica es víctima de esta imponente influencia. Tanto que, en ella, los exorcistas casi han desaparecido desde hace 3 siglos. Claro que siempre ha existido uno que otro exorcista. Pero, en general, su número ha disminuido drásticamente hasta acercarse de manera sustancial a casi cero. Sin exorcistas, ¿quién ha obtenido ventaja? Satanás y su furia homicida.

Desde hace décadas, ni en los seminarios ni en las universidades eclesiásticas se estudia ya esa parte de la Teología dogmática que, al hablar de Dios Creador, se refiere también a los ángeles, a su prueba, a la rebelión de los demonios; de modo que en los estudios los demonios ya no existen. Nó se estudia ya (o casi) la Teología espiritual, que trata de la acción ordinaria del demonio, la tentación, y de su acción extraordinaria, la posesión y los maleficios; trata por lo tanto también de los remedios, entre los que están los exorcismos. Como consecuencia, ya no se cree en los exorcismos, confirmados en esta incredulidad por el hecho de no haberlos nunca hecho ni visto. Ya no se estudia, en Teología moral, esa parte que se refiere a ciertos pecados contra el primer mandamiento: la magia, la nigromancia, el espiritismo, es decir, las formas de superstición más condenadas por la Biblia y hoy muy difundidas. Por lo cual no se ha instruido al pueblo de Dios que, cuando habla el sacerdote de estas materias, se encuentra casi siempre frente a un mundo de ignorancia e incomprensión.

¿Qué les costaría a las facultades eclesiásticas incluir textos dedicados a las luchas espirituales de santa Teresita del Niño Jesús, santa Teresa de Avila, san Juan de la Cruz? ¿Qué les costaría afrontar, texto en mano, las batallas de los grandes padres del Oriente cristiano contra el demonio? No costaría nada, pero nadie piensa en ello como si las demás materias fueran más importantes. Ciertamente son importantes, no lo niego, pero es también importante conocer la otra parte del cielo, esa que es negra, la que arrastra a la eterna condenación.

Si a estas 2 grandes carencias, de estudio y de experiencia directa, añadimos los errores doctrinales de tantos teólogos o biblistas que llegan incluso a negar los exorcismos del Evangelio, considerándolos «lenguaje cultural», «adaptación a la mentalidad de la época», entendemos bien en qué abismo nos encontramos. Es verdad que contra estos errores se ha levantado la voz de los Pontífices, sobre todo de Pablo VI y Juan Pablo II, y hoy también la voz de Benedicto XVI; es verdad que la Congregación para la Doctrina de la Fe publicó el 26 de junio de 1975, incluyéndolo en los documentos oficiales de la Santa Sede, un documento dedicado a la demonología, pero todo esto no basta. La incredulidad

acerca de la existencia de Satanás se ha difundido y no le permite a la gente defenderse del enemigo, salvarse de sus garras infernales.

Una gran culpa en la Iglesia católica la tienen los obispos. ¿No les corresponde acaso nombrar en las propias diócesis al menos un exorcista? Sí, a ellos les toca. Pero con frecuencia no hacen nada. ¿Por qué? Porque son ignorantes en la materia. Porque no han estudiado. Porque no creen hasta el fondo lo que está escrito en el Evangelio, pero sobre todo porque, lamento decirlo, no han asistido nunca a un exorcismo. No lo entiendo: a los aspirantes a médico, aunque lleguen o no a ser cirujanos, se les hace asistir a operaciones quirúrgicas. ¿Por qué con los seminaristas las facultades teológicas no adoptan el mismo método? ¿Que los hagan asistir a exorcismos! No importa si después no se convierten en exorcistas. Por lo menos ven y se dan cuenta de lo que es una posesión, de cuánto mal puede hacer el diablo, un mal que puede llevar a la muerte. Es difícil creer en la existencia de Satanás si jamás se ha asistido a un exorcismo. Añado también que este abandono de 3 siglos de la práctica de los exorcismos ha producido el efecto de que a los ojos de muchos los mismos exorcismos parezcan algo abominable, monstruoso, a los que se ha de recurrir absolutamente lo menos que se pueda, o mejor aún si no se hacen nunca.

Hoy en la Iglesia latina encontrar un exorcista es difícil. Solo en Italia se ha hecho algo. La mayoría de las demás naciones, por desgracia, no tienen exorcistas. Por eso la gente busca magos, cartománticos y a menudo satánicos. La Iglesia católica duerme, pero debería saber que Satanás no duerme nunca. Siempre está despierto, vigilante, preparado para atacar.

Dice el concilio Vaticano II, la gran asamblea convocada en 1962 en Roma por el papa Juan XXIII y en la cual participaron los obispos de todo el mundo: «Toda la historia humana está invadida por una lucha tremenda contra las potencias de las tinieblas; lucha comenzada desde los orígenes del mundo y destinada a durar, como dice el Señor, hasta el último día» (*Gaudium et spes*, 37). Y Juan Pablo II dice el 20 de agosto de 1986: «En la victoria de Cristo sobre el diablo participa la Iglesia: Cristo, en efecto, dio a sus discípulos el poder de expulsar a los demonios. La Iglesia ejerce tal poder victorioso mediante la fe en Cristo y la oración que, en casos específicos, puede asumir la forma del exorcismo». «Los que crean en mí, echarán demonios en mi nombre... impondrán las manos sobre los enfermos y los curarán», dice Jesús. Si al menos los sacerdotes creyeran en las palabras del Señor y en el poder que tienen, no se cansarían de bendecir a todas las personas que solo piden una bendición. Creo que muchos males desaparecerían y que un ejército de personas (magos, cartománticos, clarividentes y semejantes) terminaría en un procedimiento de regulación de empleo. Es uno de los objetivos que nosotros, los exorcistas, al menos de manera indirecta, tratamos de obtener

Lo curioso es lo siguiente: que los papas creen en la existencia de Satanás pero, a pesar de esto, no logran que dicha creencia se traduzca en decisiones concretas que valgan para toda la Iglesia. En pocas palabras, no logran convencer a los obispos del mundo sobre la necesidad de nombrar exorcistas. Muchas veces he hablado con los Pontífices de mí «carrera» de exorcista. Muchas veces he sido consultado. A ellos les he recordado siempre a un gran hombre, que también llegó a ser papa. Un hombre que, como Pontífice, tuvo el privilegio de ver el reino de Satanás. Y después se lo contó al mundo, obligando, él sí, a toda la Iglesia a rezar para derrotarlo. Se llamaba Joaquín Pecci.

¿Quién es Joaquín Pecci? Es uno de los Pontífices mis grandes de la historia. Se convirtió en Papa en 1878 y tomó el nombre de León XIII. Antes de Juan Pablo II era él quien ostentaba el récord del 2º pontificado más largo de la historia de la Iglesia después del de su predecesor, Pío IX.

Un día, el 13 de octubre de 1884, León XIII asiste a una misa. Siempre, en efecto,

después de haber celebrado una misa, asiste a otra. Es una misa de acción de gracias.

En un preciso momento aquellos que se encuentran a su lado ven que levanta la cabeza hacia arriba. Mira fijamente éamnt de sí amo sí estuviera en trance. ¿Qué está viendo? Su rostro cambia de color. Se enrojece. León XIII parece asustado. Por momentos incluso aterrorizado, como si se encontrara en un mundo monstruoso,

Poco a poco, como sí no hubiera pasado nada, se levanta

Y se dirige rápidamente hacia su despacho.

—¿Santidad, no se encuentra bien? ¿Ha pasado algo? -le preguntan sus secretarios a cual más asustados.

—Nada. Nada. Déjenme solo. No ha pasado nada.

En realidad, algo había sucedido. León XIII, en efecto, se sienta en su despacho y se sumerge en momentos de profunda e intensa escritura. Escribe. Escribe sin detenerse.

Poco después llama a uno de sus colaboradores, el secretario de un «ministerio» de la curia romana, la Congregación de ritos. Sin decirle nada le entrega una hoja.

—Mándalo imprimir y difúndelo por toda la Iglesia -le ordena.

El secretario sale del despacho, abre la hoja y lee estas palabras que lo trastornan. Es una oración a san Miguel arcángel, el que en el texto sagrado defiende la fe en Dios contra los ataques de Satanás:

«San Miguel arcángel, defiéndenos en la batalla; contra la maldad y las acechanzas del demonio sé nuestra ayuda. Te dirigimos estas súplicas: ¡Que el Señor lo encadene! Y tú, príncipe de las milicias celestiales, con el poder que te viene de Dios, arroja en el infierno a Satanás y a todos los espíritus malignos, que para la perdición de las almas andan por el mundo. Amén».

¿Por qué esta oración?

Por la visión que tuvo poco antes. Es una visión que tiene que ver con el futuro de la Iglesia. Un período de unos cien años futuros cuando el poder de Satanás alcanzaría su culmen. ¡Cien años! ¡En esencia se trata de nuestra época! León XIII escucha 2 voces: una suave y amable, la otra ronca y áspera. Le parece que estas voces provienen del tabernáculo. De inmediato comprende que la voz suave y amable es la de Jesucristo mientras que la ronca y áspera es la de Satanás.

Satanás afirma con orgullo que puede destruir la Iglesia, pero para hacer esto pide más tiempo y más poder.

Jesús, de manera misteriosa, acepta la petición y le pregunta de cuánto tiempo y de cuánto poder tiene necesidad. Satanás responde que necesita unos cien años y un mayor poder sobre aquellos que se han puesto a su servicio.

Jesús concede a Satanás el tiempo y el poder que solicita, dándole plena libertad de disponer como quiera: pero no destruirá la Iglesia.

León XIII permanece de tal manera impresionado por esta experiencia que escribe una oración en honor de san Miguel por la protección de la Iglesia. Es la plegaria que entrega a su secretario y, mediante él, a toda la Iglesia.

El Papa desea que esta oración sea recitada al final de cada misa. Dicha disposición fue cumplida hasta los años sesenta, cuando, con la reforma de la misa llevada a cabo por el concilio Vaticano II, la oración fue definitivamente suprimida de la liturgia. Volveremos sobre el significado de esta oración. Volveremos a nuestros tiempos, días en los que Satanás siente disminuir la libertad que le fue concedida por Cristo y por lo mismo trata, con fuerza inaudita, de destruir la Iglesia y el mundo. Estamos en la batalla final y de ella tendremos que hablar. Pero antes detengámonos un instante. ¿En dónde? En el Vaticano.

Satanás en el Vaticano

Los endemoniados de Benedicto XVI y Juan Pablo II.

Nota sobre el caso Orlandi

Sobre la incredulidad del Vaticano acerca de la existencia de Satanás tuve una demostración al tener que tratar con una comisión de cardenales encargada de reescribir el ritual de los exorcistas.

El concilio Vaticano II había dispuesto al término de sus trabajos que se actualizaran todos los textos litúrgicos. Desafortunadamente en esta obra de actualización prevaleció a menudo una búsqueda de novedad, por lo que en vez de renovar se pensó en acabar con los antiguos textos y hacerlo todo de nuevo. Una acción a menudo perversa porque se partió del presupuesto de que lo antiguo siempre estaba equivocado. ¡Qué locura!

El último texto que cayó en manos de los «innovadores» fue el ritual para los exorcistas, es decir, el texto que un exorcista sigue cuando debe realizar un exorcismo. Yo, junto con otros exorcistas, me había preparado pensando que pronto sería consultado por esta comisión. En cambio nada sucedió. Por el contrario, y con sorpresa, el 4 de junio de 1990 apareció un nuevo ritual «ad interim», sin que ninguno de nosotros hubiéramos sido consultados, ni de viva voz ni por teléfono.

Algo mal hecho. Un texto provisional se puede siempre reformar, pensamos. Tanto más cuando al principio este nuevo ritual fue distribuido para que lo experimentaran los exorcistas, de los que el Vaticano debería haber tenido en cuenta las observaciones. En esencia, según los acuerdos, los exorcistas debían probar «en el campo» este nuevo ritual, después debían transmitir las propias observaciones al obispo de la respectiva diócesis, el cual se apresuraría a transmitir las a la conferencia episcopal, y esta finalmente a la Congregación para el Culto Divino, el «ministerio» de la Santa Sede responsable de la renovación del texto. En realidad ese recorrido tan tortuoso resultó ser una trampa. El cardenal Eduardo Martínez Solano, desde 1988 prefecto del Culto divino, dijo. «Dentro de 2 años las conferencias episcopales de todo el mundo están encargadas de enviarnos un informe sobre el uso del nuevo ritual, así como eventuales consejos y sugerencias presentados por los sacerdotes que hayan hecho uso de él». En realidad nada de esto sucedió. Principalmente por la tortuosidad del recorrido -de los exorcistas a los obispos, de estos a la Conferencia episcopal y luego a la Congregación del Culto Divino-, al Vaticano no llegó ninguna observación. Ninguna.

Nosotros los exorcistas hubiéramos tenido mucho que decir. La lectura y la prueba del nuevo ritual fueron en efecto para nosotros absolutamente desastrosas. Se hacía demasiado evidente que el nuevo ritual había sido preparado por personas que nunca habían hecho exorcismos en su vida y que nunca habían asistido a ellos.

Así que nosotros los exorcistas decidimos reunirnos en asamblea para decidir qué hacer. Nos encontramos dieciocho, provenientes de diversos países del mundo, entre los más veteranos exorcistas existentes. Discutimos ese texto provisional y decidimos escribir una larga relación que llamamos «las observaciones de los dieciocho». Entregamos nuestras observaciones a la Conferencia episcopal italiana, a la Congregación para el Culto Divino y se le presentó de manera directa una copia al papa Juan Pablo II, quien

ante nuestros ojos la tomó y nos lo agradeció.

Pasaron meses y un día fue dada la noticia de la salida del texto definitivo del nuevo ritual, publicado en latín con fecha del 22 de noviembre de 1998. La traducción italiana, a cargo de la Conferencia episcopal italiana, vio la luz el 25 de noviembre de 2001.

Nuestra desilusión fue grandísima. El texto definitivo, para sorpresa nuestra, calcaba esencialmente la edición «ad interim», pero con la adición de errores macroscópicos. Por ejemplo, el texto prohibía hacer uso de los exorcismos en los casos de maleficio, casos que son causa en más del 90 % de problemas diabólicos. Y también el texto prohibía realizar exorcismos si no se tenía la certeza de la presencia del demonio. Algo absurdo. ¡Es solo haciendo exorcismos como se tiene la certeza de si se trata de posesión o no! Además, estos mismos textos no se dieron cuenta de que contradecían al Catecismo de la Iglesia católica, donde se afirma que los exorcismos se hacen en caso de posesión y en caso de trastornos causados por el demonio. En dichos trastornos nunca está la posesión, no está nunca la presencia del demonio dentro del cuerpo de las personas, como no está cuando se exorcizan los animales, las casas o los objetos.

¿Para qué sirvieron, entonces, «las observaciones de los dieciocho»?

Sirvieron solo para el desprecio. Siento decirlo, pero lo tengo que hacer: solo sirvieron para el desprecio.

El secretario de la Congregación para el Culto Divino afirmó, delante de la comisión de cardenales encargada de redactar este nuevo texto, que los únicos interlocutores debían ser los obispos y no los sacerdotes o los exorcistas. Y añadió: «Se debe tomar nota del fenómeno de un grupo de exorcistas y también demonólogos, los que enseguida se constituyeron en Asociación internacional, que orquestaban una campaña contra el rito». Éramos nosotros. Eramos nosotros, los dieciocho.

Fue una acusación indecente.

Nosotros los exorcistas solo habíamos querido hacer observaciones después de haber usado el ritual «ad interim» y de haber experimentado en muchas partes su total ineficacia. Habíamos creído en la Lumen gentium, la constitución dogmática sobre la Iglesia proveniente de las labores del concilio Vaticano II, que dice: Conforme a la ciencia, la competencia y el prestigio que poseen, tienen la facultad, más aún, a veces el deber, de exponer su parecer acerca de los asuntos concernientes al bien de la Iglesia. (n.37).

Nosotros creímos en la Lumen Gentium, pero no hicieron lo mismo en el Vaticano. No me parece que en el Vaticano haya sido recibida por todos.

Por fortuna, in extremis, el cardenal Jorge Arturo Medina Estévez, que en 1996 se convirtió en el prefecto de la Congregación para el Culto Divino, logró en el último momento insertar una notificación especial en la que se les concedía a los exorcistas servirse todavía del antiguo ritual tras solicitud al obispo. Fue nuestra salvación. Todos podemos seguir exorcizando con el antiguo ritual, en mi opinión el único eficaz contra el demonio.

Sin embargo, debo decir una cosa más. Y esto tiene que ver con Joseph Ratzinger. El actual Pontífice era en la época de la redacción del Ritual ad interim uno de los miembros de la comisión cardenalicia encargada de escribir el texto. Él fue el único que investigó y escuchó nuestro parecer, el de los exorcistas, aunque después, desafortunadamente, tal parecer no fuera compartido por sus otros colegas.

Es una mañana de mayo del año 2009. Joseph Ratzinger es Papa y desde hace 4 años. En el curso de su pontificado ha hablado muchas veces de Satanás. Entiendo que para él el demonio es un espíritu que existe, que lucha y actúa contra la Iglesia. Y contra él. De lo contrario no se explicarían frases como estas:

«Para quienes siguen pecando sin mostrar ninguna forma de arrepentimiento, la perspectiva es la condenación eterna, el infierno, porque el apego al pecado puede conducirnos al fracaso de nuestra existencia. Es el trágico destino que espera a quien vive en el pecado sin invocar a Dios. Solo el perdón divino nos da la fuerza de resistir al mal y no pecar más.. Jesús vino a decirnos que nos quiere a todos en el paraíso y que el infierno, del cual poco se habla en este tiempo nuestro, existe y es eterno para cuantos cierran el corazón a su amor».

Y aún más:

«Hoy comprobamos con dolor nuevamente que a Satanás le ha sido concedido pasar por el crisol a los discípulos de manera visible delante de todo el mundo, Y sabemos que Jesús reza por la fe de Pedro y de sus sucesores. Sabemos que Pedro, a través de las aguas agitadas de la historia, va al encuentro del Señor y está en peligro de hundirse, pero siempre es sostenido de nuevo por la mano del Señor y guiado sobre las aguas».

Hace calor en la plaza de San Pedro. La primavera ya ha llegado. El sol cae sobre la plaza donde una multitud de fieles espera al Papa. Es miércoles, el día de la audiencia general. Los fieles han llegado de todo el mundo.

Por el fondo de la plaza entra un pequeño grupo de cuatro personas. Dos mujeres y dos muchachos. Las mujeres son mis dos asistentes. Me ayudan durante los exorcismos, rezan por mí y por los poseídos y asisten dentro de sus posibilidades a los poseídos en su largo y difícil trayecto de liberación.

Los dos jóvenes son dos poseídos. Nadie lo sabe. Lo saben solo ellos y las dos mujeres que los «escoltan».

Ese miércoles las mujeres deciden llevar a los dos a la audiencia del Papa porque piensan que les puede ser útil. No es un misterio que muchos gestos y palabras del Papa hacen enfurecer a Satanás. No es un misterio que incluso la sola presencia del Papa inquieta y en cierto modo ayuda a los poseídos en su batalla contra aquel que los posee.

Los cuatro se acercan hacia las barreras divisorias que están -n la proximidad del «palco» desde donde Benedicto XVI dentro de poco es invitado a hablar. Los guardias suizos los Atienen. No tienen autorización para seguir más adelante. Las 2 mujeres insisten. Es importante para ellas lograr llevar a los 2 poseídos lo más cerca posible del Papa. Los guardias suizos no admiten excepciones y les exigen alejarse. Así que una de las 2 mujeres finge sentirse mal. La representación hace efecto. A los 4 se les hace traspasar las barreras, se les acomoda en los puestos reservados a las personas incapacitadas

—¿Han visto, Giovanni y Marco? preguntan las 2 mujeres a los poseídos-. Lo logramos. Dentro de poco llegará el Papa y nosotros estamos aquí cerca de él.

Los dos no hablan. Están extrañamente callados. Es como si aquellos que los poseen (se trata de 2 demonios diferentes) estuvieran comenzando a entender que dentro de poco llegará a la plaza.

Suenan las 10. Del arco de las campanas, el portón al lado de la basílica vaticana, sale un jeep blanco. En él van 3 hombres. Un guía, el Papa de pie y, sentado a su lado, su secretario particular, monseñor Georg Ganswein.

Las 2 mujeres se vuelven hacia Giovanni y Marco. Instintivamente los sostienen con los brazos. Los dos, en efecto, empiezan a comportarse de manera extraña. Giovanni tiembla y rechina los dientes. Las 2 mujeres comprenden que alguien está comenzando a actuar en el cuerpo de Giovanni y de Marco. Alguien que con el paso de los minutos se muestra cada vez más agitado.

—Giovanni, mantén el control de tí mismo -le dice una de las 2 mujeres.

—Mantén el control, Giovanni. No te dejes ganar. Reacciona. Mantén el control.

La otra mujer le dice lo mismo a Marco. Giovanni no parece escuchar las palabras de

la mujer. Excepto cuando, de repente, se vuelve y le dice con una lenta que parece venir no se sabe de qué mundo:

—Yo no soy Giovanni.

La mujer no dice nada más. Sabe que con el diablo solo un exorcista puede hablar. Si ella lo hiciera sería muy peligroso. De modo que permanece en silencio y se limita a sostener el cuerpo de Giovanni, ahora completamente en manos del demonio.

El jeep da una vuelta por toda la plaza. Los 2 poseídos caen al suelo. Se golpean la cabeza en el piso. Los guardias suizos los observan pero no intervienen. ¿Acaso están acostumbrados a escenas parecidas? Tal vez sí. Quizá otras veces hayan asistido a las reacciones de los poseídos delante del Papa.

El jeep cumple un largo recorrido. Luego llega al fondo de la plaza, a pocos metros del portón de la basílica vaticana. El Papa baja del coche y saluda a las personas que están en las primeras filas.

Giovanni y Marco, juntos, empiezan a aullar. Tendidos en el suelo aullan. Aúllan muy fuerte.

—¡Santidad, santidad, aquí estamos! -grita al Papa una de las 2 mujeres tratando de atraer su atención.

Benedicto XVI se gira pero no se acerca. Ve a las 2 mujeres y a los 2 jóvenes en el suelo que gritan, babean, tiemblan, montan en cólera. Ve la mirada de odio de los 2 hombres. Una mirada dirigida contra él.

El Papa no se altera. Mira de lejos. Levanta un brazo y bendice a los 4. Para los 2 poseídos es un shock furibundo. Un latigazo asestado en todo el cuerpo. Tanto que caen 3 metros atrás, tirados en el suelo. Ahora ya no gritan. Pero lloran, lloran y lloran. Gimen durante toda la audiencia. Cuando el Papa se va, vuelven en sí. Vuelven a ser ellos mismos. Y no recuerdan nada.

Satanás teme muchísimo a Benedicto XVI. Sus misas, sus bendiciones, sus palabras, son como poderosos exorcismos. No creo que Benedicto XVI realice exorcismos. O al menos no sabría cómo lo haría. Creo sin embargo que todo su pontificado es un gran exorcismo contra Satanás. Eficaz. Poderoso. Un gran exorcismo que mucho debería enseñarles a los obispos y a los cardenales que no creen. Ellos, de todos modos, tendrán que responder por su incredulidad. No creer y sobre todo no nombrar exorcistas allí donde existe una necesidad explícita es, según mi opinión, un pecado grave, un pecado mortal.

La manera como Benedicto XVI vive la liturgia. Su respeto a las reglas. Su rigor. Su postura, son eficacísimos contra Satanás. La liturgia celebrada por el Pontífice es poderosa. Satanás es herido cada vez que el Papa celebra la eucaristía.

Mucho ha debido temer Satanás la elección de Ratzinger al solio de Pedro. Porque vería en él la continuación de la gran batalla que contra él llevó a cabo durante 26 años y medio su predecesor, Juan Pablo II. El Papa que sí realizaba exorcismos.

Se sabe que Wojtyla hizo diversos exorcismos en el Vaticano. Por primera vez el 27 de marzo de 1982. El entonces obispo de Spoleto, Ottorino Alberti, le lleva una joven, Francesca Fabrizi, quien al verlo se pone a gritar, a rodar por el suelo, indiferente a que el Papa le ordena varias veces al diablo que salga de ella. De repente se calma solo cuando Juan Pablo II le dice:

—Mañana celebraré misa por ti.

Algunos años después la mujer vuelve a ver al Papa con su esposo, tranquila y feliz, esperando un niño.

—No había visto nunca algo parecido -le confía el Papa al prefecto de su casa, el

cardenal Jacques Martin-. Una verdadera escena bíblica.

Otro testigo, que confirma lo sucedido, es el padre Baldino, párroco de la iglesia de Santa Assunta di Cesi.

—La endemoniada tiene 22 años —dice-. Es un caso sumamente difícil y desesperado. Cuando experimenta el exorcismo del Pontífice se aplaca. Hoy Francesca es feliz. Se casó. Ya no vive en Cesi. Tiene 2 niños muy hermosos.

Pero el exorcismo más duro hecho por Wojtyla creo que fue el realizado sobre Sabrina. Es una joven que no reside en el Lazio. Viene todos los miércoles a Roma para hacerse exorcizar por mí. Un miércoles decide ir a la Plaza de San Pedro y participar en la audiencia del Papa. Cuando Juan Pablo II llega a la plaza empieza a gritar. Deben sujetarla entre 10. Quiere arrojarse contra el Papa. Su rostro está lleno de odio. Babea. Blasfema. Le tiembla el cuerpo. Es una fiera lista para asaltar.

La audiencia termina y los que acompañan a Sabrina están agotados. El Papa se da cuenta de esta mujer durante la audiencia. Oye sus gritos. De modo que se informa sobre quién es y le dice a su secretario, don Stanislaw Dziwísz, que se la traiga.

El coche del Papa regresa del arco de las campanas y se detiene un poco más adelante, al lado de la basílica donde los fieles no pueden ver ni acercarse. A Sabrina se la arrastra hasta allí. Está en trance. Los ojos son dos órbitas blancas. Babea y echa la cabeza hacia atrás. Apenas es llevada ante el Papa, empieza a gritar y temblar.

—No, no, déjame tranquila. Déjame tranquila -grita.

El Papa le hace un exorcismo en ese lugar. La bendice muchas veces. Y luego la deja ir.

Por la tarde Sabrina acude a mí. Comprendo de inmediato que está todavía poseída. La suya, en efecto, es una posesión muy profunda. Arraigada.

Comienzo el exorcismo.

Sabrina está especialmente agitada. No ha debido ser fácil para el demonio enfrentarse al Papa. En efecto, me doy cuenta de inmediato de que está furioso. Quiere demostrar que manda todavía.

Inicio las oraciones y le digo:

—Vete, espíritu inmundo. Vete.

—Vete tú, cura —me responde.

—¿Por qué estás en esta mujer? ¿Por qué te rebelaste contra Dios y te has vuelto un condenado? ¿Por qué? ¡Responde en el nombre de Cristo!

—Me rebelé porque soy el más fuerte. Todos deben adorarme porque soy el más fuerte. Yo soy el Señor.

El diálogo continúa con un crujido y una respuesta durísima. El diablo está enfurecido por el encuentro con el Papa Pero al mismo tiempo se siente fuerte porque el exorcismo

Juan Pablo II no logró derrotarlo. Se siente fuerte y quiere mostrarme ser tal.

Sabrina se levanta de la silla donde estaba sentada.

Se dirige hacia mí. Pasa por mi lado sin mirarme.

Va derecha hacia la pared detrás de mí.

Y horizontalmente, como si fuera la cosa más natural de este mundo, se pone a caminar por la pared en dirección al techo. Camina contra todas las leyes de la gravedad. Es algo natural para ella. Y luego baja como si nada.

Me quedo sin palabras.

Termino el exorcismo.

Sabrina no está libre aun.

Le pregunto:

—Sabrina, ¿qué recuerdas del día de hoy?

—Nada -me responde-. No recuerdo absolutamente nada.

Sabrina viene a verme durante muchos años más. Se necesitará mucho tiempo para liberarla completamente. Pero estoy convencido de que, de alguna manera, el exorcismo hecho por Wojtyla le dejó alguna huella.

En el curso de su largo pontificado Juan Pablo II luchó muchas veces contra Satanás. Y su batalla aún continúa hoy que está muerto.

En efecto, Juan Pablo II está todavía presente hoy durante muchos exorcismos.

Doy un ejemplo. Cierta vez, una poseída me dijo:

—Mientras me exorcizabas vi a tu lado a Juan Pablo II. Tú no te diste cuenta, pero me estaba exorcizando junto contigo

Por las afirmaciones de diversos exorcistas se puede creer que la invocación a Juan Pablo II tiene un impacto devastador sobre el diablo.

Monseñor Andrea Gemma, por ejemplo, en su libro *Confidenze di un esorcista* (Bérgamo 2009) afirma que el maligno, durante los exorcismos, reacciona violentamente a la invocación del nombre de Juan Pablo II, cuyo pontificado, por su misma confesión, lo ha perturbado muchísimo. Durante un exorcismo el diablo habría admitido: «El vejestorio (asi llama a Juan Pablo II) nos ha hecho un daño enorme, pero el que está ahora es peor...». Palabras que confirman también la profunda aversión del maligno a Benedicto XVI.

Una vez Satanás me habló largamente de Juan Pablo II. Aún recuerdo la voz ronca del príncipe de las tinieblas. Me habló poco antes de retirarse de la persona que poseía. Fue como una confesión que quería hacerme antes de que con el poder de Cristo lograra sacarlo. Obviamente sus palabras pueden haber sido una mentira. Pero con todo vale la pena presentarlas porque dicen algo. Se expresó así:

«Odio a Karol Wojtyia. Todos lo odiamos. Wojtyla destruyó mis planes. Yo quería destruir el mundo pero fue él quien hizo que el comunismo se precipitara en Rusia y en el Oriente de Europa antes de que yo tuviera éxito en mi proyecto. Hacía años que países enteros vivían en el terror. Yo los había puesto en un estado de terror permanente. La II Guerra mundial fue una obra maestra mía. Pero lo que le siguió después, el comunismo con sus millones de muertos y sobre todo el hambre y el sufrimiento de poblaciones enteras, fue la guinda final. El polaco contribuyó a la restitución de la luz. Y luego me quitó a muchos jóvenes de las manos. Ya eran míos. Los había iniciado en el mal. Vivían para mí, algunos conscientemente, otros sin saberlo. El me los quitó. Por eso lo odio. Y lo odiaré para siempre».

Cuando en un exorcismo se nombra a Juan Pablo II el poseído emite literalmente espuma por la rabia. Creo además que el demonio ha luchado bastante contra la beatificación de Juan Pablo II y luchará aún más contra su canonización. Pero no logrará impedirlo porque Satanás es el gran perdedor mientras que Dios vence siempre.

También cuando se nombra al padre Pío de Pietrelcina el demonio se enloquece, se enfurece y se agita muchísimo. Pero cuando se nombra a Juan Pablo II, Satanás se vuelve aún más brutal, incontrolable. Satanás detesta a Juan Pablo II y a menudo dice: «A ese lo odio con más intensidad que al padre Pío.

También la invocación a Pío XII pone furioso al demonio, porque cada Papa es el sucesor de Pedro y, por lo tanto, como jefe de la Iglesia, él es su enemigo principal.

Fray Benigno, exorcista oficial de la diócesis de Palermo, confirma en su libro *Il diavolo esiste, io l'ho incontrato* (Milán 2008) haber obtenido diversas liberaciones por intercesión de Juan Pablo II a partir del día de su muerte. Al apoyar en la cabeza de los poseídos un rosario que había pertenecido a Wojtyla, asiste siempre a violentas reacciones por parte de las personas afectadas por problemas maléficos importantes. Pero junto con

Juan Pablo II está también un nombre de mujer que vuelve especialmente furioso al diablo: se trata de santa Gema Galgani.

Juan Pablo II ha sido fundamental para nosotros los exorcistas. Nos devolvió nuestro puesto en la Iglesia después de que, durante siglos, el olvido había caído sobre nosotros. Y a la Iglesia siempre le decía: «El que en la Iglesia no crea en el demonio, no cree tampoco en el Evangelio».

Wojtyla creía en la existencia de Satanás. Y confiaba totalmente en Cristo. No lo han hecho así y tal vez no lo sigan haciendo algunos en el Vaticano.

No hay pruebas para decir que en el Vaticano esté Satanás, en el sentido de que no hay pruebas para decir que hay personas en el Vaticano que realizan ritos satánicos. Personas que sean voluntariamente esclavas de Satanás y que trabajen para instaurar su reino de oscuridad, muerte y destrucción en este mundo. Yo, al menos, no tengo pruebas.

Pero quiero decir 2 cosas. La primera se refiere a Pablo VI. Es el 29 de junio de 1972. Estamos en la homilía para la fiesta de los santos Pedro y Pablo. Pablo VI se hace oír con esta terrible denuncia:

«Tengo la sensación de que por alguna fisura el humo de Satanás ha entrado en el templo de Dios. Existe la duda, la incertidumbre, la problemática, la inquietud, la insatisfacción, el enfrentamiento. No hay confianza en la Iglesia... Se creía que después del Concilio llegaría un día de sol para la historia de la Iglesia. En cambio, llegó un día de nubes, tempestad, oscuridad, búsqueda, incertidumbre... Creemos en algo preternatural (el diablo) que ha venido al mundo precisamente a turbar y sofocar los frutos del Concilio ecuménico y a impedir que la Iglesia prorrumpiera en el himno de gloria por haber vuelto a tener plenamente la conciencia de sí».

Y el 15 de Noviembre de 1972 durante la audiencia general, dice:

«Una de las mayores necesidades de la Iglesia es la defensa contra ese mal que llamamos demonio. Terrible realidad. Misteriosa y pavorosa... Se sale del marco de las enseñanzas bíblicas y eclesiológicas quien rechaza reconocerla como existente... Es el enemigo número 1, el tentador por excelencia. Sabemos que este ser oscuro y perturbador existe de veras y con una astucia traidora actúa todavía: es el enemigo oculto que siembra errores y desventuras en la historia humana».

Finalmente, el 3 de febrero de 1977, en la audiencia general dice: No es de extrañarse si la Escritura duramente nos amonesta acerca de que "todo el mundo yace bajo el poder del Maligno"». Pablo VI habla con frecuencia del demonio. Y a menudo vincula su figura con la Iglesia. ¿Por qué? Tal vez porque simplemente quiere amonestar a la Iglesia, pedirle que sea prudente, huir de las tentaciones de Satanás. Pero, según mi opinión, hay algo más. Pablo VI de alguna manera se da cuenta de que Satanás está dentro de la Iglesia, incluso quizá dentro del Vaticano. Y dispara las alarmas.

Lo segundo que quiero decir se refiere a un libro. En 1999 salió un libro que se titula *Via col vento in Vaticano*. El autor, anónimo, era un monseñor de la Curia romana. Pronto todos supieron su nombre, Luigi Marinelli. Antes de la publicación del libro Marinelli vino varias veces a verme. Estaba indeciso sobre si publicar o no el libro. ¿Por qué tal indecisión? Porque el libro es una colección de anécdotas picantes. Historias de carreras, arribismos, aventuras amorosas. E inclusive ritos y prácticas poco claras, que se aproximan al satanismo. Claro que todo lo que está escrito en ese libro no es cierto, pero en gran parte sí. Este es mi parecer. Ahora bien, apenas se publicó dicho libro, desapareció de las estanterías de las librerías. El Vaticano hizo comprar toda la edición. Y luego, algo aún más curioso, la salida del escrito causó poquísimo ruido en los periódicos. ¿Por qué? ¿Cómo es posible que revelaciones tan explosivas no hubieran desencadenado el

acostumbrado alboroto de los medios de comunicación? Es difícil responder. Pero hay algo que es cierto: este libro confirma que cuando Pablo VI hablaba de alguna manera de la presencia del demonio en la Iglesia no estaba del todo equivocado. Debía haber sido una alarma para la Iglesia, pero no fue así.

Quisiera, a propósito, poner un ejemplo. Hablar de un acontecimiento relativamente reciente en el cual, a mi parecer, esa parte minoritaria que dentro de los sagrados muros trabaja por el mal y no por el bien puede haber tomado ventaja. Es el asunto que toma el nombre de Emanuela Orlandi.

Emanuela Orlandi es una chica de 15 años, hija de un empleado del Vaticano, precisamente de un empleado que trabaja en la prefectura de la casa pontificia, uno, en fin, que en su trabajo tiene la oportunidad de ver con frecuencia al Papa de cerca. Emanuela es una muchacha brillante y alegre. De manera repentina desaparece el 22 de junio de 1983. Hasta el día de hoy no ha sido encontrada.

Desaparece después de haber ido a clase de música. Emanuela, en efecto, toca la flauta en la iglesia de Sant'Apollinare in Classe donde hay una especie de conservatorio. Según las últimas informaciones recogidas antes de su desaparición, Emanuela sube a un coche negro. Pero no es cierto. Es seguro que a las 19:15 fue vista por última vez por 2 compañeras de colegio, en la vía Rinascimento. Después de lo cual ya no se sabe nada de Emanuela, desaparece. Pocos días después aparecen varios carteles con la foto de Emanuela por toda Roma y con el aviso de que si alguien la hubiera visto en las horas anteriores o siguientes a su desaparición lo hiciera saber.

En los días siguientes, y también en los meses y los años siguientes, se dice de todo respecto a este rapto. La tesis sobre la desaparición de la pobre Emanuela son muchas. No las quiero nombrar. Solo quiero decir qué pienso acerca de esto. Hago presente que no hablo porque esté en conocimiento de los hechos, sino que me limito a decir cuáles son mis sensaciones. Las sensaciones que de inmediato experimenté cuando supe de la desaparición de la joven Emanuela.

Pienso que una chica de 15 años no sube a un coche si no conoce bien a la persona que le pide subir. Creo que sería conveniente indagar dentro y no fuera del Vaticano. O también indagar acerca de las personas que de alguna manera conocían a Emanuela. Porque según mi opinión solo alguien que Emanuela conocía bien pudo haberla inducido a subir a un coche. Con frecuencia las sectas satánicas actúan así: hacen subir a una chica a un coche y luego la hacen desaparecer. El juego es fácil, desafortunadamente. Hacen subir al coche a su presa, la narcotizan con una inyección y luego hacen con esta muchacha lo que desean. Que quede claro, espero que las cosas no hayan sido así. Espero que si de veras, como lo pienso» se trata de sectas satánicas, que al menos fvh»i iccta no tenga nada que ver con el Vaticano. Espero que esta historia que parece no terminar nunca, se acabe pronto. Pero no dejo de expresar que a menudo en todo el mundo desaparecen mujeres jóvenes de esta manera. ¿Puede desaparecer una chica tan cerca de un lugar que debería ser santo como lo es el Vaticano? Lamentablemente sí. Porque Satanas está en todas partes.

Satanás ataca, sobre todo, a los sacerdotes y a las personas que se han consagrado a Dios. Porque golpear a un sacerdote significa arrastrar al infierno a muchas otras personas. Pensamos en todos esos sacerdotes que han enlodado el hábito abusando sexualmente de los menores. Estos actos son demoníacos. ¿Hay acaso algo más perverso semejante? Satanás es la perversión total. Es él quien entra en los corazones y lleva a realizar acciones como esas. Los sacerdotes son las personas más atacadas por el demonio. Tienen una sola posibilidad de no dejarse vencer: rezar y ayunar.

Un sacerdote que abusa sexualmente de un niño proporciona una avalancha de

dolor y destrucción. Es una culpa gravísima. Es la victoria más grande de Satanás sobre la Iglesia, convencer a personas que deberían ser todas solo de Cristo a obrar contrariamente a él y solamente para el demonio.

Benedicto XVI habló implacablemente contra la «porquería» que existe en la Iglesia en las meditaciones que tuvo en el 2005 durante el Vía crucis en el Coliseo que precedió antes de su elección. No se sabía con precisión a qué deseaba referirse. Pero es imposible separar sus palabras de aquellos que viven en la Iglesia solo para hacer carrera, para llegar a lo alto, para afirmarse y para satisfacer su propio ego. Y es imposible separar sus palabras de aquellos que, dentro de la Iglesia, realizan acciones impuras, demoníacas, satánicas.

En el libro citado, *Via col vento in Vaticano*, Marinellí escribe:

«La alianza de Dios con los pobres y los humildes está en contradicción con la arrogancia de todo poder que condene y elimine a la persona difícil, incómoda e inocente. Este libro es un eco recogido en el desierto, una paloma libre con un mensaje en la pata, una botella en el mar que lleva dentro una advertencia... Si Dios le concede a alguien el carisma de denunciar las relajaciones, las riquezas, los engaños, el tráfico de influencias, la ociosidad, los privilegios de una cierta clase clerical, de aquellos, encubiertos de un celo místico para aparecer como defensores de la santidad de la Iglesia, él, el denunciante, debe esperar una reacción igualmente feroz».

Quien denuncie a Satanás que se atenga a una reacción feroz. Lo saben los exorcistas. Lo saben los Pontífices.

Nos encontramos en la batalla final contra el demonio. León XIII lo había comprendido bien. Después de él todos los Papas han librado su batalla personal contra Satanás. Todos hasta Benedicto XVI, tan odiado por Satanás que lo considera «peor» que Juan Pablo II. En esta batalla Dios y sus ángeles están en primera línea. Intervienen, no dejan solos a los hombres, Y permiten que algunas personas digan lo que ellos no pueden decir. Que algunas personas hablen en lugar de ellos, del infierno, del mal, de modo que todos puedan alistarse para huir de Satanás y su reino. A algunas personas, finalmente, Dios les pide hoy una gran prueba: la de ver el infierno y el reino de Satanás para luego advertirles a todos del peligro que corren si no viven según Dios.

Una de estas personas aún vive hoy. Se llama Gloria Polo y anda por los caminos de este mundo para contar su increíble historia. Gloria ha visto el infierno. Allí ha estado. Pero Dios la ha salvado y la ha hecho volver a este mundo. Para contar, para hablar, para testimoniar. Cuando habla de SU HISTORIA siempre empieza así: «He estado a las puertas del cielo Y del infierno».

Gloria Polo en el infierno con billete de vuelta

Todo sucede el 5 de mayo de 1995 cerca de la Universidad Nacional de Bogotá, Colombia. Son las 16:30 de la tarde. Gloria es una odontólogo recién graduada, junto con su primo de 23 años está estudiando una especialización. Los dos caminan hacia la facultad donde Gloria debe buscar unos libros. Lluve. Se resguardan bajo un único paraguas. En cierto momento cae un rayo del cielo, pasa a través del paraguas y los carboniza. Los carboniza literalmente, El primo muere en el acto. Sus vísceras están completamente carbonizadas.

El rayo los fulmina porque, dirán después las autoridades, es atraído no tanto por el paraguas sino por una medalla de cuarzo que el primo de Gloria lleva. La medalla representa al Niño Jesús, del cual el primo es muy devoto.

El rayo destroza también el cuerpo de Gloria. Entra en el cuerpo y quema su carne externamente. Los dos senos desaparecen al instante, pulverizados. En el lugar del seno izquierdo queda un hueco. El hígado está carbonizado. Gloria emplea la espiral para evitar los embarazos. La espiral hace de conductor y lleva el rayo a los ovarios, que se vuelven como 2 granos de uvas pasas. Los riñones, los pulmones y las costillas también son quemados.

Gloria tiene de inmediato un paro cardíaco. Yace extendida en el suelo, el cuerpo inanimado que salta a causa de la electricidad.

En estos momentos Gloria ha muerto para el mundo.

Pero su alma está viva, en alguna otra parte.

¿Dónde está?

El alma de Gloria se encuentra dentro de un túnel largo y blanco. Está contenta. Y en paz. En el fondo del túnel hay una luz que la atrae. Es más que una luz. Es una fuente de paz y serenidad, de inmenso amor.

Gloria sabe que está muerta. Y, al mismo tiempo, empieza a sentir arrepentimiento. Todos los días eran dedicados a sí misma, a su trabajo, a sus cosas. No tenía tiempo ni para los hijos ni para el marido. Ve juntas a todas las personas que conoce en un solo instante. Las ve como son verdaderamente. Las ve por dentro, en el alma. Y comprende cuán preciosa es el alma y cuán poco lo es el cuerpo.

Gloria sube hacia la luz. Al fondo del túnel divisa un lago maravilloso. Todas las descripciones que luego hará de dicho lago no lograrán, dirá, presentar la belleza de este lugar. Es en ese momento en el que ve que su primo entra en este lugar. Entra en el paraíso. Pero de repente Gloria siente dentro de sí algo tremendo. Siente que ella no debe, no puede entrar en donde acaba de hacerlo su primo.

Gloria, misteriosamente, vuelve a bajar a su cuerpo. Lo ve exánime en una camilla. Ve que los médicos tratan de reanimarlo. De un momento a otro, sin que ella pueda hacer resistencia, su alma logra volver al cuerpo. Gloria sufre porque quisiera volver atrás. El cuerpo es ahora para su alma una cápsula de hierro pequeña, demasiado pequeña. Los médicos gritan:

—¡Vuelve en sí! ¡Vuelve en sí!

Los médicos llevan a Gloria al quirófano. Tal vez tengan que amputar lo que queda de sus piernas. Lo cierto es que toda la piel está quemada y no se puede tocar. No saben

todavía en qué condiciones están sus órganos internos. Gloria, sin embargo, vuelve a estar de alguna manera presente. Aunque, poco después, a su alma se le concede una experiencia terrible. El alma, por algún misterioso motivo, vuelve a salir del cuerpo. Una vez más, Gloria puede observar lo que le sucede a su cuerpo desde fuera, como probablemente lo observan todos los que mueren. Gloria está contenta. Quizá pueda regresar a la luz. O tal vez no. Recuerda esa terrible sensación que experimentó poco antes; a su primo sí, a ella no. A ella no se le concedió el paraíso.

De repente algo extraño sucede. Alrededor de su alma se agolpan ciertas figuras. Son figuras terribles. Son los demonios. Muchísimas personas aparentemente amables y corrientes, normales, la miran con un odio que ningún hombre es capaz de describir. Gloria comprende que a todos estos demonios les debe algo. Les debe el precio de sus pecados. Gloria entiende que los pecados cometidos cuando estaba en el mundo no dejan de tener sus consecuencias. Que son heridas que sangran y de las cuales se debe responder. Son heridas que añaden mal al mal ya presente en la tierra. Son actos de los que saca provecho el reino del mal y que hieren el reino del bien.

Gloria está despavorida. Quiere volver a su cuerpo pero no puede. Su alma es acosada por los demonios que la rodean.

Así que Gloria huye. Su alma atraviesa las paredes del quirófano y, contra su voluntad se precipita. Se precipita dentro de una serie de túneles oscuros que bajan, bajan y siguen bajando. Gloria vaga por la oscuridad hasta que llega a un lugar de una oscuridad indescriptible. La oscuridad provoca llanto, dolores y gemidos. La oscuridad huele mal, emite un olor nauseabundo. Gloria siente dicha oscuridad a su alrededor. Y comprende que es una oscuridad viva. Esta oscuridad está viva. No muerta. Mientras Gloria siente esta presencia opresora a su alrededor se precipita hasta una sección llana. Gloria comprende que ese es el fondo, el puesto donde su alma ha de morir espiritualmente. Allí, el alma de Gloria debe permanecer para siempre. Gloria se siente perdida. Perdida y muerta por toda la eternidad. Para siempre. A su alrededor no hay nada, solo esta maldita oscuridad.

Gloria está en el infierno.

Luego sucede algo inesperado. Precisamente cuando Gloria está a punto de abandonarse a este lugar que la envuelve toda, llega san Miguel arcángel, aquel que defiende la fe de Dios contra las hordas de Satanás. Aquel que derrota a Satanás. San Miguel conduce a Gloria fuera de allí. Mientras tanto los demonios, todos los demonios la agarran de las manos y tratan de retenerla. Los demonios la rodean, la atan. San Miguel se la lleva. Y Gloria grita y grita sin cesar

Gloria no sabe cómo explicarlo. Pero de repente su grito es el siguiente:

—¡Almas del purgatorio, por favor, sacadme de aquí! ¡Sacadme fuera de aquí! ¡Os lo suplico, ayudadme!

Gloria siente, a su alrededor, el llanto de quienes están en el purgatorio. Un llanto que le desgarrar el corazón de compasión. Un llanto que Gloria nunca olvidará.

Gloria se da cuenta de que ahora se encuentra en el límite entre el infierno y el purgatorio. El paraíso está arriba, muy en lo alto, muy lejos. Gloria se encuentra en el punto más bajo del purgatorio, donde están las almas de quienes se suicidaron en un momento de desesperación, de locura. Estas almas se encuentran cerca del infierno. Los demonios están allí, a un paso, feroces. Gloria mira a estas almas y comprende que allí deben permanecer por lo menos hasta que transcurran todos los años que aún deberían haber vivido en la tierra. Estas almas sufren de manera indecible y viven tremendos sentimientos de culpa frente a quienes dejaron en el mundo. ¿Qué les ayuda? Solo las oraciones de los vivos por ellos.

Gloria está desesperada. San Miguel la ayuda hasta allí. Pero ahí se queda. A un paso del infierno sin saber qué será de ella. De modo que sigue gritando y pidiendo ayuda. Y algo pasa.

En aquellas tinieblas ve una pequeña, pequeñísima luz. En aquellas tinieblas aquella lucecita es un don maravilloso. Gloria mira hacia la luz. Y ve a sus padres. Al padre, que había muerto hacía 5 años, y un poco más abajo a la madre que había fallecido muchos años antes. Los 2 progenitores miran hacia Gloria. Lloran pero no pueden hacer nada para sacarla de allí ¿Por qué se encuentran allí? Principalmente por una falta, dirá luego Gloria, es decir por no haber hecho lo suficiente para educar a Gloria en el amor de Dios.

Gloria grita y sigue gritando:

¡Sacadme de aquí! ¡Sacadme de aquí! ¡Yo soy católica!

La súplica de Gloria no cae en el vacío. Algo sucede aún. Una voz desgarrada la oscuridad. Una voz suave, límpida. Una voz que causa un sobresalto de alegría al alma de Gloria obligada a estar lejos de su cuerpo que, mientras tanto, está bajo los instrumentos de los médicos. La voz se hace escuchar y demonios que a las puertas del infierno buscan todavía cómo aferrar a Gloria son obligados con profundo dolor a arrodillarse.

Esa voz es la voz de la santísima Virgen. Gloria la ve. Ve a Nuestra Señora. La ve durante la celebración de la misa. Ella está allí, también de rodillas delante de la eucaristía, rezando a Jesús por ella. Intercede ante Jesús por Gloria. La escena es increíble. Durante la misa el sacerdote alza la hostia hacia el cielo. Jesús se hace realmente presente y todos se arrodillan, incluso los demonios caen de rodillas. Lo hacen babeando de rabia.

La Virgen se vuelve hacia Gloria y le dice:

—Si eres católica, dime cuáles son los mandamientos de la ley de Dios.

Gloria sabe que son 10. Pero solo recuerda el primero. Dice:

—El primer mandamiento es: ama a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo.

—Muy bien, ¿y tú lo has hecho? ¿Has amado?

—Yo.., sí. ¡Sí, yo sí!

—No --dice la Virgen.

Gloria se siente desnuda frente a Nuestra Señora. Desnuda sin máscara alguna.

—No, ¡Tú no has amado al Señor sobre todas las cosas, y mucho menos has amado a tu prójimo como a ti misma! Tú te has hecho un Dios al que modelaste de acuerdo a ti y tu vida. Solo en los momentos de extrema necesidad o de sufrimiento» te acordabas del Señor. Entonces te arrodillabas, llorabas, pedías, hacías novenas, te preponías ir a misa, a los grupos de oración pidiendo alguna gracia o milagro. Cuando eras pobre, cuando tu familia era humilde, cuando aún deseabas llegar a ser una profesional, entonces sí, todos los días rezabas de rodillas, horas enteras, ¡suplicando al Señor! ¡Orabas, pidiéndome que te sacara de aquella pobreza, que te percutiera que te volvieras una profesional y ser alguien! Cuando te encontrabas en necesidad y te hacía falta el dinero, entonces sí prometías «¡Rezo el rosario, pero tu, Señor; concédeme algo de dinero!».

La voz sigue hablando. Y le muestra a Gloria todas sus faltas. Todas sus promesas no cumplidas, su corazón completamente sumergido en preocupaciones sin ningún valor.

Gloria ve todo el mal de su vida. Todo, completo. Ve cuánto ha descuidado los 10 mandamientos, todos. Uno tras otro. Y siente en su interior una vergüenza muy grande. Sus pecados, algunos tremendos, están delante de ella inmisericordemente.

La voz abre ante Gloria el libro de su vida. Y Gloria se queda aterrorizada. Y piensa: «No tengo esperanza alguna. Gloria mira hacia abajo y ve que el abismo se abre delante de ella. «Es ahí -piensa- donde voy a terminar».

Pero todavía algo va a suceder. Gloria mira hacia arriba. Y he aquí que enormes

costras salen con mucho dolor de sus ojos. Son las costras de su ceguera espiritual. Por primera vez Gloria logra ver como nunca ha visto antes. Y, sobre todo, decir:

—¡Señor! ¡Jesucristo, ten compasión de mí! ¡Perdóname, Señor; perdóname! ¡Dame una segunda oportunidad!

Jesús se inclina hacia Gloria y la saca de aquella fosa en la que ha caído. Literalmente la saca de allí. Y le dice:

—Sí, regresarás, y tendrás una segunda oportunidad. No por la oración de tu familia, porque es normal que lloren y griten por ti, sino por la intercesión de todas las personas extrañas a tu carne y sangre, que han llorado, rezado y elevado el propio corazón con tanto amor por ti.

Gloria no sabe a qué se refiere Jesús. Pero puede ver. Ve miles de llamas de luz, bellísimas. Son todas esas personas que rezan por quienes no conocen. Son todas esas personas que rezan por los demás.

Entre todas aquellas llamitas hay una que es más grande que las demás. Es una persona que ama a Gloria más que las demás. Jesús le dice:

—Ese hombre que ves ahí, es una persona que te ama mucho sin ni siquiera conocerte.

¿Quién es? Es un pobre campesino que vive en la Sierra Nevada de Santa Marta. Es pobre. No tiene qué comer. Un día leyó en el periódico la noticia del accidente de Gloria. Y vio la foto donde aparece quemada. Este hombre leyó y empezó a llorar. Se arrodilló en el suelo y rezó:

—Padre, Señor mío, ten compasión de esta hermana mía, ¡sálvala, sálvala, Señor! Señor, si tú la salvas, si salvas a mi hermana, te prometo ir al Santuario de Buga.

Le dice Jesús a Gloria:

—Este es el verdadero amor por el prójimo. Así debes tú amar al prójimo.

Luego le dice:

—Volverás atrás, para que des tu testimonio, que repetirás no mil veces, sino miles de veces. Ay del que, al escucharte, no cambie, porque será juzgado con mayor severidad. Y esto vale también para ti y para los consagrados que son mis sacerdotes, y para cualquier otro que no me escuche: porque no hay peor sordo que el que no quiere oír, ni peor ciego que el que no quiere ver.

Y así Gloria huye del infierno y de Satanás. Huye y por la misericordia de Dios regresa a su cuerpo y por lo mismo al mundo.

De pronto la sala quirúrgica es invadida por una noticia sorprendente: el cuerpo de Gloria se ha repuesto íntegramente. Gloria está como antes. Su cuerpo se ha llenado de cicatrices. Pero sus órganos funcionan perfectamente.

Gloria ha vuelto.

Es su segunda oportunidad.

Gloria ahora habla de Dios.

Y habla de su enemigo.

¿Por qué cuento lo de Gloria Polo? Porque es necesario saber que Satanás existe y existe el Infierno. Gloria es un testimonio más. El infierno existe. Es un inmenso hueco negro en el cual se vive en la oscuridad más completa. Se siente la desesperación por toda la eternidad, sin ninguna otra posibilidad de salvación. Es allí adonde Satanás quiere llevar a todo el mundo. Es para tener consigo a todos los hombres en el infierno por lo que Satanás pelea su batalla. Y el drama es que con mucha gente él realiza su intención. Todos estamos en peligro si no nos enmendamos. Si no cambiamos de vida. Si no preferimos a Dios en vez de a Satanás, la luz a la oscuridad, el reino de Dios al del demonio.

Lo dice también santa Faustina Kowalska. Dios la llevó al infierno. Ella volvió de allí

y escribió lo siguiente:

«Hoy, conducida por un ángel, estuve en los abismos del infierno. Es un lugar de grandes tormentos por toda su extensión espantosamente grande. Estas son las diversas penas que vi: la primera pena, la constituye el infierno, es la pérdida de Dios; la segunda, los continuos remordimientos de la conciencia; la tercera, la conciencia de que esta suerte no cambiará jamás; la cuarta pena es el fuego que penetra el alma, pero no la aniquila; es una pena terrible: es un fuego puramente espiritual, encendido por la ira de Dios; la quinta pena es la oscuridad continua, un hedor horrible y sofocante, y aunque sea oscuro los demonios y las almas condenadas se ven mutuamente y ven todo el mal de los demás y el suyo propio; la sexta pena es la compañía continua de Satanás; la séptima pena es la tremenda desesperación, el odio a Dios, las imprecaciones, las maldiciones, las blasfemias. Estas son penas que todos los condenados sufren juntos, pero no son el fin de los tormentos. Existen también tormentos especiales para las diferentes almas. Son los tormentos de los sentidos. Cada alma es atormentada de manera tremenda e indescriptible en aquello que pecó. Hay cavernas horribles, vorágines de tormentos, donde cada suplicio se diferencia del otro» Hubiera muerto a la vista de aquellas horribles torturas, si la omnipotencia de Dios no me hubiera sostenido. Que sepa el pecador que en el sentido con el cual peca será torturado por toda la eternidad. Esto lo escribo por orden de Dios, a fin de que ninguna alma se justifique diciendo que el infierno no existe, o que nadie ha estado allí nunca y nadie sabe cómo es. Yo, sor Faustina, por orden de Dios he estado en los abismos del infierno, con el fin de contarlo a las almas y dar testimonio de que el infierno existe. Ahora no puedo hablar de esto. Tengo orden de Dios de dejarlo por escrito. Los demonios han demostrado un gran odio contra mí, pero por mandato de Dios han tenido que obedecerme. Lo que he escrito es una sombra débil de las cosas que he visto. Algo que observé fue que la mayor parte de las almas que están en el infierno son almas que no creían que el infierno existiera. Cuando volví en mí, no lograba calmarme a causa del espanto, al pensar que las almas sufren allí tremendamente, por eso ruego con mayor fervor por la conversión de los pecadores e invoco incesantemente la misericordia de Dios por ellos».

Dinero, ante todo, luego poder y sexo. Son estas las ilusiones del demonio» Con estas tentaciones nos lleva hacia él. Y cuanto más cedamos más difícil será salir de ello. Arrepintámonos para que tampoco nosotros tengamos que llorar un día sin que podamos ya volver atrás.

Satanás siempre ha tentado al mundo de esta manera. Siempre ha atacado al mundo así. Pero hoy está sucediendo algo diferente. Su ataque, como lo atestigua la visión de León XIII, es más poderoso. Estamos en el ataque definitivo. El último ataque. Sus efectos destructivos ya se ven en el mundo.

¿Por qué este ataque?

Porque es hoy cuando Satanás vive una situación privilegiada.

Hoy él está desatado.

Desatado de sus cadenas.

La batalla final

Dios contra Satanás, desencadenado

La lucha entre Satanás y Dios, entre el bien y el mal, tiene sus raíces en la noche de los tiempos. No es una batalla de hoy. Es misteriosamente una batalla que existe desde siempre, al menos desde que este nuestro mundo fue hecho. No por casualidad el evangelio de san Juan dice: «Todo el mundo está bajo el poder del maligno».

Todo, no una parte. Todo.

La lucha entre el bien y el mal comenzó de modo misterioso al inicio del mundo y solo terminará cuando el mundo se acabe. La batalla es la ordinaria: los hombres todos los días luchan contra el pecado propio. Pero también es extraordinaria: la acción de Satanás que posee a las personas es sin lugar a dudas una acción extraordinaria contra la cual los exorcistas son llamados a estar en primera línea. Luego están sus tentativas de arruinar el planeta, las guerras, los pueblos y las naciones.

La Sagrada Escritura se abre al principio con la irrupción del mal en el mundo. El Génesis habla del pecado original, de la primera división que desgarró al mundo. El pecado original es un misterio dentro del que no es fácil entrar. Solo sabemos una cosa: había un antes, una condición privilegiada en la cual los hombres gozaban de la incorruptibilidad. Y hay un después: nuestra condición de mortales, de hombres destinados a morir y a vivir nuestros años bajo el poder del gran enemigo, Satanás.

La visión del papa León XIII nos dice esto. Pero también nos dice que la historia de la humanidad no es toda igual. Nos dice que nuestro tiempo es uno especial. Es el tiempo al que se le concede a Satanás el lanzar un ataque más duro y violento que otras veces, probablemente su último y definitivo ataque.

Que las cosas están así lo ha confirmado también Nuestra Señora en Medjugorje. Desde 1981 la Virgen se aparece en este lugar. Se trata de apariciones sobre las cuales la Iglesia no se ha pronunciado todavía. Pero para mí, lo digo sin temor, son apariciones verdaderas, y pronto, creo que muy pronto, todo se desvelará en su potente luminosidad.

Es Nuestra Señora, no el demonio, como lo sostienen algunos, quien desde 1981 habla al mundo desde Medjugorje. Fue el 1 de enero de 2001 cuando la Virgen dijo estas fulgurantes palabras:

“Queridos hijos, he querido que esta noche, de manera especial, estéis aquí. De manera especial ahora, cuando Satanás está libre de sus cadenas, os invito a que os consagréis a mi corazón y al corazón de mi hijo. De modo particular ahora, queridos hijos míos, os invito a que estéis a mi lado. Os bendigo a todos con mi bendición materna”

Precisamente hoy, cuando ya nadie habla de Satanás. Precisamente ahora cuando la Iglesia católica también encuentra difícil hablar y creer en la existencia de aquel que desde siempre es su enemigo, su adversario, él, Satanás, actúa con una libertad de movimiento que nunca tuvo anteriormente. Satanás hoy está desatado de sus cadenas.

Por qué lo está, es un misterio. Tal vez porque los tiempos del Apocalipsis, los tiempos del encuentro final, estén cerca.

Dice el Apocalipsis:

“Le dieron (a la bestia) una boca que profería palabras arrogantes y blasfemas, y poder para hacerlo durante 42 meses. Abrió su boca para blasfemar contra Dios, contra su nombre, contra su santuario y contra los que habitan en el cielo. Y le permitieron hacer la guerra a los santos y vencerlos; le dieron poder sobre toda raza, pueblo, lengua y nación. La adorarán todos los habitantes de la tierra, cuyos nombres no están escritos desde el principio del mundo en el libro de la vida del cordero degollado».

Esta bestia es Satanás. Es aquel a quien el mundo adora. El, quien fue el primero en rebelarse contra Dios. Se rebeló, rechazó la sumisión a Dios, y por eso fue precipitado en el infierno, su morada, un lugar oscuro y sin luz. Con él fueron precipitados todos los ángeles que decidieron seguirlo. Aquellos ángeles que de repente se convirtieron en demonios. Son muchos, muchísimos, legiones y más legiones de modo que si se pudieran ver oscurecerían el cielo. Así me lo dijo uno de ellos.

Por esta rebelión de Satanás contra Dios la creación de Dios de alguna manera fue violada. No se puede decir mucho sobre esta rebelión. ¿Por qué tuvo lugar? ¿Cómo sucedió? ¿Por qué la permitió Dios? El hecho es que sucedió y desde entonces nunca nada volvió a ser como antes. Desde aquel momento, Satanás se convirtió en el gran tentador, el gran seductor. Tentó, venciéndolos, a nuestros padres y desde el hundimiento ante aquella tentación nosotros seguimos pagando las consecuencias. El pecado, la corrupción, el mal, están dentro de nosotros y hasta el fin de nuestra existencia la lucha es y será una: resistir al mal, resistir a Satanás y escoger el bien.

Dos son las metas con las cuales nos encontraremos, es bueno saberlo: el infierno y el paraíso. O vamos al infierno o al paraíso. *Tertium non datur*. No se nos da una tercera posibilidad. O mejor, existe el purgatorio, pero el purgatorio no es una elección, es una condición provisional concedida por Dios a aquellos que, a pesar del mal y los pecados, podrán acceder al paraíso. La opción del hombre es y permanece entre 2 metas: o el infierno o el paraíso, o Satanás o Dios, o la oscuridad eterna o la luz eterna.

El infierno es el reino de Satanás. Oscuro, sin luz. Sin Dios, un reino de desesperación eterna.

Un día estaba haciendo un exorcismo. Ya había exorcizado a esta persona muchas veces. Y ya sabía quién la poseía. Nb era un demonio cualquiera. Era Satanás. Una posesión profunda, difícil, casi imposible de eliminar.

Le pregunté a Satanás:

—¿Por qué no te sales y te vas al infierno?

Su voz era lúgubre, resentida y hasta infinitamente triste, al fin.

—Cura, dímelo, ¿adonde debería irme?

—¿Por qué no te vas hacia Dios? ¿Por qué no llamas a su puerta? ¿Por qué no te arrepientes y desandas tus pasos?

Siguió un largo silencio.

Luego habló:

—Yo no volveré nunca atrás. Mi opción es definitiva. Irrevocable. Mi rechazo es para siempre.

—¿Pero no volviste alguna vez a las puertas del paraíso?

—Yo no regreso jamás. Permanezco siempre aquí. Yo soy el infierno. Y Dios mi enemigo eternamente.

Me parecía escuchar ese relato que Clive Staples Lewis dedicó al paraíso. Escribió que los condenados, llegados al umbral del cielo, rechazaron entrar prefiriendo volver al

infierno. Los demonios no quieren el cielo. Se complacen en el propio mal y lo único que desean hacer es odiar a Dios y a todo el universo. Para siempre. Aclaro: nunca dialogo con el demonio. Este intercambio de réplicas sucede casi por casualidad y no conviene darles mucho peso porque Satanás engaña siempre. Pero lo he relatado porque a veces Satanás, cuando dice algo a un exorcista, no logra mentir. El exorcista es más potente que él porque Cristo está de su parte y puede ocurrir que se entable un diálogo y que en este él no logre mentir.

El destino de Satanás es irrevocable. Y lo mismo el destino de quienes se hayan decidido por el infierno. No es Dios quien nos envía al infierno. Somos nosotros los que voluntariamente vamos a él. Nuestro corazón se vuelve de piedra. Nuestro acuerdo con el pecado se hace total. Y el infierno es la meta que decidimos tomar. Es un misterio, un misterio de iniquidad de una profundidad tremenda, el misterio de la libertad que decide actuar contra Dios.

Satanás no siempre obra con la misma fuerza. Por ejemplo, estoy persuadido de que de noche su acción se hace más fuerte que de día. La noche es el tiempo del diablo. De noche él se mueve sin ser molestado y logra sembrar su cosecha de muerte. Es cierto que la noche no son solamente las horas sin luz. La noche es también la noche del espíritu. Cuando nuestro espíritu está en la oscuridad, vive en las tinieblas, el diablo tiene un mayor espacio de maniobra. Por eso es necesario confesarse con frecuencia. La confesión hace que el hombre vuelva a la luz. La confesión es más poderosa que el exorcismo. Satanás le teme más a la confesión que al exorcismo. Porque la confesión de una vez hace que el hombre regrese a la luz, a la gracia de Dios, y contra un hombre en gracia de Dios Satanás no puede hacer nada. La confesión destruye el mal. Lo aniquila. Y conduce al hombre hacia la luz, hacia el bien. Claro que es preciso estar siempre vigilantes. Satanás es infinitamente más astuto y poderoso que nuestras capacidades de defensa. Por lo cual se necesita estar siempre alerta y tener mucha humildad.

El ataque de Satanás va dirigido principalmente a quien en el mundo ocupa puestos de poder. Porque hacer suyos a hombres que tienen grandes responsabilidades significa hacer a su vez suyos a muchísimas otras personas. Y después, los más atacados son los hombres de Iglesia. ¿Por qué? Porque ellos deberían ser los santos de Dios y, en cambio, si se dejan vencer por Satanás se convierten en sus enemigos.

Satanás ataca ante todo al Papa. Su odio contra el sucesor de Pedro es feroz. Lo he experimentado en mis exorcismos. Cuando nombro a Juan Pablo II los demonios arrojan espuma por la boca debido a su rabia. Otros tiemblan. Algunos otros suplican que no se le nombre más. Lo mismo pasa con Benedicto XVI. Todo gesto de Joseph Ratzinger, sus liturgias tan sencillas y ordenadas, son un poderoso exorcismo contra la furia del demonio.

Después del Papa, Satanás ataca a los cardenales, los obispos y a todos los sacerdotes y religiosos. Es normal que así sea. Nadie ha de escandalizarse por esto. Y tampoco ha de escandalizarse si algunos, en la iglesia, ceden a sus ilusiones y se dejan vencer. Los sacerdotes, las religiosas y religiosos son llamados a una dura batalla espiritual. Jamás deben ceder ante el demonio. Si abren la puerta de su alma al demonio, aunque sea un poco, este entra y se apodera de toda su vida.

Un día, como ya lo dije, sor Faustina Kowalska vio lucidamente el infierno. Y dentro de este vio el lugar que Satanás tiene preparado para los sacerdotes, los sacerdotes condenados por toda la eternidad. Este es el relato de sor Faustina:

“Entonces el sendero que yo seguía se abrió y me encontré en otra caverna que estaba sobre la primera y era más horrible. Allí estaban los sacerdotes indignos que habían tenido la osadía de recibir sacrílegamente en sus manos y en su corazón al Hijo de la

Virgen. Aquellos miserables sufrían tales torturas que todas las demás de las que he hablado no son nada en comparación. Eran tormentos especialmente en las partes del cuerpo que habían tocado la hostia consagrada; por el dolor se hacían perforar las manos que se habían convertido como en carbones ardientes; sus lenguas se veían hechas pedazos y pendían fuera de su boca para significar sus sacrilegios; todo el interior de sus cuerpos y en especial su corazón eran devorados por el fuego y presas de dolores horribles. Allí vi yo enderezarse como una serpiente que quiere saltar, a un mal sacerdote que yo conocí y que había muerto de repente después de haber causado graves escándalos. Me miró fijamente con rabia y de inmediato volvió a caer a lo más hondo del horno”

Yo digo: la misericordia de Dios lo puede todo. No es nunca demasiado tarde para arrepentirse, para volver a Dios. Hay un hecho que es verdad. No se puede olvidar que el escándalo de la pedofilia en el clero ha explotado en estas últimas décadas. Este es el tiempo de la furia de Satanás contra el mundo. Una furia que golpea de manera poderosa sobre todo a la Iglesia. El hecho de que los escándalos hayan salido a la luz del día es un bien. Porque le permite a la Iglesia hacer penitencia, enmendarse, no pecar más.

El mundo está bajo el poder del demonio. Con Satanás están muchos profetas suyos. Muchas personas que la Biblia llama falsos profetas. Falsos porque llevan a la mentira y no a la verdad. Estas personas existen fuera pero también dentro de la Iglesia. Se reconocen de inmediato: dicen hablar en nombre de la Iglesia cuando en realidad hablan en nombre del mundo. Piden a la Iglesia que se vista con los hábitos del mundo y de esta manera confunden a los fieles y llevan a la Iglesia a aguas que no son suyas. Son las aguas del maligno. Las aguas que la Biblia describe de manera admirable en su último libro, el Apocalipsis.

La rabia de Satanás existe desde que el mundo fue creado. Pero desde que Dios envió al mundo a su Hijo, Jesús, esta rabia se ha vuelto más feroz. Desde que vino Jesús el enfrentamiento entre los 2 ejércitos es abierto y total. Satanás azuza al pueblo contra Cristo y logra convencerlo de que es necesario matarlo. La muerte de Jesús es la victoria de Satanás. Una victoria aparente porque en realidad con la resurrección es Cristo el que triunfa. Pero su triunfo no borra el mal. No descarta la presencia del dragón, la bestia, Satanás. Este sigue todavía, pero desde que Cristo vino, el hombre tiene la certeza de que, si confía en él, puede salir adelante. Incluso en las dificultades de la vida, puede derrotar la muerte.

Hoy, 2000 años después de la venida de Cristo, la lucha es más áspera. Estamos en un enfrentamiento final. Por una parte el ejército de Satanás. Por otra, el ejército de Dios con todos sus santos y mártires, gente que derrama su propia sangre en beneficio de aquellos que siguen luchando. Cada gota de la sangre de los mártires es usada por Dios en la infinita batalla contra el demonio.

Dice la Virgen en Medjugorje el 14 de abril de 1982: «Dios ha permitido que Satanás ponga a prueba a la Iglesia por un siglo», pero añadió: «no la destruirá. Este siglo en el cual vosotros vivís está bajo el poder de Satanás pero, cuando se realicen los secretos que les he confiado, su poder será destruido».

Palabras que nos dicen que si Satanás está hoy actuando, en la obra contra él está también Nuestra Señora. Sabemos poco de los secretos confiados a los videntes de Medjugorje. Sabemos poco, sin embargo cuando pronto, muy pronto estos secretos se realicen, el dragón será derrotado y el reino de la luz triunfará.

En la lucha contra el demonio no son llamados solamente los católicos. Son llamados todos los hombres. Y creo sobre todo en todos los hombres que tengan fe.

Recuerdo un día en el que me hallaba en el Mar Muerto. Estaba de viaje. Me detuve

en la playa. Hacia mucho calor. Me encontraba allí con otras personas. Todos buscamos un refrigerio en un pequeño bar. Uno del grupo, un musulman, se separó. Extendió una pequeña estera en la playa, bajo el sol y vuelto hacia la Meca oró a Dios con una intensidad que difícilmente he podido encontrar en otra parte. Pensé: «Si tuvieramos todos la fe que el tiene desplazaríamos las montañas y Satanás sería derrotado de un solo golpe».

Es preciso no obstante hacer una última observación. Si es verdad que la lucha entre Dios y Satanás ha llegado a una fase final, es necesario recordar también que, como dice la Escritura, hoy es el tiempo del Anticristo. De este han hablado muchos. ¿Quién es el Anticristo? Es el enemigo por antonomasia de Cristo. Una especie de hijo predilecto de Satanás que vendrá al mundo cuando la confrontación con Dios esté en sus últimos momentos. Vendrá a luchar contra Dios pero sucumbirá.

Yo creo que el tiempo del Anticristo es nuestro tiempo, el tiempo del inicio del tercer milenio. No será difícil reconocer la venida de esta persona: él, en efecto, como lo dice San Pablo, seducirá al hombre presentándose como el enviado de Dios y se sentará en el templo de Dios designándose a mismo como Dios.

«¿Quién eres tú?», le pregunté una vez a un diablo que poseía a una joven. La obligaba a comer, comer y comer. Engullía kilos de pan y de pizza todos los días. Pero no quedaba saciada nunca. Y sobre todo, no engordaba. Era delgada y frágil como una ramita seca. Pero comía como una bestia feroz que hacía días que no probaba bocado. Le llevaban bandejas de pizza que desaparecían dentro de su boca con una velocidad increíble. Verla comer era un espectáculo tremendo, terrible.

—¿Quién eres tú, ¡dímelo en el nombre de Cristo!

—Soy Dios.

—¡No mientas! Dios es uno solo. Y tú lo conoces bien.

—No, yo soy Dios. Soy aquel a quien el mundo adora. Tu Dios no es Dios y dentro de poco ya no existirá.

—Cállate, mentiroso. Dios es el Señor del cielo y de la tierra y tú debes estar sometido a El.

—Tú no sabes nada, cura. Mira a tu alrededor. Está lleno de mis discípulos. ¿Quién soy yo para ellos? Soy Dios.

—Tú puedes decir lo que quieras. Pero Dios es uno solo. Y en su nombre te ordeno que te vayas de esta mujer. Que la dejes libre. Vete, Satanás.

—Yo no me voy. Y aunque me vaya, me quedo. Me quedo en otros cuerpos. Permanezco en otras vidas. El mundo es mío y lo será para siempre.

—El mundo es de Dios. Siempre ha sido suyo. Y tú solo estás destinado a sucumbir.

—Yo no sucumbiré. Pronto un hijo mío vendrá a ser adorado por todos. Lo llamarán Dios.

Designarse a si mismo como Dios. Es esto lo que hace Satanás desde la noche de los tiempos, la noche en la que se rebeló contra Dios. Le escupió en la cara y le dijo: «Soy Dios».

Desde esa noche el universo está obligado a sufrir una batalla feroz. En dicha batalla nosotros los exorcistas estamos obligados a combatir en primera fila. Y combatiremos para siempre, hasta que exista la Iglesia. Y hasta que en la iglesia haya obispos que nos pidan hacerlo.

—Padre Amorth, soy el padre Andrew. Solo tengo 30 años. Hace 5 que soy sacerdote. Vivo en los EE.UU. Le agradezco que me haya recibido. En mi diócesis no hay ningún sacerdote que haya aceptado el requerimiento del obispo de llegar a ser exorcista. Por eso el obispo me lo pidió a mí, que soy el más joven. Acepté. He comenzado a exorcizar. Pero

no es nada facil.

— ¡No hay un exorcista de mas edad, aunque sea de otra diocesis, del cual puedas aprender? Es importante seguir a alguien que haya sido exorcista durante mucho tiempo.

—No, no lo hay. El más cercano se encuentra a 5 horas en avión. En coche se tarda un dia entero.

—Malo, muy malo. Aconsejo siempre a quien empieza que se ayude de alguien más experto. Se necesita conocer muchos trucos. Cuántos me enseñó el padre Cándido Amantini, mi maestro... De veras es deplorable esta actitud de los obispos que no nombran exorcistas. He llegado a una conclusión: aquellos obispos de donde se necesitan exorcistas y no nombran ni siquiera uno están en pecado mortal. Y de este pecado tendrán que responder. Hacen caso omiso de una obligacion grave, una obligación que Cristo dejo claramente en el Evangelio: «Id y expulsad demonios». Pero dime: ¿Por que has venido hasta Roma? Es un largo viaje. ¿Que me quieres pedir?

—Tantas cosas, algunas tal vez insignificantes pero quisiera oír sus respuestas. Algunas preguntas me las hacen a mí y yo no sé si respondo correctamente. Otras preguntas en cambio son mías, las llevo en mi interior pero nadie sabe responderme, ni siquiera dentro de la Iglesia. Ni siquiera mi obispo. Es un buen pastor. Pero nunca ha hecho exorcismos.

—Está bien. Veamos si puedo ayudarte.

— ¿Quién es Satanás?

—Es el jete de los demonios. Un ángel que en un tiempo fue bellísimo y que se rebeló contra Dios.

—¿Por qué no se muestra nunca?

—Porque él es un puro espíritu. Es invisible. Pero se manifiesta con blasfemias y dolores en las personas de las cuales se posesiona. Puede permanecer escondido. O hablar lenguas diversas. Transformarse. O hacerse el simpático. Algunas veces me toma el pelo. Pero yo tengo al Señor de mi parte y no me dejo intimidar.

— ¿Por qué con Satanás nosotros los sacerdotes podemos hablar y en cambio con Dios jamás hablamos directamente?

—Satanás se muestra porque Dios se lo permite. Dios habla de otra manera y por otros caminos.

— ¿Qué debo decirles a aquellos que tienen miedo cuando hablé de Satanás? A menudo en la iglesia durante las homilias pongo en guardia a los fieles sobre la presencia del demonio, por el hecho de que él existe. Luego sucede que al final de la misa me lo reprochan. Me dicen: «Padre, había también niños en la iglesia. No tiene que atemorizarlos con estás cosas».

—Tiene que decirles a ellos que no se preocupen. Que hablarles a los niños sobre el demonio es una manera de ayudarles a descubrir que la vida no es solo bien sino también mal. Y después dígalos: « ¿No será que vosotros sois los que teneis miedo?

—En efecto muchos de ellos sienten temor.

—Ha de decirles a ellos que tener un poco de miedo es justo. Nos permite defendemos de las insidias que existen generalmente. Pero también les debe decir que Satanás es como un perro guardian encadenado. Si uno no se acerca a su radio de accion no le puede hacer nada a nadie.

— A menudo cuando hago un exorcismo me aparto del ritual. Se me ocurre abandonarlo por unos instantes porque veo que si empiezo a invocar la ayuda de algún santo el exorcismo se vuelve más eficaz. ¿Hago bien?

—No hay una regla precisa, querido padre Andrew. Seguir el ritual es siempre importante. Pero algunas veces pueden hacer pausas. Cada quien ha de encontrar la

propia medida con el poseído. Algunos diablos se enloquecen si se nombra al padre Pío de Pietrelcina. Para otros su nombre tiene el efecto que pueda tener un vaso de agua fresca.

—Con frecuencia no sé decir si una persona está poseída de verdad. Necesito un exorcismo para comprenderlo.

—También a mí me pasa lo mismo. El padre Cándido tenía el don de entender con la sola imposición de las manos si una persona estaba realmente poseída. Yo no tengo este don. Debo exorcizar para comprenderlo. Haz tú también lo mismo. Es justo y correcto. Por lo demás, a menudo basta poco. Después de un solo exorcismo casi siempre se logra entender.

—A veces se me ocurre insistirle al diablo diciéndole: Repite junto conmigo: «Oh María, concebida sin pecado, ruega por nosotros que recurrimos a ti». ¡Repíte! ¡Repíte!, te lo ordeno.

—También aquí tengo poco que decir. Si ves que la orden es eficaz, repítela. De lo contrario, no insistas.

—En estos meses estoy exorcizando a una chica muy joven. Cuando era pequeña fue repetidamente violentada por el padre...

—Sin duda alguna es una posesión arraigada. Las violencias de los padres provocan posesiones profundas...

—Realmente me parece un caso sumamente difícil. Pero a menudo durante el exorcismo veo que cambia de cara. Se vuelve serena, calmada, tranquila. Y al final del exorcismo me cuenta que en cierto momento ha visto a la Virgen, que la ha acariciado y le ha dicho: «No temas. Todavía tienes que sufrir un poco. Pero pronto vendré a liberarte. Debes sufrir porque tu sufrimiento sirve a muchas personas más. Pero todo terminará pronto». Le pregunto: ¿qué le debo decir? Y sobre todo: ¿debo creerle?

—Por lo general, trato de creer a las personas. Incluso lo que los poseídos me cuentan al terminar el exorcismo. Durante el exorcismo soy muy desconfiado con lo que me dicen. Pero si al final me comentan que están mejor porque vieron a su lado a la Virgen o a un santo que los confortó, creo en lo que me dicen.

—Yo solo sé inglés, un poco de italiano porque estudié en Roma y muy poco de latín. Hay veces en las que el demonio me habla en lenguas que no conozco, No sé qué decirles, ¿Qué debo hacer?

—También a mí me sucede que los poseídos empiecen a hablar en idiomas desconocidos. Una vez una mujer analfabeta se puso a hablarme en arameo antiguo. Yo no sabía qué lengua era. He tenido que hacer participar en los exorcismos a diversos sacerdotes de nacionalidades diferentes. En cierto momento un sacerdote que había estudiado arameo reveló el secreto. Pero no te preocupes. El diablo sabe muy bien qué lenguas conoces y cuáles no. Y cuando habla en un idioma que no conoces lo hace para confundirte o quizá para aterrorizarte. Pero tú no debes dejar de continuar impertérrito con tu exorcismo en latín. Algunas veces se debe ignorar a Satanás.

—Con frecuencia, mientras estoy exorcizando me parece estar cerca de la liberación. Así que, grito con fuerza: «¡Sal, sal, sal!». Me parece haber tenido éxito, pero poco después, sin embargo, nada sucede y así termino el exorcismo. ¿Me equivoco? ¿Tal vez en estos casos debería continuar hasta que pudiera?

—No te equivocas. Recuerdo que yo también cuando estaba en los comienzos de mi «carrera» de exorcista creía a menudo estar cerca de la liberación. De modo que insistía e insistía. Levantaba la voz. Trataba de ser más duro y lo más eficaz posible. El padre Cándido, quien al principio estaba siempre cerca de mí, me dejaba actuar. Luego, al finalizar el exorcismo me decía: «Es inútil que insistas demasiado. Haz tu exorcismo» Haz

que dure lo suficiente. Además, se necesitarán años para liberar al poseído y cuando sea liberado tú ya ni siquiera estarás presente»,

—Cuando exorcizo llevo siempre conmigo a laicos que me ayuden, A muchos de ellos los tengo a una distancia prudencial y les pido que oren.

—Lo haces bien. Guanta más gente esté a tu lado, mejor rezan.

—Un día, sin embargo, una de estas personas se acercó al poseído y le puso una mano en la cabeza. Tal vez lo quería confortar. Aparentemente el poseído no tuvo reacción alguna.

—No permitas que eso vuelva a suceder. Los laicos deben rezar y basta. Algunos de estos, pero han de ser personas de una fe probada, pueden ayudarte a mantener firme al poseído cuando se agita, pero nadie debe poner las manos sobre la cabeza de un poseído mientras el exorcista está exorcizando. Es sumamente peligroso. El diablo puede atacar al laico que se le acerque demasiado y luego reponerse es duro.

—Es decir, debo tener a mi lado a algunos laicos que me ayuden a mantener firme al poseído y a otros distantes que oren. ¿Es así?

—Sí, así es. Y los que tengan firme al poseído no deben jamás hablar ni decir nada. Que lo mantengan firme y basta. Los demás en cambio solo deben rezar.

—Padre Amorth, ¿alguna vez el diablo le ha causado daño?

—¿A mí? No, figúrate.

—A mí de vez en cuando me llegan escupitajos de los poseídos...

—Oh, con esos has de acostumbrarte. Yo he recibido una infinidad de escupitajos, agresiones verbales, incluso algunos empujones y alguna que otra patada y puñetazo. Pero, finalmente, nunca he sufrido consecuencias graves. Cada vez que suceda debes retomar el control y ordenar en el nombre de Cristo al demonio que se detenga. Verás que de inmediato dejará de hacerlo. Yo he notado algo: que los exorcismos se llevan a cabo mejor si me acuerdo antes de hacerles recitar el acto de contrición. La humildad confunde al diablo y agrada a Dios. Dios estará más cerca de ti si empiezas a exorcizar con un acto de arrepentimiento. Recuérdalo. Es importante.

—Padre Amorth, a veces me parece que soy el último sacerdote del mundo que hace exorcismos. Porque a mi alrededor no hay nadie que me ayude. ¿Por qué en la iglesia somos tan pocos?

—Es nuestro destino. Estamos solos contra Satanás. Todos somos algo así como el último exorcista sobre la faz de la tierra.

—¿Le tiene miedo a Satanás?

—No soy yo quien le tiene miedo, es él quien me teme, a mí y a todos aquellos que viven en Jesucristo.

FIN